

TRILOGÍA- DÉJAME AMARTE

DÉJAME AMARTE

PARTE-1



NORAH CARTER
JAMES M. MILLER



Déjame amarte

Déjame amarte 2016

@ James M. Miller

@ Norah Carter

Primera edición: Agosto, 2016©

Todos los derechos reservados. Ésta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Capítulo 1

¿Alguien necesita un doctor?

Por fin aterricé en Ibiza, la isla mágica la llamaban. Al bajar por las escaleras del avión casi pude percibir el olor a mar. Tras un año de trabajo casi sin tiempo para mí, aquí estaba, ya dispuesta a disfrutar de tan merecidas vacaciones.

- ¡Que empiece la fiesta! –gritó desatada mi amiga Letizia mientras bajaba las escaleras de dos en dos, haciendo la cabra.
- ¡Que tiemble Ibiza, que allá vamos! –respondió chillando Alessandra, que venía con ganas de comerse el mundo.

Negué con la cabeza ante el espectáculo que estaban montando mis amigas nada más llegar a la isla, la gente nos miraba pensando que veníamos de despedida de soltera. Era nuestra primera vez en Ibiza para las tres y podía ocurrir cualquier cosa.

- Paola, no nos mires con esa cara que luego te damos dos Gin Tonics, te vienes arriba y no hay quien te avergüence -me soltó Alessandra ante la atenta mirada de todos los viajeros que andaban siguiéndonos hasta llegar a la recogida de maletas.

Una sonrisa juguetona se reflejó en mi cara a la vez que la miraba, dejando entrever que no pensaba contestarle y menos delante de tanto público.

Llegamos hasta las cintas donde comenzó a salir el equipaje de todos los pasajeros, rápidamente pude observar mi equipaje; haber comprado una maleta de color amarillo chillón me hizo ser de las primeras en reconocerla y cogerla, así que les dije a mis amigas que las esperaba fuera fumándome un cigarro.

Salí fuera del aeropuerto y respiré el aire de Ibiza mientras miraba el radiante cielo. ¿Qué tenía esta isla que todo el mundo hablaba de ella? Pronto esperaba comprenderlo y, sobre todo, vivirlo. El clima estaba perfecto, un refulgente sol iluminaba la isla, pero una suave brisa daba la perfecta estabilidad que proporcionaba el mes de mayo. Un mes ideal para aventurarse en Ibiza, pues la marabunta extranjera aún no había invadido el lugar, pero tenía el ambientazo

justo ya que muchos locales y discotecas abrían durante ese mes.

Letizia y Alessandra salieron a tope, tenían unas ganas de marcha inmensas. Las dos comenzaron a reprocharme, a modo broma, que ya me había preocupado yo mucho en esperarlas. Les guiñé el ojo y les dije que era por la vergüenza que me habían hecho pasar bajando con tanto escándalo las escaleras del avión, prefería fumarme un cigarrito sola que en “mala” compañía. Terminamos muertas de risa las tres, cuando de pronto escuchamos los acordes de la maravillosa “California Dreamin” de los míticos The Mamas and The Papas. Nos giramos y vimos llegar una camioneta decorada al estilo más hippie que una pueda imaginar, ¡era una Volkswagen Kombi! ¡Qué pasada! Solo las había visto en los documentales. Paró con un frenazo frente a nosotras y del interior salieron varios chicos y chicas, todos estaban buenísimos, iban vestidos de hippies... ¡Y varios estaban cantando en directo con la música de la canción de fondo! Con unas voces muy similares a las de los cantantes originales.

Las tres nos quedamos con la boca abierta; encima, el chico que iba de copiloto - que llevaba el torso desnudo y estaba para comérselo-, se acercó directo a nosotras para invitarnos a la fiesta “Flower Power” en Pachá que era esa misma noche. Nos miramos las tres y empezamos a chillar que sí.

Nos pusimos a bailar al ritmo de “California Dreamin” de subidón. No sé qué nos impresionaba más, si ver al copiloto con el micrófono cantando esa canción con esa voz tan extraordinaria o comprobar que estaba más rico que la mozzarella. A las tres se nos quedó una cara de tontas portentosa mirando a ese efebo cantarín contoneándose cerca de nosotras. Aunque él era más de la edad de mis amigas -ya que yo tengo 30 y ellas 27-, parecía más joven aún. Sinceramente, nunca me había importado la diferencia de edad, pero me gustaban los hombres más mayores que yo, y si se les notan las canas en las sienes... mejor que mejor.

El chico dejó unos segundos de cantar, nos entregó tres pases y nos dijo que le gustaría vernos esa noche por Pachá. Letizia no tardó ni un segundo en responder.

- No dudes de que estaremos, de eso me encargo yo –dijo Leti

descaradamente.

- Entonces me ocuparé de que sea una noche inolvidable para vosotras. Por cierto, me llamo Zeus. Aunque por el acento deduzco que sois italianas, yo, esta noche, si me dejáis, os llevaré al Olimpo.

- Tú nos puedes llevar al Olimpo, a las olimpiadas y adónde te dé la gana, que te damos autorización –soltó Alessandra mientras subía un poco sus gafas de sol y lo miraba de arriba abajo, pasándose ligeramente la lengua por los labios.

Zeus respondió con una sonrisa que lo hacía más guapo aún. Luego se sumó a los otros chicos y chicas vestidos de los años 70 con símbolos hippies, juntos se perdieron hacia el interior del aeropuerto; venían a promocionar e invitar a la gente a la fiesta de esta noche apareciendo de esa manera en los lugares. ¡Yo estaba flipando, llevábamos 5 minutos en Ibiza y ya teníamos planes para la noche!

Nos fuimos hacia un taxi que estaba libre. El conductor arrancó y Alessandra y Letizia no paraban de bromear sobre la fiesta, me decían que se me iban a quitar todas las pelusas de ese año pasado en el que tuve el chichi cerrado por obras. El conductor tenía puesta la radio de Ibiza y comenzó a sonar una de las canciones favoritas de las tres, porque nos recordaba la noche que nos conocimos. Se trataba de “Shake it off” de Taylor Swift. ¡Uauh! Qué recibimiento nos daba la isla, esto no podía ser casualidad. Le pedimos al taxista que subiera el volumen. Y nos pusimos a cantar y bailar las tres... ¡Joder, qué subidón! Como era normal, Letizia brotó de felicidad, asomó la cabeza fuera del taxi y empezó a chillar como loca.

- ¡Esta noche alegría para mi cuerpoooooo y para el de mis amigasssss! ¡Que salgan todos los hombres guapos que nos los comemos!

Me giré para mirar al conductor y ponerle cara de “lo siento”, él movió su cabeza como diciendo que no pasaba nada, a la vez que sonreía; creo que debía de estar acostumbrado a todo lo que veía en esta isla. Algo decía dentro de mí que a la vuelta nada volvería a ser lo mismo y me agarré con fuerza a mis amigas, nos miramos y sonreímos mucho mientras nos adentrábamos en la carretera. Le preguntamos al conductor si era verdad que mucha gente se queda tan impresionada de lo que vive en

Ibiza que es capaz hasta de cambiar su residencia. El conductor, como respuesta, nos contó la historia de una pareja de alemanes jóvenes, chico y chica, que llegaron a la isla por su luna de miel... Hasta que él descubrió los atardeceres en la playa de Benirrás, un lugar emblemático de la isla, donde todo el mundo se va a despedir el sol cada tarde y se montan unas fiestas improvisadas extraordinarias con gente tocando la guitarra y los tambores. Al parecer, el chico alemán se enamoró de la percusión y no volvió a Alemania. Los dos se separaron y él se quedó en Benirrás todo el verano tocando los bongos, para después establecerse en la isla de por vida... ¡Nos quedamos muertas! Pero, ¿eso era verdad?

- ¡Eso y mucho más! Esto es Ibiza, tened cuidado con lo que deseáis que puede hacerse realidad -soltó el conductor del taxi mientras entraba en Santa Eulalia.

Por fin llegamos a nuestro destino: apartamentos Bahía. Situados en el paseo marítimo, en primera línea de playa, rodeados de un buen rollo y un entorno tranquilo al mismo tiempo, y lejos de las súper discotecas. ¡Justo lo que queríamos! Teníamos de todo cerca para vivir las vacaciones de nuestra vida: restaurantes, tiendas, una playa de arena muy cuidada y limpia llena de hamacas y sombrillas. ¡Qué ganas de zambullirme en esas aguas transparentes!

Nico, el portero del edificio, nos recibió muy amable y nos entregó las llaves. Seguidamente nos acompañó hasta la sexta planta, que era donde estaba nuestro apartamento, y nos explicó todos los detalles de la vivienda. La amplitud y comodidad de cada habitación nos sorprendieron, al igual que la espectacular terraza. Y pensar que teníamos todo el mes de mayo para disfrutar aquello. Se me ponía la piel de gallina solo de pensarlo.

Nico se despidió amablemente diciendo que cualquier cosa que necesitásemos, nada más que teníamos que llamarlo. Entramos flechadas a soltar las maletas y cogimos cada una nuestra habitación, para un mes habíamos decidido alquilar algo cómodo y en el que cada una pudiera tener independencia. “Juntas, pero no revueltas”, era nuestro lema.

Tiré en la cama mi maleta amarillo chillón y me dispuse a abrirla, pero la contraseña me lo estaba poniendo complicado, ya que me decía que era errónea. Pensé que quizás, con los nervios del viaje, no tenía muy claro cuál era la numeración. Tras un rato intentándolo, tiré la toalla y fui a comunicárselo a mis amigas. Letizia y Alessandra entraron a mi habitación. Letizia me dijo que había visto en un vídeo de Youtube cómo se abrían las maletas y le dije que adelante, cuando me di cuenta ya estaba abriendo la cremallera con un boli... ¡Anda que no era fácil abrir una maleta! Si lo sé, me ahorro el dinero del candado. Me quedé a cuadros ante la risa de Alessandra y mi cara de espanto total, sin imaginar que lo peor aún estaba por llegar.

Cuando por fin estaba toda la cremallera abierta, Letizia abrió la maleta y se nos quedó a las tres una cara de asombro total: todo lo que había en el interior era ropa de hombre y nada me pertenecía. A la vez, un número desconocido comenzó a sonar en mi teléfono de forma insistente. Tras unas dudas me decidí a cogerlo ante la atenta mirada de mis amigas.

- Sí, dígame -respondí aún atónita por lo que estaba viendo en el interior de... ¿mi maleta?
- Perdona, ¿es usted la señorita Paola Rossellini?
- Sí, ¿con quién tengo el gusto de hablar?
- Hola, soy el Doctor Samada. Brian Samada.

Inmediatamente baje el teléfono tapándolo contra mi pecho y le pregunté a mis amigas en voz baja si alguien había llamado a un médico, ellas negaron entre risas y siguieron mirando la maleta impresionadas.

- ¿En qué puedo ayudarle, Doctor Samada?
- Creo que usted y yo debemos ser las únicas personas del mundo que compraron esa maleta color amarillo chillón. Resumiendo: usted tiene mi maleta y yo tengo la suya, por supuesto no se preocupe, que la tengo conmigo y está en perfecto estado.
- Ya, antes le pregunté con quién tenía el gusto de hablar, en estos momentos siento decirte que más que un gusto es un disgusto. Una amiga le acaba de rajar toda la cremallera con un boli pensando que la suya era la mía y que se me

había olvidado el número de clave.

Vi como mis amigas me miraban alucinando sabiendo que estaba hablando con el dueño de la maleta que estaba encima de mi cama, a la vez que Alessandra sacaba una tarjeta de la parte trasera del equipaje. La miramos las tres con cara de mayor sorpresa aún.

Dr. Brian Samada

Aesthetic medicine - Médecine esthétique - Medicina estética - طبّ التّجميل

Efectivamente ponía que la maleta era del Dr. Samada, y ya recordé de qué me sonaba tanto ese nombre. ¡Era un médico famoso! Tenía un gabinete en el centro de Paris muy conocido. Mujeres de media Europa venían ex profeso para verle, esperaban durante horas para que este mago del rejuvenecimiento facial les inyectase sus célebres cócteles de vitaminas en el rostro. Unos pequeños pinchazos que, en pocos minutos, las hacía tener un aspecto diez o quince años más jóvenes.

- ¡Es Brian Samada! Paola, las celebrities no pueden vivir sin él... ¡Brian Samada, impresionante! -dijo excitada Letizia.
- Isabel Preysler, Carla Bruni, Sharon Stone y hasta Angelina Jolie se ponen en sus manos. ¡Tíratelo y que nos haga precio! –soltó descojonada Alessandra.
- ¿Sigue usted ahí?-preguntó impaciente el doctor.
- Sí, sí, perdone Brian. ¿Dónde estábamos? –respondí confundida.
- Me acababas de confesar que me habías rajado la maleta con un boli. Si me dices que no has pintado la ropa, entonces me quedo tranquilo. De todas formas haremos intercambio de maletas ya que son iguales. Así que cuando nos veamos yo me quedo con la tuya y tú te quedas con la mía.
- Me parece perfecto, doctor.
- Es una broma, mujer. Puedo comprar otra maleta o arreglar la mía.
- ¡Ah! Si quiere abrir la mía con un boli le cuento cómo hacerlo, es fácil, así estamos iguales. Y le dejo probarse mi ropa. Yo ya me había hecho ilusiones de ir por Ibiza vestida de hombre, por cierto, por lo poco que he visto se ve

que tiene muy buen gusto, aparte de buen dinero.

- Y eso que no lo has visto todo, ¿cuándo y dónde podemos quedar?

- Con lo mal que está la vida, no sé yo si debería quedar con un hombre desconocido en una isla a la que acabo de llegar.

- Pruebe. Dicen que el que arriesga siempre, suele ganar... aunque a veces no gane lo deseado –el tono de su frase y su contenido me tocaron la fibra, sobre todo por el añito que yo llevaba con los hombres, así que decidí tirar para adelante sin pensar.

- Estoy en los apartamentos Bahía de Santa Eulalia en el portal número 1. piso 6º C, tienes 2 horas máximo para traerme mi equipaje o esta noche me voy por Ibiza de fiesta vestida de Brian Samada, o sea de Armani.

- Está bien, en cinco minutos estoy allí.

- Tampoco es necesario tanta prisa, hombre, que acabo de llegar –dije bromeando.

- Mi chófer me lleva de camino mientras hablamos. Ahora nos vemos.

No me dio tiempo a despedirme cuando ya me había colgado. Mis amigas me miraban esperando impacientes a que les dijese algo.

- Chicas... ¡El Doctor Samada viene de camino!

Las tres nos pusimos a gritar y a saltar como locas, como si nos fuese a visitar George Clooney en pelotas. Letizia me cogió el brazo un momento y me miró toda seria.

- Para ti se va a convertir muy pronto en el Doctor Mamada -me soltó Letizia, mientras las tres estallábamos en risas.

- Oye, que esto es serio. Que viene de verdad. ¡Qué fuerte! Este hombre debe tener mil historias que contar. Conoce a todas las famosas. Te va a dejar la carita como el culo de un bebé –afirmó Alessandra, y venga más risas. Como dice una amiga mía: “follar no follaremos, pero lo que es reírnos...”.

- Vamos a ver si encontramos en Google una foto suya –dijo Letizia mientras manipulaba su Samsung último modelo de color rosa.

- ¿Os imagináis que aparece un pedazo de macho por la puerta? –preguntó Alessandra.

- Puestos a imaginar, ¿y si es un sádico, que encima ya sabe dónde vivimos y prepara algo macabro contra nosotras tres?-dije bajándolas de la nube.

- Si es un sádico, me lo dejáis a mí que le pongo las pilas. Casi lo tengo, estoy mirando a ver si hay fotos del buen doctor -dijo Letizia mientras curioseaba en su móvil.

Por fin encontró una y, cuando iba a mostrar el resultado de su búsqueda girando su móvil hacia nosotras... ¡sonó el timbre de la puerta dándonos un buen susto! Salí de mi habitación y me dirigí hacia la entrada para abrir, empujando a mis amigas para que no me siguieran. Fuera ya las bromas, tenía ganas reales de recuperar mi ropa y objetos personales. Al abrir la puerta casi me da un infarto, iba a decir “hola” y me quedé muda mirándolo fijamente y sin poder reaccionar.

- Buenas tardes, soy Brian Samada –dijo mientras estrechaba mi mano con una fuerza tremenda que me dejó encandilada. Con la otra mano sujetaba mi maleta, que dejó cerca de la puerta. Yo me quedé mirando mi maleta y no salía de mi asombro.

- Son iguales. Qué curioso, ¿verdad? –dije con cara de tonta.

- Sí. No me había pasado en la vida y mira que viajo muchísimo por mi trabajo.

Los dos nos quedamos mirándonos como idiotas. Sentía electricidad entre nosotros. ¿Qué pasaba? Yo estaba babeando, casi no podía hablar, ¡madre mía con el doctor, qué buenísimo que estaba!

- Hola, soy Paola –dije casi tartamudeando de los nervios, mientras nos dábamos dos castos besos en las mejillas-. Pase, por favor.

Espontáneamente aparecieron mis amigas como dos niñas chicas presentándose como locas, no paraban de hacerme gestos con los ojos, y algún otro gesto más atrevido que prefiero dejar a vuestra imaginación, para indicarme lo buenísimo que estaba Brian y que se lo querían comer con patatas.

Tras hacer las oportunas presentaciones, les hice señas a mis amigas para que desaparecieran, así que se metieron en la cocina con una excusa tonta, aunque yo

sabía que tenían bien pegada la oreja y estaban escuchándonos.

Le dije a Brian que me acompañase hasta mi habitación para que viese el estado de su maleta. Al comprobar lo que habíamos hecho y verla abierta me entró un ataque de risa y él negó con la cabeza.

- Ahora mismo saco todo de mi maleta y hacemos el cambio, y se lleva la mía que está nueva –dije para compensar el daño que le había hecho a la suya.
- No, gracias, de veras que no hace falta, mañana compraré una, al menos el contenido que iba en ella está a salvo –dijo de una forma muy sincera.
- No, por favor, me sentiría mal si me quedara con la mía y que se vaya con este destrozo.
- Está bien, puede compensarme dejando que la invite a cenar esta noche.

Recordé que esa noche tenía la fiesta “Flower Power” con mis amigas, pero me costó una décima de segundo resolver mi pequeño problema de agenda: ¡que se vayan ellas, que yo me voy solita con Brian!

- Claro, pero invito yo, después del estropicio que le hemos hecho, que pague usted me haría sentir que tengo mucha jeta.
- Me parece estupendo, Paola. La recojo a las diez -dijo cogiendo en pesc su maleta y dirigiéndose a la puerta. Encima el tipo estaba fuerte como un roble.
- Vale, abajo estaré.
- Si se arrepiente tiene mi teléfono.
- No tengo nada por lo que arrepentirme, así que abajo estaré. Buenas tardes, Brian.
- Buenas tardes, Paola. Bienvenida a Ibiza.
- Gracias –solté con una vocecita de niña pequeña que no daba crédito.

Pero... ¿Qué me pasaba?

Tras cerrar la puerta, me apoyé sobre ella y me puse las manos en la cara, alucinando por lo que me había acabado de pasar y no pude reprimir un grito de victoria: “¡sí!”, mientras elevaba al cielo mis brazos. ¡Había quedado a cenar con un hombre súper

atractivo e interesante!

Al instante llegaron mis locas amigas desde la cocina, diciendo que se habían enterado de todo, a la vez que dejaban de caer que yo había triunfado. Nos echamos unas risas y les dije que tuviesen suerte esa noche, que ya nos veríamos por la mañana; estaba claro que estas iban a llegar al amanecer.

Bajamos al supermercado que había muy cerquita de nuestro portal, cogimos dos carros y empezamos a comprar provisiones para todo el mes.

Mientras hacíamos la compra no dejamos de hablar de lo impresionante que era Brian, sobre todo tener una aventura con él, era un hombre tan seductor que haría las delicias de cualquier mujer y encima debía tener una gran fortuna en el banco, cosa que a ninguna nos parecía esencial para ver seductor a un hombre, pero que tampoco estaba nada mal. Era peor que te tocase un desgraciado que estuviera muy bueno. Solo había que acordarse de cómo se la lio Brad Pitt a Thelma & Louise.

Subimos a la casa y empezamos a colocar toda la compra, nos fuimos a la terraza a tomarnos unas payesas, cervezas made in Ibiza, que están riquísimas y fumarnos un cigarrito. Yo estaba de los nervios y mis amigas no paraban de alucinar con la cita imprevista que tenía para esa noche, mirando fotos de Brian en Google. No había muchas, pero en las que había se le veía muy guapo. Yo estaba en una nube, era el hombre más atractivo que me había cruzado jamás y había sido todo tan... ¿fácil? ¡Benditas maletas amarillas chillonas, para que luego dijeran que ese color daba mala suerte!

Brian era rubio, tenía media melena, medía 1'90 y poseía un cuerpo extraordinario que se notaba que se lo curraba en el gimnasio. Calculé que tendría aproximadamente 35 años, eso terminaría de averiguarlo esa noche.

Tras tomarnos dos payesas más cada una, comer unas patatas fritas sabor jamón y charlar un rato bromeando sobre el aterrizaje tan fantástico que habíamos tenido en Ibiza, mis amigas se pusieron a decidir la ropa que llevarían a la fiesta hippie más famosa de toda la isla, y del mundo entero. Yo, en cambio, estaba buscando mis mejores galas para sorprender a Brian y ponerme a la altura de las circunstancias,

quería impresionarlo.

Me decanté por un traje blanco de tirantes corto por encima de las rodillas que, no nos engañemos, dejaba poco a la imaginación, con unos buenos tacones del mismo color quedaba súper elegante e iba muy acorde con el lugar en el que me encontraba: la isla blanca.

Empezamos a ducharnos por turnos, aunque con dos baños a nuestra disposición íbamos rápidas. Yo lo hice la primera, quería secarme el pelo y peinar mi melena dejándola lo más hermosa posible.

Tras la ducha volví a salir sola a la terraza a fumar otro cigarrillo y mirar el mar. Podía sentir la humedad frente a mí, esa sensación tan relajante y energética que transmitía el agua, ese elemento tan importante sin el cual la vida en la Tierra no sería posible y me sentí agradecida.

Abajo, las parejas y las familias paseaban felices por el paseo marítimo. Un montón de historias escondidas en cada mirada y en cada sonrisa. Me encantaba imaginar la película de cada uno de ellos viéndolos pasear. ¡Ojalá fueran todos inmensamente felices! No valía la pena perder ni un minuto de la vida con la tristeza. ¡Qué subidón tenía! ¿Me habrían echado algo en la cerveza? Y me empecé a reír como una tonta de ese pensamiento.

La aparición de Brian había dado un giro inesperado a mis vacaciones. No sabía qué hacía allí ni por qué motivo estaba, pero estaba dispuesta a descubrirlo; quizás se habría fijado en mí como un capricho pasajero, pero si para él era eso para mí sería el helado, con dos bolas de chocolate y bien rebosante de nata blanca, que no podía faltar en un viaje de esas características.

Estaba dispuesta a dejarme llevar y dejar que todo fluyera, quizás lo viese solo esta noche, pero pensaba disfrutarlo al máximo e intentar, si podía ser, sacarle algún tratamiento gratis para mí y mis amigas, porque se rumoreaba que cobraba mil euros por cada inyección vitamínica que ponía a sus clientas.

Comencé a peinar mi melena, quería estar de lujo para esa cita, cuando la tenía bien brillante le di mi toque especial: serum de aceite de Baobab. Ese truco me lo enseñó

una amiga dueña de una peluquería en Roma que tenía los productos más preciosos del mundo. Era darte ese serum y el pelo se volvía vivo, con fuerza y un olor que te hacía más apetecible que un roscón de Reyes. Después me coloqué el vestido, que me hacía un pecho precioso y luego caía suavemente hasta mi rodilla. Seguidamente me maquillé lo justito, con dos toques en los ojos, y un carmín rojo pasión que quitaba el hipo. Esa era la pista definitiva para un hombre, muchos psicólogos afirmaban que el rojo vivo en los labios de una mujer hacía referencia a sus otros labios, los vaginales. Así, cuando una mujer quería guerra, se ponía el rojo más ardiente que pudiese en sus labios. Y yo no sabía si era la isla, el doctor, o que llevaba más de un año sin acostarme con nadie y sentía cercano el momento de volver a tener sexo, que se me había puesto todo el cuerpo *on fire* para asistir a la cita con el buen doctor. Me puse los taconazos, me veía guapísima, y cuando mis amigas me vieron salir del baño soltaron un “¡wow!” portentoso.

- Nena. Si fuera un hombre te follaría ahora mismo –dijo Alessandra.
- Pero qué bestia eres, Alessandra –respondí mal disimulando una sonrisa en los labios.
- Di lo que quieras, Paola, pero vas vestida para matar. Si ese hombre no se da cuenta de tus intenciones, es que está muerto y enterrado –terminó de apuntalar Letizia.

Mis amigas tenían razón, me había puesto sexy no, lo siguiente. Tenía pendientes más de trescientas noches sin sexo por cobrarme y ese doctor se había llevado el premio gordo. Volví a salir a la terraza a hacer un poco de tiempo, estaba de los nervios, deseando que pasara ese cuarto de hora que faltaba para bajar a encontrarme con él lo más rápido posible. Lejos quedaban las incontables horas de esfuerzo en mi restaurante “Bello Caruso” en la Toscana. Recordaba cada instante con cariño: sudando, corriendo y dejándome la piel. Pero había valido la pena, había logrado colocar mi local entre los cincuenta mejores restaurantes del mundo y ese era un honor que me había cambiado la vida. La edición 2016 de “The World’s 50 Best Restaurants” nos situó en un increíble onceavo puesto. Y en ese momento, que le diesen al restaurante y a todo el mundo... ¡Y, sobre todo, que me diesen a mí! Tenía

que ir para abajo que ya era la hora. Les di dos besos a mis amigas y salí disparada para la calle.

Capítulo 2

¡Qué bonita es la luna llena!

Bajé muy nerviosa pues no sabía lo que me iba a encontrar en esos momentos, cuando de repente, al salir del portal, pude divisar estacionado un coche dorado Audi A8 con los cristales tintados. En la parte del capó estaba sentado Brian con una sonrisa que rivalizaba con la luz de la luna llena. Llevaba un traje de Armani que debía costar más de 3.000 euros. Me acerqué a él y me dio dos besos muy cálidos sin quitarme el ojo de encima; mi traje había hecho su efecto a la primera. Al instante se abrió una de las puertas delanteras y salió el chófer, muy cuidadoso nos abrió la puerta trasera y me saludó con un leve movimiento de su cabeza. Yo le respondí con una sonrisa.

- Gracias, Robert. Buenas noches, señorita Rossellini, adelante –dijo Brian mientras señalaba con su brazo hacia el interior del coche, invitándome a pasar.
- Buenas noches, señor Samada -dije feliz, intentando que no me temblase la voz de la emoción, mientras pasaba hacia dentro.

Seguidamente, a mi vera, se sentó Brian que entró por el otro lado.

- Robert, vamos a Es Boldado.

Robert respondió afirmando con la cabeza. Luego dio a un botón y un cristal ahumado separó la cabina del conductor de la trasera y nos dejó a solas a Brian y a mí. Eso era de película.

El coche arrancó muy suavemente, parecía una nave espacial. Dentro el perfume de Brian lo llenaba todo, tenía que descubrir cuál era ese aroma porque me volvía loca. En el coche se estaba de lujo. Los asientos súper cómodos y el aire acondicionado perfecto justo a 21 grados. Durante unos segundos nuestras miradas se cruzaron, dejé correr mi imaginación y vi como Brian me arrancaba el vestido allí mismo y me comía los pezones con mordiscos de estos que te dan descargas eléctricas de placer. Su voz dulce y varonil me trajo de vuelta.

- ¿Qué tal estás, preciosa? -preguntó en voz bajita.
- Bien... Bueno, muy nerviosa, lo reconozco, no estoy acostumbrada a cenar con una persona que he acabado de conocer –solté, rezando porque él no me pudiera leer la mente.

- No te preocupes, estás en buenas manos, relájate. Las maletas nos han conectado, ellas tendrán la culpa de lo que pase –dijo mientras agarraba mi mano y le hacía un gesto de cariño con la suya.
- Si tú lo dices, me debo fiar, siempre se le suele hacer caso a un doctor - dije sonriendo.
- ¿Has estado alguna vez en Ibiza? –volvió a preguntarme en voz muy flojita.
- Es la primera vez que vengo, he escuchado muchísimo hablar sobre ella y ahora empiezo a entender la fama que tiene. Va a ser cierto eso de que aquí puede ocurrir cualquier cosa. Este es mi primer día de unas largas vacaciones y la noche promete mucho.
- Gracias por lo que me toca... ¿Y hasta cuándo te quedas?
- Estamos a 1 y me voy el 31. Todo mayo por delante. ¿Tú has estado más veces?
- Sí, conozco la isla de palmo a palmo, cada rincón de ella, llevo viniendo toda la vida, desde pequeño que me traían mis padres, luego me escapaba con amigos. También he venido por motivos de trabajo como ahora. Estaré toda la semana. Ahora te voy a llevar a cenar a un lugar extraordinario, intuyo que te gustará mucho. Es uno de mis cinco restaurantes favoritos de todo el mundo.

Mientras Brian decía eso, yo me mordí los labios. Un deseo inconsciente salió de mi mente y quise que el buen doctor –como comencé a llamarle de coña en mi linda cabecita- me llevase a conocer todos esos restaurantes. Quise saber más de él y deseé que me abrazase ahí mismo. ¡Desde luego sí que estaba salida! Normal después de un año sin catar maromo. Pero la vida, a veces, era así. No creía que un hombre pudiese estar tanto tiempo sin sexo, pero nosotras éramos muy emocionales y eso nos podía.

La música que sonaba en el coche era especial. Ya me avisaron que en esa isla no había ningún momento sin que la música tuviera su protagonismo. Saqué mi móvil disimuladamente y activé el Shazam, una de mis aplicaciones favoritas. Dejas que el móvil “escuche” la canción y te dice título, grupo... ¡Y hasta disco! Así descubrí que lo que sonaba era “Adiós ayer” de José Padilla. ¡Madre mía! Cuando vi el título de la canción, casi me pongo a llorar. ¡Qué fuerte!

En ese momento llegamos a la bella zona de Cala d'Hort por la carretera de Es Cubells. Seguimos por unas carreteras hasta tomar un desvío en un cruce, a la izquierda, una piedra grande indicaba el camino que llevaba al restaurante. Ese camino era de tierra y nos llevó directos hasta alcanzar el parking del establecimiento. De fondo la vista era preciosa e inspiradora: Es Vedrá, un islote imponente que surgió en el Mediterráneo, iluminado por la luna llena.

El vehículo se detuvo y aparcó ante el precioso restaurante “Es Boldado” situado sobre un acantilado de Cala d'Hort, a unos diez metros de altura, bajamos del coche y nos dirigimos a la terraza que había frente al mar. Robert, el chófer, se quedó dentro del coche esperando.

Nos sentamos en unas mesas que estaban justo en la entrada. La terraza y el comedor de Es Boldado eran simplemente espectaculares. El comedor destacaba por los amplios ventanales y su ambiente rústico, con una decoración a base de aparejos de pesca muy cuidada. Podían haber apagado las luces porque la luna llena lo iluminaba todo.

Brian pidió una botella de Savina Terramoll Blanc, me dijo que era un vino que se hacía en Formentera y que entraba solo. Otra cosa era lo que yo quería que entrase solo cuanto antes, pero debía seguir guardando la compostura, aunque cada vez tenía más ganas de besarlo. El camarero trajo el vino y un aperitivo que tenía una pinta estupenda: una cesta con pan negro, un recipiente lleno de alioli y olivas aliñadas. Él cogió el pan negro y untó una cantidad generosa de alioli encima, se lo metió en la boca y después se metió una aceituna. Lo masticó todo junto mientras gozaba de placer. Ese hombre me gustaba mucho.

- Esto tiene un sabor divino –dijo mientras masticaba y soltaba un profundo “Mmmmmm” de placer.

Yo hice lo propio y por poco me corro de gusto. ¡Cómo podía estar tan rico ese alioli, por Dios, con ese pan negro y esas aceitunas! Al momento llegó el camarero y me enseñó la botella de vino pidiendo mi aprobación, me echó una copa, la probé y sabía a gloria. Miré al camarero, asentí sin tener ni idea y Brian soltó una risita encantadora.

- ¿Cómo vas de hambre, preciosa? -me dijo mientras el camarero nos echaba el vino.

- Estoy que me comía a mi padre por las patas. Con todo el ajetreo del vuelo y lo de las maletas, apenas hemos picado algo.

- Vale, porque tengo antojo de bullit de peix. Normalmente esto se pide para comer, pero quiero que lo pruebes. Si te ha gustado este aperitivo el bullit te va a volver loca.

- Pídeme lo que quieras... digo, pide lo que quieras –tuve que corregir la frase rápidamente, porque ya se me notaba mucho que me tenía en el bote.

Brian pidió el bullit, el camarero se fue y los dos seguimos dando cuenta del aperitivo y del savina entre gemidos de placer.

- ¿De qué parte de Italia eres concretamente?

- Del lugar más bello de toda Italia, Montefioralle en la Toscana, a muy poca distancia de la ciudad de Florencia. ¿Lo conoces?

- Conozco casi toda Italia, pero este pueblo en especial no, espero tener el gusto de hacerlo... pronto – esa última palabra la dijo mirándome directamente a los ojos y un escalofrío me recorrió la espalda.

- Debes ir, es un lugar muy bien conservado, famoso por sus viñedos y las colinas. Además de tener el onceavo mejor restaurante del mundo. El famoso “Bello Caruso –solté sin cortarme un pelo.

- Entonces sin duda te invitaré a cenar allí en alguna de esas visitas que tenga que hacer por Florencia.

- Mejor te invito yo que para eso soy la propietaria -dije descojonándome de la risa. Cuánto antes supiera que era una cachonda de la vida, mejor que mejor.

- ¿En serio tienes un restaurante? –preguntó sorprendido.

- Sí, y lo dirijo también. A él le dedicó todo el año, menos un mes que me lo dedico para mí. Cada año busco un lugar especial para descansar. Este año escogí el mes de mayo porque todo el mundo dice que es el mejor para conocer Ibiza, pero lo voy alternando según tengan vacaciones mis amigas.

Automáticamente mi mano se acercó al plato del aperitivo buscando más placer culinario, pero el alioli, las aceitunas y el pan –esa mezcla divina ibicenca- se habían acabado. Brian se dio cuenta, llamó al camarero y pidió otro aperitivo más. Nada más

traerlo, los dos atacamos el plato como si no hubiese un mañana, y tras la ingesta de la mezcla apetitosa de alioli, pan y aceitunas soltamos, los dos a la vez, un gran “¡Mmmmmmmmm!”.

- Somos unos zampabollos –dije en plan bruto.

Brian se comenzó a descojonar de la risa. Mis burradas le hacían gracia.

- Paola, ya sabes lo que dice el Dalai Lama: “Hay tres cosas en la vida que no regresan jamás: las palabras, el tiempo y las oportunidades”. Así que aprovechemos al máximo esta fantástica oportunidad de disfrutar juntos.

¡Madre mía! Me costó Dios y ayuda no levantarme de la mesa y plantarle un beso de tornillo. ¡Qué hombre! Elegante, varonil, sabio, cuidadoso... ¡Y con dinero! Por un momento miré hacia los lados buscando la cámara que me estaba grabando, pero no, esto que me estaba pasando era real.

- ¿Y tú qué has venido a hacer exactamente aquí? –le dije yendo directa al grano.

- A pinchar.

- ¿Eres DJ aparte de médico? –dije toda inocente.

- No, ja, ja, ja. Es que a mis clientes les suelo poner un coctel de vitaminas en el rostro con una inyección. Digamos que se ha puesto de moda.

Puse cara de tonta y luego nos dio un ataque de risa a los dos tremendo. Yo sabía que él ponía inyecciones, pero no había caído en ese momento. En ese instante apareció el camarero con una gran bandeja llena de pescado y patatas, todo regado con una salsa de color amarillo que tenía un aspecto prodigioso.

- Esto es el bullit, Paola, espero que lo disfrutes tanto como yo –y antes de terminar la frase, pinchó una patata con el tenedor y se la comió de un bocado.

Probé ese pescado con esas patatas y esa salsa y casi lloré de emoción. ¡¿Cómo había podido vivir yo sin probar esto?! Brian sacó la botella de vino para echarme, pero ya nos la habíamos acabado, así que pidió otra. ¡La noche iba mejorando por momentos! Entre bocado y bocado me comenzó a hablar de su vida, que no tenía desperdicio.

- Yo tengo mi clínica en París, me dedico a la medicina estética como sabes, solo asisto desde allí una semana al mes, y dos semanas atiendo a clientes de forma privada en cualquier lugar del mundo: Miami, Los Ángeles, Milán, Roma, Moscú, Lisboa y Madrid, que ahora es mi lugar de residencia.

aquí en España. La semana del mes que me sobra la tomo de vacaciones y suelo quedarme en la capital del reino. Esta semana me tocó venir a pinchar en Ibiza, ya se viene encima la temporada y todo el mundo quiere tener el mejor aspecto posible y yo les ayudo con mis cocteles especiales. Tengo aquí varios clientes ansiosos para que los pinche a ellos y a sus esposas, y rejuvenecerlos unos cuantos años: jeques, hombres de negocios rusos y DJ's famosos. Quise llegar hoy sábado para descansar un poco antes de empezar el lunes. Mi horario, en principio, será desde las diez de la mañana a seis de la tarde, y terminaré el viernes, aunque me voy el domingo para disfrutar de esta isla tan especial al máximo.

- Vi un reportaje tuyo en la revista "Maxwoman" escrito por una tal Daniela, tus clientes van desde auténticas estrellas de Hollywood hasta miembros de las mejores casas reales de todo el mundo. Aparte que en la revista dejaba muy claro que cobrabas más de mil euros por pinchazo... ¡Qué barbaridad!

- La cifra que a nosotros nos parece mucho, hay a otras personas a las que les parece barato. No te voy a engañar, Paola, no puedo quejarme, tengo unos clientes muy selectos y un público muy fiel. Mi lista de clientes es casi infinita y, como comprenderás, en su mayor parte, secreta. Mi favorita es Sharon. Ella es una de mis mejores clientes.

- ¿Hablas de Sharon Stone, la de "Instinto Básico"? –dije con una cara de asombro de película, mientras imitaba su cruce de piernas y él se tronchaba de risa.

- Sí, claro. ¿De quién si no?

Él ahí tan pancho hablando de las personas más famosas del mundo y yo con toda la boca pringada de la salsa amarilla del bullit y cenando como una cerda. ¡Qué número! De pronto me sentí súper insegura y me vine un poco abajo.

- O sea, que tienes millones de mujeres babeando detrás de ti.

- Tampoco es para tanto -dijo queriendo quitar importancia a la evidente realidad que le había acabado de soltar.

- Lo raro es que no estés casado- dije para intentar averiguar en qué estado se encontraba.

- Lo estoy por poco tiempo, justo ahora estoy esperando que me llegue el divorcio - respondió ante mi asombro.

Fue la primera vez en la noche que vi como su sonrisa desaparecía. De pronto me sentí culpable por haberle preguntado algo tan personal.

- Lo siento, espero que estés bien. Esos temas duelen mucho.
- Tranquila, era la crónica de una muerte anunciada, el deterioro de mi relación con Monique fue avanzando a pasos agigantados estos últimos años. Es imposible seguir con una historia de amor si el amor se acaba. No pasa nada, la vida no termina aquí ni mucho menos”.
- Claro, cuando algo no marcha bien, lo mejor es dejarlo ir.
- Y tú, ¿cómo está tu corazón?
- Libre, la única relación seria que tengo es con mi restaurante, en el soy feliz. He de reconocer que he tachado un poco a los hombres durante este último año, pero es que a veces sois muy cabrones... –no pude evitarlo y la frasecita me salió del alma.

Brian se me quedó mirando. Llenó nuestras dos copas de vino hasta arriba y levantó su copa para hacer un brindis que me dejó a cuadros.

- Brindemos por el fin de los cabrones y porque el amor pueda con todo.

Los dos brindamos con tantas ganas que casi nos cargamos las copas.

- Perdona, no quería ser tan brusca, pero me encuentro tan a gusto que no me importa. Brian, yo vivo en un lugar estupendo, tengo el mejor trabajo del mundo y todo lo que hago es porque me siento llena y gratificada con ello. Mi vida es 100% felicidad y 0% problemas.
- Y yo que me alegro muchísimo por ello. Paola, esa es la mejor vida que pueda tener una persona -dijo acariciando mi mano sobre la mesa.

En ese momento sonó mi WhatsApp, eran mis amigas desde la discoteca Paché

enviándome fotos para enseñarme lo bien que se lo estaban pasando en la fiesta “Flower Power” con unos chicos bastante atractivos. Habíamos abierto un grupo para las tres que se llamaba “People from Ibiza” haciendo un homenaje a la fabulosa canción disco de Sandy Marton de los años 80.

Me dio la risa y se las enseñé a Brian, él sonrió pícaro y me quitó el teléfono de un tirón. Le dio al icono de la cámara del WhatsApp, la puso en modo selfie para tirarnos una foto y los dos posamos sonriendo. Teníamos el mar detrás, estábamos iluminados por la luna en ese lugar idílico, con una bandeja ya vacía de comida y casi dos botellas de vino dentro del cuerpo. Antes de disparar la foto, Brian se giró hacia mí y yo hacía él. Nos miramos tan intensamente que no pude reprimir acercarme mucho, tanto que sentía el calor de su respiración. En ese momento Brian me besó y escuché el clic de la foto del WhatsApp.

- ¡No te atrevas a mandar esa foto! –dije mientras intentaba recuperar mi móvil sin éxito.

- ¿Por qué no, tonta? Estamos muy guapos y muy felices –dijo mientras me enseñaba la foto.

Me quedé mirando y me vi tan guapa. Hacia tanto que no veía tan feliz en una foto... ¡Brian tenía razón! Así que le quité el móvil y la mandé al momento.

Mis amigas contestaron con un aluvión de mensajes de todo tipo advirtiéndome que este doctor ya me tenía engatusada, cosa que me provocó una enorme risa.

El vino blanco fresquito me estaba haciendo efecto... ¿O era la energía de Ibiza? Repentinamente sentía una libertad dentro estremecedora. Miraba la cara seductora de Brian y me provocaba besarlo, acariciarlo, desnudarlo y hacerle el amor. Por fin comenzaba a salir de mí toda esa parte sensual que llevaba tiempo bloqueada, algo me decía que iba a ser una noche inolvidable, mi cuerpo ya estaba pidiendo a gritos que se desatara la pasión de forma salvaje. No sabía yo si llegaríamos a los postres sin meternos mano. Y en medio del cachondeo volvió el camarero... ¡Con una paella de arroz churruscado, mortal! Pero, ¿estábamos locos? Brian vio mi cara de asombro y se echó a reír.

- No se ha equivocado el camarero, es que esto es el arroz a banda que sirven con el bullit de peix. Seguro que crees que no puedes más, pero prueba un poco y dime qué opinas –me dijo Brian a la vez que me ofrecía una pequeña cuchara de madera.

Metí la cuchara en la paellera y vi, para mi suerte, que la capa de arroz era muy fina. Brian me aclaró que ese arroz lo hacían con el caldito que soltaba el pescado y tenía

un sabor succulento. Lo probé y volví a alucinar en colores. ¡Vaya noche de sensaciones! Como os podéis imaginar, el arroz voló y los dos nos quedamos extasiados mirando el anochecer.

Ya eran casi las doce de la noche. ¡Llevábamos dos horas cenando! Y algunas personas comenzaron a marcharse del local. A Brian no le decían nada los camareros y era evidente que le reconocían como un cliente de los buenos. Él se sentía feliz así, respiró satisfecho mientras observaba la luna llena. Estuvimos así en silencio unos minutos. Yo me sentía la mujer más feliz del mundo y tenía la sensación de que en Ibiza las horas duraban más, el tiempo era como que se estiraba. Todo era distinto allí. Estaba yo volando por mi cabeza cuando Brian me trajo a tierra.

- Qué maravilloso poder compartir los silencios -dijo mientras me miraba con esos ojos dulces.
- Sí, no es normal... Hacía mucho que no me pasaba esto... ¿Y a ti?
- Tampoco.
- ¿Y ahora qué hacemos?
- Vamos a tener que bajar este arroz. Para eso lo mejor es tomar unas hierbas ibicencas. Aquí las tienen caseras.

Brian pidió dos hierbas ibicencas. Yo me imaginé que había pedido una infusión depurativa o algo, pero no, la botella de hierbas ibicencas era como un orujo, un licor amarillo verdoso que olía a las mil maravillas. Se tomaba con mucho hielo y estaba que te volvías loco, pero claro, era más fuerte que el vino. Pero no era momento de cortarse un pelo, así que cogí mi vaso con mis hierbas y lo levanté al cielo.

- Brindemos por el fin de las cabronas y porque el amor pueda con todo.

Pillé a Brian completamente descolocado y se comenzó a reír de forma sonora. Luego brindamos y nos bebimos las hierbas. Qué ricas estaban. Me percaté que Brian le había pedido al camarero que dejase la botella allí, lo cual en estos momentos me había parecido la mejor de las ideas.

Así, entre chupito y chupito de hierbas ibicencas, Brian fue contándome algunas anécdotas de su trabajo que me dejaron de piedra. Me contó un día que fue a pinchar a Lady Gaga justo antes de la entrega de los premios MTV y se la encontró hablando con un carnicero porque un diseñador le estaba haciendo un traje de carne cruda con

el que fue vestida al evento. También recordó lo complicado que fue pinchar al cantante mexicano Luis Miguel durante una de sus giras, ya que siempre que viajaba fuera de su hogar, exigía en los hoteles que le pusieran cortinas negras que evitaran la filtración de luz y le dieran en la cara. Yo alucinaba en colores, esos ricos estaban chalados. Hacía bien Brian en cobrarles 1. 000 euros por una inyección. Me levanté un momento para ir al baño y me di cuenta del pedal que tenía, tuve que agarrarme a la silla para no caerme de culo. Pude disimular y andar más o menos bien. Lo que sí me di cuenta es que el local estaba vacío. Miré en mi móvil y vi que eran... ¡Las 2 de la mañana!

Fui al baño y me miré en el espejo. Estaba radiante. ¿Por qué no había salido a cenar con hombres más a menudo? La respuesta era evidente... ¡Brians había muy pocos! Y había tardado un tiempo en tocarme la lotería. Me senté en el baño y oriné tan a gusto que era casi orgásmico. No resistí en tocarme y enseguida comencé a ponerme húmeda. Tuve que dejarlo, porque me di cuenta que mi sexualidad estaba a punto de explotar. Me volví a mirar al espejo, me hice dos o tres retoques, me coloqué bien las tetas, para que se me viera mejor el escote, respiré y me preparé para vivir una de las noches más especiales de mi vida.

Cuando llegué a la mesa me quedé sorprendida... ¡Brian no estaba! Miré alrededor y vi que estaban apagando todo y que estaba sola. Me comenzó a entrar un mal rollo en el cuerpo que no veas. Hasta que, de repente, se me acercó un camarero.

- Señorita, el señor Samada me ha pedido que la acompañe hasta el siguiente punto de su aventura. No sé lo que quería decir, pero me ha pedido que se lo diga así.

- Vale. ¿Y cuál es ese punto?

- Tampoco puedo decírselo por orden expresa del señor Samada. Solo me ha pedido que la lleve yo y que se ponga esto, si no le importa –al acabar la frase el camarero me mostró un antifaz, se le veía un poco cortado, era evidente que seguía órdenes de Brian.

Yo respiré profundo y miré a mi alrededor. No quedaba nadie en el restaurante, solo algunos camareros y yo. Miré a la luna llena y pensé: no me la juegues, que subo y te la lio.

- Está bien.

Antes de ponerme el antifaz, me bebí de golpe otro chupitazo de hierbas ibicencas y puse mi móvil en modo avión, así me aseguraba que nadie me molestase. Luego me

tapé los ojos y me agarré al camarero, que comenzó a andar fuera del local.

- Por favor, sujétese bien, señorita Rossellini.

¡Y encima sabía mi nombre! Agarrada a su brazo salí del restaurante y, muy educado, me ayudó a subirme a una motocicleta. Juntos fuimos por caminos de piedras y de arena. El aire nocturno de Ibiza me acariciaba el pelo y mi sexo se rozaba con el sillín de la moto de forma excitante. Porque sabía que tenía cerca el polvo de mi vida, si no hubiese parado la moto y le habría puesto al camarero los pelos punta del polvazo que le iba a meter.

Así seguimos hasta una curva, luego bajamos una buena distancia y escuché cómo la motocicleta paraba. Se escuchaban las olas del mar de fondo y se respiraba el inconfundible aroma del salitre. El camarero se bajó y me ayudó a descender de la moto. Volví a agarrarme a él y entramos andando en la playa. Le pedí que se detuviese, me quité las sandalias y comencé a sentir la arena fresquita. Así andamos como unos doscientos metros hasta que noté madera sobre mis pies y empezamos a andar por lo que yo sentía como un pequeño muelle. Entonces el camarero se quedó parado y se soltó de mí. Me entraron todos los miedos del mundo.

- Solo puedo acompañarla hasta aquí, señorita. Por favor, no se mueva mucho, podría caerse al agua y hay rocas cerca. Tengo que marcharme. Buenas noches –y desapareció en la noche.

Ya os podéis imaginar el miedo que me entró. Pero ese miedo se mezclaba con el pedo que llevaba, la excitación sexual que tenía encima y mil y un pensamientos de todas las sensaciones bonitas que había tenido esa noche. De nuevo, una vez más, la voz de Brian me sacó de mi ensoñación.

- ¿A qué estás esperando?
- ¿Cómo dices?
- Que a qué esperas para quitarte el antifaz y venir aquí conmigo...

Abrí los ojos y vi que yo estaba en un pequeño muelle de madera que había al final de la pequeña playa de Cala d'Hort. En el agua, a unos pocos metros, vi a Brian que se movía feliz como un chiquillo. Encima del muelle había dos sillas. Una tenía colgada toda la ropa de Brian, por lo que supuse que él estaba desnudo dentro del agua y la otra estaba vacía esperando, digo yo, a que me despelotase.

- Veo que lo tenías todo bien planeado –dije en plan chulo.
- Qué poco me conoces. Te aseguro que lo he improvisado todo sobre la

marcha. Tú me has inspirado a hacer algo que hacía años que no hacía con una mujer.

- ¿Hincharte a alioli?

Brian volvió a descojonarse. La verdad es que si hacías reír a un hombre, ya lo tenías en el bolsillo. Eso sí, un par de buenas tetas te aseguraban el éxito total, no nos engañemos. Y yo tenía las dos cosas.

- No, volver a jugar. Volver a dejarme llevar sin importarme nada. Volver a volverme loco. Ven conmigo, por favor, te echo de menos —esa última frase la dijo casi con dolor y eso me mató. Hacía tanto que no me decía eso un hombre que me importaba un pimiento que no fuese verdad.

Juro que fue la vez en mi vida que me despeloté más rápido. Tanto es así que se me quedaron las bragas enganchadas en el tobillo y casi me caigo encima de la silla y me saco un ojo, pero fui rápida y pude evitar el piñazo. Me quité toda la ropa y encima quedé elegante. Una vez que estuve desnuda, me quedé estirada en el puente, respirando la noche. Notaba la brisa marina en todo mi cuerpo, sobre todo en mis pechos y en mi vagina. ¿Se podría follar con la brisa marina? O me estaba volviendo loca o me estaba excitando de sentirme tan libre.

Al momento me zambullí de cabeza en el mar y abrí los ojos debajo del agua. La luna llena era tan fuerte que, incluso bajo el mar, se veía de maravilla. Y según me acercaba a Brian, vi que él tenía un empalme de mucho cuidado. Era verdad que me estaba esperando como agua de Mayo, nunca mejor dicho. Así que antes de subir a besarle, me la metí toda en la boca de un bocado. Y me quedé allí quieta, chupándola, besándola, como si hubiese encontrado el santo grial. ¿Y el aire? ¡El aire! Era bueno recordar que tenía que subir a coger aire, que seguía siendo humana. Así que me solté de su pene y subí de golpe.

Al asomar la cabeza bruscamente fuera del agua, me encontré con la mirada de Brian, sus ojos brillantes y su gesto de placer me agradecían que fuese tan atrevida sexualmente. Luego sus fuertes brazos me cogieron de la cintura y nos fundimos en un cálido beso. Cuerpo a cuerpo pude sentir que el chico estaba muy en forma y fibrado. Fuimos nadando unos pocos metros hasta hacer pie. Me agarró bien fuerte del culo y me levantó, sacándome del agua. Yo doblé las rodillas y las apoyé en su potente torso. Me tenía frente a él, chorreando, y dejó que su pene acariciase ligeramente mi vagina, sin penetrarme. Me volví loca al sentir esa energía tan masculina cerca. Nos quedamos mirando una eternidad y comenzó a besarme con una dulzura tremenda,

justo a la vez que bajaba mi cuerpo a pulso y dejaba que su pene me penetrara muy suave, solo la punta. Luego me volvió a izar y me volvió lentamente a bajar... De nuevo noté su glándula dentro de mi vagina. Así jugó conmigo un buen rato. Hasta que, sin aviso y pillándome completamente despistada, me besó apasionadamente y su lengua y su pene entraron de golpe, a la vez, en mi cuerpo, y casi me desmayé con las sensaciones. Al notar todo su pene dentro tuve una descarga de placer en todo el cuerpo que me dejó temblando. Yo me enganché con las piernas en su cadera y él me sujeto en vilo. Así estuvo penetrándome un buen rato hasta que tuve un orgasmo total que me dejó blandita como un flan, abrazada a él, fundidos en medio de la noche. Adiós a un año de castidad. Luego, aún sujetándome a pulso, me llevó andando hasta unas rocas, cerca de la orilla. Allí me tumbó sobre la arena y comenzó a hacerme el amor de nuevo, de forma impetuosa. Las olas acariciaban nuestros sexos lo justo para excitarnos más y luego retirarse. Cuando estuve a punto de estallar en un súper orgasmo, el muy cerdo se paró en seco. Yo le miré con cara de odio, pero luego le perdoné, porque fue chupando todo mi cuerpo hasta meterse mi sexo en su boca y hacerme estallar en un orgasmo formidable que me hizo desmayarme de placer.

Cuando me desperté estaba envuelta en una toalla rugosa muy gustosa. Iba dentro del coche y Brian, envuelto en otra toalla similar, estaba cerca de mí. Por el coche entraban los primeros rayos del sol. Miré el reloj en la pantallita del vehículo... ¡Ya eran las seis de la mañana! ¡Qué inesperada locura!

- ¿Qué tal estás, cariño?—me dijo con una cara que era para comérselo.
- No sé ni cómo estoy... ¿Y tú?

Su única respuesta fue retirarse la toalla del cuerpo y mostrarme su pene con una erección de caballo. No le di tiempo a decir nada, me subí encima de él y comencé a hacerle el amor como una loca. Nos besamos, nos miramos, nos acariciamos, nos mordimos. Nunca lo había hecho dentro de un coche tan estupendo. Las únicas veces que había tenido sexo en coches fue muy incómodo, pero en ese Audi A8 se podía hacer el Kama Sutra entero. Los dos nos dejamos llevar y tuve un montón de orgasmos más, perdí la cuenta y la cabeza, durante un segundo pensé que estaba recuperando los orgasmos de mi año sin sexo de manera rápida gracias al buen doctor, y sonreí para mis adentros.

Al final necesitaba parar y me desmonté de mi caballo mágico llamado Brian. Me senté a su lado y miré su pene brillante e hinchado... ¡Aún no se había corrido!

- ¿Y tú qué pasa, no te corres nunca? —solté de la forma más descarada que pude.

- Paola, si me corro se acaba la fiesta. Solo lo haré cuando tú estés satisfecha del todo.

Esa respuesta me dejó muerta. Yo gocé mucho viendo correrse a mis parejas, pero era verdad que muchos de ellos, cuando estábamos juntos, no pensaron demasiado en si yo estaba satisfecha del todo o quería más, y muchos se corrían antes de tiempo. Y luego nunca era tan especial. Había hombres que podían correrse muchas veces, pero a mí no me había tocado ninguno de esos. Desde luego si todos los polvos con Brian iban a ser así, con una vez de cuatro horas era más que suficiente.

- Estoy más que satisfecha, Brian. Así que córrete a gusto que te lo has ganado, campeón –me salió una frase de lo más chula, pero yo era así de campechana con el sexo.

Él cogió mi mano y la puso en su pene, estaba claro que deseaba que yo terminase la faena. Al momento comencé a masturbarle. Él gemía de placer como una bestia. Era verdad que había estado aguantándose muchas horas y ahora que había decidido soltarlo todo, una energía tremenda corría por sus piernas. Yo seguí masturbándole y acariciándole los testículos. Él me corrigió un par de veces la manera de tocarle y yo aprendí rápido. Usé la saliva cuando vi que se secaba la cosa y también comencé a chupar su glande al mismo ritmo que le tocaba, eso veía que le volvía loco. Yo también quería verle exhausto de placer. Así, con mucha fuerza y ritmo, seguí tocando a Brian, hasta que noté que su semen iba a salir disparado fuera de su pene. En ese momento le imprimí todo el ritmo que pude y Brian se agarró a los asientos, a punto de arrancar la piel que los recubría. Luego se corrió soltando un grito que debió despertar a medio Ibiza, mientras bañaba la parte de atrás y parte de mi cabello con su semen. Fue una pasada. Luego nos abrazamos y nos quedamos unos minutos juntos, corazón con corazón, latiendo a la vez. Y el coche paró. Tras unos minutos Brian abrió un ojo, bajó un centímetro la ventanilla y miró fuera.

- Cariño, hemos llegado a tu apartamento.
- Te aseguro que lo último que me apetece es separarme de ti –solté como una adolescente enamorada.
- Yo siento lo mismo, pero también estoy agotado y creo que los dos necesitamos dormir para recuperar fuerzas para mañana.
- ¿Qué pasa mañana?

- Lo que los dos queramos.

Nos fundimos en un beso tierno y un abrazo que pareció durar una eternidad. Fuera ya era de día y se sentían los rayos del sol. Yo me vestí dentro del coche y salí medio mareada. Antes de marcharse, Brian bajó la ventanilla y volvimos a fundirnos en un abrazo. Luego se marchó.

Yo llegué hasta la puerta del edificio... ¡Y no recordaba en qué piso estábamos! ¡Qué pelotazo tenía! Menos mal que miré en la llave y venía escrito el piso en el llavero, se veía que en Ibiza sabían bien lo que había con la gente novata. Abrí la puerta, entré al ascensor y le di al sexto piso. Me miré en el espejo del ascensor y me vi tan impresionantemente sexy, guapa y de todo, que no pude reprimir un grito bestial.

Sí. Había sido la mejor noche de mi vida... Hasta ahora. Veríamos a ver qué pasaba al día siguiente con Brian. Me vi, sin darme cuenta, canturreando la canción que escuché en el coche de Brian: “Adiós ayer” de José Padilla. Estaba totalmente de acuerdo: Adiós ayer. No sirve de nada mirar al pasado. Mi presente con Brian era el mejor regalo que podía desear.

Capítulo 3

Menudo trío.

Al abrir la puerta vi que estaba dentro Letizia, tomando un café y mojando un par de croissants de espelta que tenían una pinta bárbara. Letizia estaba sentada en la mesa del amplio salón.

- Buenos días, guapa. ¿Ya desayunando? –dije y al momento recordé las horas que eran- Calla, que no he dicho nada -y le planté un beso a Letizia con mucho cariño.
- Buenos días, Paola, te he mandado un montón de WhatsApps, pero se ve que has estado ocupada y no has podido responder –noté cierto mosqueo en la voz de Letizia y supe, automáticamente, que no había sido su noche ideal.
- Ocupada es decir poco, he recuperado seis meses de orgasmos en una sola noche ja, ja, ja –me entró un ataque de risa loco, pero al momento me di cuenta de que Letizia me miraba con ojos de mal rollo, así que cambié el chip para ver qué le pasaba a mi amiga- Ahora te lo cuento... ¿Y Alessandra? ¿Está durmiendo?
- ¡Qué va! Yo volví a las 4, ella se quedó allí en la terraza de la discoteca bailando... o lo que sea... con los dos chicos.
- ¿Te ha pasado algo con ella? -pregunté extrañada.
- Con ella no.
- ¿Entonces? ¡Cuenta! -sabía que algo gordo había pasado para que ella se volviese antes que Alessandra.
- Los hombres, que son unos cerdos... –dijo soltando una lágrima.

Al momento la abracé y la llené de besos.

- Vamos, chiqui, que ha sido solo nuestra primera noche, no puedes estar así...-intentaba consolarla sin éxito.
- Por eso mismo estoy así... ¡Vaya manera de comenzar el viaje a Ibiza!

Entonces me acordé de la leyenda de la isla. Me la habían contado muchos amigos y amigos que solían visitar la isla blanca. Según ellos, la isla era la que elegía quién se quedaba y quién se iba. Si la isla quería que te fueras, te haría la vida imposible. Si

eso era verdad, de mí se había enamorado locamente a primera vista. Esperaba y deseaba que no le hubiese cogido manía a Letizia.

- Conocimos a dos chicos al cuarto de hora de estar bailando en la “Flower Power”. Vamos, que nos entraron a saco con una gracia que no veas. Normal si pensamos que uno es cubano negro como el azabache, llamado Efrén, y el otro un zalamero argentino, llamado Adriel, que no paraba de hablar, y anda que no nos gusta eso a nosotras. Yo conecté rápidamente con Efrén, el cubano, y Alessandra con Adriel, el argentino, así que no hubo problemas de competencia entre nosotras, que sabes que a veces somos unas lobas. Así estuvimos bailando como posesas durante un buen rato todos los hits hippies, qué buen rollito estar todo la noche haciendo corazones con las manos y totalmente happys. Ellos nos seguían el rollo divertidos y encantadores, sin pasarse de la raya. Para ese momento ya llevábamos varios copazos los cuatro y Adriel dijo de irnos a una de las barras reservadas de Pachá. Adriel era amigo de un camarero de allí, que también tenía un tipazo que no veas, pero llevaba rastas y esos a mí no me ponen. El caso es que el camarero nos comenzó a poner una auténtica “tormenta de chupitos”. Nos los bebimos de todos los colores y sabores.

- Menudo pedo os tuvisteis que pillar, perracas –dije sonriendo. Luego recordé que Letizia estaba cabreada y cambie el gesto-. Oye, ¿y al Zeus este no le visteis? Ese sí que estaba de buen ver.

- Ni apareció por allí. O eso o no le vimos. Pero con toda la gente que había en la fiesta pudo ser cualquier cosa. La verdad es que los nuestros a cada cual más guapo, estaban los dos de muerte, para qué mentirnos, pero Efrén, debido a los efectos del alcohol, se puso tonto y empezó a darme la lata y a tratarme como una cualquiera, o mira, eso entendí yo. El muy imbécil comenzó a dejar entrever que si quería en “cero coma uno” yo estaría chupándosela. Que no digo yo que no me apeteciese, pero de esas maneras no. Y él que seguía con lo mismo, a mí me entró una mala leche en el cuerpo que me subió a la cabeza y dije que me iba, y Alessandra y Adriel: “No te vayas, por favor. No te vayas”. Y yo erre que erre. Al final, cuando vio que me iba de verdad, Alessandra me dijo que tampoco había sido para tanto, que era una noche diferente, un poco loca y que no la estropease. Yo la miré con un poco de desprecio y le solté una bordería de la ya que no me acuerdo. Y Efrén va y le dice a Ale que me deje ir, que ya volveré rogándole cuando tenga ganas de sexo, como hacen todas... y eso fue todo. Me fui sola para casa con un mal rollo en el cuerpo que aún no

se me ha quitado. ¿Y tú qué? ¿Bien con el doctor?

- Nena, el buen doctor –como le llamo yo- me ha estado follando hasta desmayarme y no te exagero. Perdí el sentido de tanto placer –dije sonriendo, recordando el momento en el que recuperé el sentido dentro de su flamante coche y él me volvió a mostrar su miembro erecto y brillante- Ains... creo que estoy enamorada –solté a lo bestia con un brillo en los ojos que me hacía parecer 10 años más joven.

- ¿Ves? Eso es lo que quería yo, pero ha salido todo fatal. Qué horror. Estoy gafada con los hombres, siempre me tocan los más imbéciles e insensibles –y se puso a llorar como loca.

- Letizia, entiendo perfectamente que te molestasen ese tipo de comentarios de aquel chaval, la noche en Ibiza ya nos dijeron que era muy traicionera. Estás en tu derecho de haberte cabreado e irte, si me hubiese pasado a mí con el calentón que tenía yo esta noche, pongo al cubano ese mirando para Roma, aunque al día siguiente ya no lo volviese a ver más, pero antes me lo hubiera pasado bomba, de eso no te quepa la menor duda. Pero te entiendo, preciosa. No te preocupes, que esto se pasa y la isla está llena de hombres estupendos.

- Ya, ¿y si me toca otro peor?

- No seamos negativas. No pensemos en todo lo que puede salir mal, si no en lo que puede salir bien. A ver si por un cubano vacilón mi Letizia se me va a venir abajo. Que hace unas pocas horas estabas pidiendo guerra asomando la cabeza por el taxi. ¿Dónde está esa chica guerrera de la noche?

- Aquí, hecha polvo.

- Eso es lo que tienes que hacer: echar un buen polvo.

Por fin logré que a Letizia le diera un ataque de risa. No podía dejar que un imbécil de tío nos amargase la primera noche en Ibiza a ninguna de las tres.

- Me ha hecho gracia por lo alocada que pareces y luego te quedas en nada. No debes enfadarte con Alessandra, ella también tiene derecho a disfrutar de sus vacaciones en la forma que crea conveniente.

- No estoy enfadada con Ale, pero sí molesta, al menos no debió

quitarme la razón delante de ellos o haberse callado la boca para ser más justos, si no pensaba lo mismo que yo. Pero me dejó ir de la forma más fría, quedando en los brazos de aquel argentino mirándome como si estuviese loca.

- "Vaya, estaría con los efectos del alcohol, recuerda que hace mucho que no bebe".
- Pues esta noche se ha bebido Escocia.

Las dos nos miramos y nos volvimos a descojonar de la risa. No había nada mejor para dos amigas que poder reírse de los malos rollos, eso funcionaba mejor que el Orfidal y el Trankimazin juntos.

- Para estar borracha tenía muy claro a quién elegir, así que no me vengas con esas, entiendo que quieras que haya armonía entre nosotras, que lo haces porque no nos quieres ver de mal rollo a ninguna de las dos, pero entiende que yo tenga derecho por lo menos a estar molesta.

- Y dale con la pandereta –pensé, pero no le dije nada. En su lugar fui lo más dulce que pude, porque la entendía perfectamente-. Vale cariño, ya verás que se te pasará, palabra de Paola -dije mientras la agarraba por atrás para darle un cálido abrazo.

- Bueno, Paola, tengo la bolsa preparada para irme a la playa un rato, me apetece ir allí a descansar y leer, a ver si me despejo. Si no he vuelto al mediodía, no os preocupéis, que ya como por donde esté. Si en cualquier momento os apetece acercaros, me mandáis un mensaje y te doy la ubicación.

- Perfecto, bonita, me voy a dar una ducha y a dormir un rato, vengo reventada de la noche tan larga que tenido y aún me tiemblan las piernas de tantos orgasmos -dije guiñándole un ojo.

Ella respondió cogiéndome el sexo de forma divertida y pícara.

- ¡Hay que ver este chochito loco, que ya se ha despertado!

Las dos nos abrazamos y sentí un escalofrío por todo el cuerpo. La experiencia sexual, emocional y total que había tenido con Brian me había abierto el corazón y sentía las cosas con más intensidad. ¡Qué gozada! Desde luego vivir con el corazón cerrado era una putada.

- Cómo jode el buen doctor, Leti, espero poder volver a repetir la experiencia -dije mientras miraba a los ojos de mi querida amiga.

- Y yo, cariño, que seas inmensamente feliz con él. Cuando vuelva de la playa me lo tienes que contar todo con todo lujo de detalles. Descansa, Paola,

que, por lo que veo, te va a hacer mucha falta.

Las dos nos volvimos a descojonar. Luego ella cogió sus cosas de la playa y abrió la puerta. Yo me despedí de ella deseándole una preciosa mañana de relax, me metí en mi habitación y caí en mi cama como si pesase 200 kilos. Me estaba dando el bajón de tanto ajeteo y se me cerraban los ojos. Miraba al techo y creía adivinar figuras en los huecos del gotelé. ¡Qué pasada era eso del amor! No había nada igual, era normal que a veces nos acojonase tanto sentir eso. Era una vibración tan fuerte que, literalmente, podías mandarlo todo a freír espárragos y hacer una locura.

Saqué fuerzas de flaqueza y me metí en la ducha. El agua calló acariciando mi piel y no pude evitar recordar qué libre me sentí allí, de pie, en aquel muelle de Cala d'Hort, en medio de la noche, desnuda. Sintiendo el aire en mis pechos y en mi sexo. Respiré profundo y volví a sentir cómo me zambullí en el Mediterráneo y como me metí el jugoso miembro de Brian en mi boca, que, incluso bajo del agua, estaba ardiente e hinchado. ¡Me estaba poniendo cachonda de nuevo bajo la ducha! Pero... ¿No estaba muerta de cansancio? El sexo era la energía que nunca se agotaba. Me enjaboné y me acaricié el clítoris y mis labios vaginales que estaban pidiendo guerra de nuevo. Brian no lo sabía, pero había despertado a la bestia y ahora tendría que darle alimento. Me visualicé andando desnuda por la calle, subiendo a su consulta en Ibiza, interrumpiendo uno de sus famosos pinchazos y obligándole a meterse mi sexo en su boca. “¡Qué burra soy!” pensé y comencé a reírme como nunca.

Tras la ducha me sequé y me miré en el espejo del baño. ¡Qué guapa me veía! No había mejor tratamiento de belleza para una mujer que sentirse querida, amada y cuidada. Y yo había tenido una buena ración de todo eso por la noche. Al momento me acordé de Leti. Pobrecita. En el fondo era un ángel que no estaba acostumbrada a lidiar con demonios de la noche. Se la veía afectada por lo que había ocurrido, estaba deseando escuchar a Alessandra contarme su versión, sospechaba que iba a ser muy diferente.

Ya sequita, no quise ni ponerme pijama ni nada. Me encantaba andar desnuda por la casa. Me entró un apetito increíble, así que me fui hacia la cocina. Habíamos comprado pan multi-cereal que me encantaba y me hice un sándwich atómico. Le puse aguacate, cebolla, atún, remolacha, espinacas, pepino, mayonesa, tomate, anchoas y espolvoreé por encima sésamo y chia, que me habían dicho que era una semilla buenísima para todo. Lo mordí y aluciné en colores... ¡Pedazo de sándwich había preparado! A ver si iba a ser cierto eso que decían de que el sexo te aumentaba la creatividad.

Tumbada en el sillón, en pelotas, di buena cuenta del sándwich. Desde luego si me graban un vídeo ahora, alucinaban mis padres. Al terminar cogí el móvil para ver si

tenía alguna notificación y vi que no había nada. Luego recordé que al bajar con aquel camarero hacia la aventura total, decidí ponerlo en avión para que nadie me molestase. Desactivé el modo avión y vi un aluvión de mensajes de mis compañeros de trabajo, cada uno compartiendo fotos de sus vacaciones. También de Letizia y Alessandra, cada uno en su estilo. Una rayada y la otra mandando fotos con los dos maromos. Y... también vi... que tenía un WhatsApp de Brian de hacía menos de una hora. Tragué saliva y me coloqué bien en el sillón para verlo.

- **Paola, no te debí dejar ir. Ahora estarás durmiendo y yo no puedo conciliar el sueño. Solo tengo deseos de tenerte aquí, a mi lado, de estar abrazado a ti.**

Por favor, por poco me hago pis de la emoción. Vi que estaba en línea, así que le respondí lo más rápido que pude. El corazón se me salía por la boca.

- **No estoy durmiendo, estoy desayunando tras una buena ducha. Tienes razón, no debiste dejar que me fuese, ni yo debí dejarte solo después de una noche tan especial.**

Tragué saliva por lo que le había acabado de decir, pero me daba todo igual. “Adiós ayer”, ese era mi leitmotiv y eso es lo que estaba practicando. ¡Pronto llegó su respuesta!

- **Tienes 1 hora para vestirte y estar abajo, coge lo necesario para no volver hasta mañana a las 8 de la mañana. Te dejaré sana y salva de vuelta en tu apartamento y me iré a poner inyecciones.**

Era la mejor proposición que me podrían hacer en ese momento, así que le respondí en plan Paola total.

- **Con 1 hora me sobran 50 minutos, así que puedo seguir desayunando tranquilamente, ahora nos vemos. Ahórrate ponerte ropa interior, yo no la voy a llevar. No creo que la necesitemos.**

¡Qué bestia era yo a veces! Y eso me encantaba... Por las indicaciones del WhatsApp pude ver cómo se ponía a escribir rápidamente.

- **Cómo se dice en Italia, eres muy brava. Lo bueno es que eso me pone muy caliente. Que sepas que tengo las mismas ganas de hacerte el amor que anoche o más. Ahora nos vemos.**

Me hice otro sándwich y me lo comí ilusionada porque Brian me iba a llevar junto a él, en estos momentos era lo que más deseaba en el mundo y no había nada que me diese más alegría que estar con él. La idea de pasar otro inolvidable día con mi buen doctor me ponía la carne de gallina. ¿Otro? ¡Pero si solo he vivido un día a su lado!

¡Qué locura me provocaba ese hombre! ¿O era Ibiza? Es cierto lo que todos mis amigos y amigas me habían dicho hasta la saciedad cuando se enteraron que me iba un mes entero a Ibiza: “Cariño, allí todo se siente más fuerte, las emociones son más intensas y puede pasar de todo. Un mes de Ibiza es como un año en la Toscana”. Yo me descojonaba de la risa con ellos, pero ahora estaba viendo y experimentando que eso podía ser real perfectamente.

De repente escuché la llave en la puerta y me puse un pareo por encima. Luego apareció Alessandra, parecía que venía de que la hubiesen tirado por un barranco, ese traje mal colocado y esos pelos me dejaban claro que venía de pasar otra noche loca como la mía. Al verme le entró un ataque de risa y me preguntó bajito si estaba Paola por allí, cosa que me dio la risa y le dije que no, que se había ido a la playa, que se sentase inmediatamente y me contase su versión de los hechos que si no, no la dejaba acostarse, ni siquiera entrar al baño. Alessandra, que era una cachonda total, se comenzó a reír sin parar. Y por fin logró sentarse conmigo en la mesa.

- Primer titular: Leti y yo conocimos a dos chicos estupendos.
- Eso lo sé, Efrén y Adriel, argentino y cubano -solté una risa maléfica dejándole entrever que ya tenía la otra versión—. Así que ve directa al grano que dentro de un rato tengo la segunda cita con mi doctor.
- Por tu cara veo que el doctor sabe poner bien las inyecciones. ¿Qué tal tiene la jeringa?

Le di un manotazo en el hombro por atrevida y las dos nos pusimos a reír como locas. Luego le dije mirándola a los ojos.

- Alessandra, ¿tú alguna vez te has desmayado de placer?
- ¡Guau! Esto promete, cuéntamelo todo ahora mismo.
- Vale, pero tú primero, que Leti estaba un poco tocada y tenemos que animarla entre las dos.
- No hay problema. Son tonterías. Ahora la llamamos y se viene arriba. Como veo que te han puesto al día, o a la noche según se mire, sigo relatando los hechos. Total, que el argentino y yo estábamos tonteando, y el cubano con Letizia de igual manera, además que estábamos de chupitos y copas hasta las trancas, así que estábamos los cuatro muy bromistas. A lo que Leti le dijo varias veces a Efrén que no sabía qué hacía ahí con él y que le diese gracias a

la vida de que hoy la había cogido de buenas. El cubano, ya harto de las veces que Leti se soltaba de él cuando bailaban y él le arrimaba la entrepierna, le dijo que si a él le apetecía, ella estaría entre sus piernas al momento, pero te aseguro que se lo dijo de la forma más cómica posible. Ya sabes cómo son los cubanos, no todos, pero muchos son unos vacilones. Y la noche estaba para reírse, pero a Leti la pilló con un cable cruzado y se cogió un rebote que dijo que se iba, yo la intenté calmar pero no hubo forma... así que la que terminó entre las piernas de Efrén fui yo –dijo Alessandra muerta de la risa.

- ¿Cómo? ¿Y el argentino? -pregunté flipando.

- También, él fue el que animó la fiesta y ahí terminamos... ¡Haciendo un pedazo de trío! Aún me tiemblan las piernas.

- ¡Y yo que pensaba que tenía que contaros una historia fuerte! Veo que me he quedado corta... ¿Me lo estás diciendo en serio, verdad?

Las dos nos miramos y nos pusimos a reírnos sin parar. Luego logramos parar.

- Y tan en serio, vamos que si me llaman para repetir vuelvo sin pensármelo. Lo que pasa en Ibiza, se queda en Ibiza, y lo que disfrute mi cuerpo, se queda en mi cuerpo.

Yo no podía quitarme las manos de mi boca del asombro tan grande que tenía.

-No me lo puedo ni imaginar, ahí liada con dos tíos, madre mía, Alessandra, ¡te has lucido!

-Los que se lucieron fueron ellos, que hicieron conmigo la mayor de las delicias placenteras y eso que, en más de un momento, pensé que no aguantaría al dulce castigo al que me estaban sometiendo.

- Acompáñame a la habitación mientras me visto y sigue contándome que esto me interesa mucho -dije queriendo saber mucho más de lo que había pasado en ese trío.

- Cuando se rebotó Letizia, yo tenía dos opciones. O irme con ella a casa y estar toda la noche hablando de lo malos que son los hombres, que eso ya nos lo sabemos las tres y es un rollazo terrible. O restarle importancia a la broma del cubano y liarme la manta a la cabeza con los dos. Estando en mi primera noche en Ibiza, yo tenía muy claro que me cogía la opción dos sí o sí. Así que me quedé. Salimos de la “Flower Power” y Adriel, que parece conocerse a todo el mundo en Ibiza, propuso acercarnos al “Amante Beach Club”. Yo,

cuando escuché el nombre, me partía de la risa. Él se apresuró a afirmar que no tenía nada que ver con segundas intenciones, que era un sitio situado en una zona privilegiada, con acceso directo a una cala preciosa, rodeado de espectaculares formaciones rocosas y una vegetación exuberante. Y, además, que había elegido ese sitio porque estaba cerca de Santa Eulàlia des Riu, donde vivimos nosotras, y así sería fácil luego acercarme a casa.

- Menudo máquina el argentino este –solté sin cortarme.

- No lo sabes tú bien, preciosa. Este deja a Messi a la altura del betún.

Y venga otro ataque de risas... ¡Qué mañana más buena llevábamos! A mí hasta se me había pasado el sueño y todo.

-El caso es que fuimos al “Amante Beach Club” y flipé en colores. Qué sitio Paola. Tienes que ir allí para coger ideas para tu restaurante. Adriel me contó que “Amante”, como lo llama él, es el restaurante más agreste de Ibiza. Situado sobre un acantilado con vistas a la cala de Sol d’en Serra, el restaurante está rodeado de frondosa vegetación y un espectacular acantilado. Los tres nos sentamos en un reservado. Yo me sentía feliz, rodeada por estos dos hombres tan atractivos, tan pendientes de mí, con ese fondo idílico, envuelta por una deliciosa brisa nocturna. Adriel no dejó que yo pagase nada, aunque sospecho que allí, como en “Pachá”, también le invitaban. Apareció con tres exquisitos cócteles y nos los tomamos mientras gozábamos con las extraordinarias vistas del local.

- Qué buen rollo da escucharte, Alessandra. ¿Sabes qué te digo? Que hiciste muy bien en no acompañar a Letizia a casa.

- Eso pensaba yo cuando estaba allí tan feliz. Las lujosas tumbonas y el servicio atento de mi cubano y mi argentino me hicieron sentir como una reina. Y de fondo tenía el mar en el que se refleja la luna y rodeado de un acantilado iluminado por los focos. ¿Cómo no me iban a follar hasta las trancas? ¡Era imposible resistirse!

Una vez más las dos estallamos a reír. Miré la hora en la que me llegó el último mensaje en el WhatsApp de Brian y vi que ya habíamos consumido 30 minutos de tiempo y mi amiga aún no había entrado en detalle.

- Para que te hagas una idea, dentro de cada reservado hay unos grandes sofás tipo hamacas cubiertos como con una carpa y las sábanas blancas, quedas totalmente en la intimidad, con la única apertura de la parte delantera que es mirando hacia el mar.

- Sigue, por favor, no te pares -dije con risa nerviosa y me notaba un poco excitada. ¡Estaba deseando escuchar la parte del trío! Iba a llegar cachonda perdida a mi segunda cita con el doctor.

- Sigo, pero no te toques delante de mí.

Le volví a dar un manotazo en el hombro y me sonrojé toda. Bueno, era buena señal ver que aún me quedaba un halito de vergüenza. Ya estaba vestida y solo tenía que elegir las bragas que ponerme, cuando recordé la promesa que le había hecho a Brian por WhatsApp. Así que nada, sin bragas y a lo loco. ¡Viva Ibiza!

- Yo estaba sentada en medio del gran sofá, ellos cada uno a un lado, delante teníamos una mesa donde apoyábamos los pies. Volvimos a brindar por la noche tan especial que estábamos viviendo -yo no sé cuántos brindis llevábamos ya encima-, y después de bebernos el cóctel, Efrén se me quedó mirando, luego me cogió del brazo, atrayéndome hacia él. Yo rodé por el sillón y él me dejó caer sobre su cuerpo. Yo no me corté un pelo y quedé encima, apoyando mi culo sobre su pene que ya estaba bastante duro. Él se movió en el sillón quedándose a lo largo y poniéndome frente a Adriel. Me metí mi corto traje entre las piernas, Efrén rápidamente me lo soltó y me lo levantó un poco dejando ver mis bragas, yo que estaba boca arriba lo miré extrañada por eso que había hecho, dejándome expuesta ante su amigo. Adriel me sintió rápidamente y me dijo que me relajara y disfrutara, que estaba en buenas manos y en Ibiza. Le dije que no estaba acostumbrada a eso pero él me dijo que hasta ahora me habían tratado como a una reina y esto solo iba a continuar así. Verdad como un templo, hasta ese momento me trataron fenomenal y no tenía por qué ser diferente. Luego Efrén me susurró al oído, mientras rozaba su lengua en él, que me dejase llevar y si algo me molestaba ellos pararían, tenía su palabra. Yo contesté afirmando tímidamente con la cabeza... No podía hablar y en el fondo estaba deseando que pasase algo, aunque no me esperaba que fuese de esa manera. Entonces Adriel agarró mis piernas suavemente y las abrió de par en par dejando mi sexo expuesto ante su mirada.

- ¡Qué morbazo, Alessandra! ¿Y no podía entrar gente y veros? Supongo que ese club estaría lleno.

- Eso era lo que nos ponía más cachondos, creo, porque no lo hablamos, pero hacía el juego más divertido. Mientras Adriel bajaba su lengua por mis piernas, yo tenía los ojos mirando hacia el cielo por un boquete que había en el

techo de la carpa, estaba totalmente estrellado. Cuando de repente me di cuenta que Adrielya había llegado a mis muslos y paseaba su lengua por la parte posterior de mi rodilla y eso me daba un gusto que no veas. Yo dejé de mirar al cielo y vi cómo sus manos cada vez jugaban más cerca de mis partes ya húmedas, aquello era una catarata. A la vez Efrén puso sus enormes manos sobre mis pechos por dentro del traje, que era de algodón y licra, y comenzó a acariciarme, lo hacía muy dulcemente, muy experto, se veía que ese hombre tenía experiencia y mis pezones se pusieron duros como piedras. Fui a moverme un poco y Efrén me paró rápidamente con su mano, dejándome constancia de que no me moviese, por lo que intuía el control era de ellos y debía fiarme sí o sí.

- Estoy flipando contigo... ¡Continúa que viene Brian a buscarme en 10 minutos y yo no me muevo de aquí hasta saberlo todo!

- Súbitamente noté como Adriel apartaba mis bragas con las manos y empezaba a acariciarme el clítoris con sus dedos, hasta, poco a poco, ir introduciéndome de uno en uno los dedos... ¡Logró meterme tres! Uno de ellos buscaba jugueteón mi punto G y acabó encontrándolo de forma certera... ¡Cada vez que me lo tocaba yo veía las estrellas y me mojaba más! El muy cabrón había encontrado la puerta al paraíso. Yo estaba que no podía más. El dios argentino me masajeaba de forma delicada, hacía unos movimientos que causaban un poco de dolor rebujado con ese placer, a la vez que Efrén me pellizcaba cada vez con más fuerza mis pezones, más de una vez boté de dolor, pero él volvía a apretarme el cuerpo contra el suyo para que no me moviese. Cada vez sentía su miembro más duro, más caliente y más grande. El cubano puso las manos en mi cadera y jaló de las bragas, rompiéndolas, menos mal que con la borrachera que tenía el corte era menor.

- Me estás poniendo cahondísima... Sigue, que te como, por favor.

- Adriel paró de tocarme el clítoris y se quitó el pantalón dejando a la vista un pene bien grande y gordo. Yo me quedé extasiada solo con mirarlo. Todo mi cuerpo pedía a gritos que me penetrase. Pero él no se movió. Solo se quedó delante a unos centímetros de mi vagina apuntando con su pene, que temblaba con descargas de placer, era como sujetar las riendas de unos caballos salvajes, no sé cómo pudo contenerse. A la vez Efrén se quitó los pantalones del tirón y enfundó su pene entre mis nalgas, en contacto total con mi culo. ¡Qué locura! ¡Cuántas sensaciones! Poco a poco, Efrén fue frotando su pene entre mis posaderas y yo gemía de placer. Adriel se acercó, cogió su

enorme falo con la mano y comenzó a moverlo acariciando lentamente mis labios vaginales y mi clítoris. Yo me quería morir. Nunca me habían hecho eso y no podía resistir más. Los dos estuvieron un buen rato haciéndome ese masaje tan placentero mientras yo no paraba de chorrear fluidos, gemir y arañarlos, era una gata en celo, y ellos dos leones de la sabana africana. Estábamos ardiendo los tres. Adriel cogió mi vaso del cóctel, al que aún le quedaban varios hielos, y fue dejando caer su líquido muy despacio sobre mi entrepierna. La mezcla de calor y frío me hizo dar un salto y temblar del placer.

¡Mamón, avisa! –soltó Efrén, al que había pillado también de improviso esta jugada de su amigo. Los tres nos echamos a reír y Adriel repitió el proceso con los otros dos vasos, provocando otras dos descargas de frescor en nuestras ardientes ingles.

Luego Efrén levantó un poco mi culo, abriéndolo como un melón maduro, y puso su pene en mi culo. Podía notar que quería entrar. Me preguntó: “¿Puedo?”. Y no pude, ni quise, negarme. Como única respuesta afirmé con la cabeza y él comenzó a penetrarme muy suavemente. Primero me dolía un poco. Hacía mucho que no había tenido sexo anal, pero estábamos tan mojados los dos, tan a gusto y tan excitados, que al final metió todo su pene dentro de mí y yo solté un gemido orgiástico. Adriel tuvo que taparme la boca porque ahora le tocaba a él. También me preguntó: “¿Puedo?”... Y negué con la cabeza. Adriel puso un careto que era para verlo. Efrén se comenzó a reír. Luego le dije que era broma y que, por supuesto, podía penetrarme, y así lo hizo, con mucho mimo. Una vez más solté otro gemido de aúpa. Los dos comenzaron a penetrarme con ritmo, se habían portado como caballeros, pero estaban que no podían más de las ganas: a veces entraban los dos a la vez y yo veía las estrellas, y otras se alternaban y yo veía ya las galaxias. Los dos estaban muy pendientes de mí. Si veían que algo no me gustaba, paraban y me preguntaban. Pero yo estaba en la gloria y solo les pedía más caña. Estaba totalmente a su merced, llegó un momento que los tres nos volvimos locos y comenzaron a penetrarme sin descanso, entonces una punzada intensa surgió en mi vagina, como cuando tienes muchas ganas de mear, pero de puro placer. No había sentido nunca nada igual y decidí no preocuparme en ese momento, aunque a medida que ellos iban subiendo el ritmo, esa punzada crecía dentro de mí. Al final los dos salieron de mí para correrse. Y mi punzada se convirtió en un chorro de fluido que bañó por completo a Adriel y a Efrén. Un geiser que salía del interior de mi vagina y que me proporcionó un orgasmo intenso y duradero. ¡Había tenido mi primera eyaculación femenina! Siempre había escuchado sobre eso, pero pensaba que no era real... ¡Jo, sí lo era! Impresionante. Los

dos, empapados, se abrazaron a mí y me llenaron de tórridos ósculos. Efrén no se soltaba de mis tetas y Adriel se quedó apoyando su rostro en mi vagina y no paraba de darme besos. Yo la tenía muy sensible y me daban descargas cada vez que me tocaba con su lengua en el clítoris, así que le retire la cabeza amorosamente y nos quedamos abrazados un buen rato sin hablar, sintiendo la suave brisa nocturna.

Alessandra me miraba con una bella sonrisa en los labios. Yo debía tener la misma cara que se me puso el día que sentí mi primer orgasmo. ¡No daba crédito! Me sentía feliz por mi amiga y, a la vez, quería experimentar eso ya mismo. Justo cuando estaba teniendo ese pensamiento, sonó la alerta de mensajes del WhatsApp. Brian me había mandado una foto. La abrí y le vi sentado en su flamante Audio A8 esperándome en la calle. La foto traía un texto escrito: “¿A qué estás esperando?”

- Bueno, ¿y tú con tu doctor? Cuéntame algo -me dijo Alessandra.

- A la vuelta te lo cuento todo, preciosa. Baste decir que ha sido una de las noches más felices de mi vida y que esa noche, lejos de terminar... ¡Sigue en marcha! –Y le enseñé la foto de Brian- Me voy. Luego os mandé mensajitos al grupo. Te quiero.

Le planté dos besos a Alessandra y salí del apartamento. Me metí al ascensor y me di cuenta que el relato de mi amiga me había puesto como una moto. Si eso era posible estaba todavía más excitada que el día anterior y tenía muchas cosas por descubrir. ¡Esto del sexo es una aventura tremenda! Pero, ¿dónde había estado yo metida este último año? Con esa energía salí a la calle, al encuentro de mi buen doctor.

Capítulo 4

La vida de Brian.

Salí del portal y ahí estaban él y su cochazo, guapísimo con un polito blanco que hacía resaltar su cuerpo atlético y esa cara tan hermosa, después de lo que me había revelado mi amiga, lo miraba con más deseos aún.

- Hola de nuevo -dijo mientras abría la puerta del copiloto invitándome a pasar.
- ¿Hoy no traes chofer? -dije riendo.
- Le he dado el día libre a Robert, prefería conducir yo y venir solo.
- Me parece buena idea, por lo que pueda pasar dentro de ese coche -dije guiñando el ojo muy coqueta.

Me senté en el asiento del copiloto, esa zona del coche no la conocía y comencé a explorarla con la mirada por si había espacio para hacer el amor, sí que lo había, pero era mucho mejor la parte de atrás. Como siempre, mi buen doctor me traía de vuelta a la realidad de mis viajes por mi cabecita loca.

- ¿Preparada para ser raptada durante 24 horas? -dijo mientras arrancaba el coche y me propinaba un beso en la mejilla.
- Preparadísima, ¿lo dudabas?
- Para nada -dijo acariciando mi mano mientras con la otra giraba el volante.

El coche arrancó como la otra vez, en silencio, y en seguida noté ese aire acondicionado tan bueno refrescándome la piel y esos asientos tan cuidados, qué gozada de coche. Brian conducía con mano firme y muy seguro, me daban ganas de saltar sobre él y comérmelo a besos.

- Vamos a un sitio en el que estaremos muy relajados y tranquilos, sin nadie más que tú y yo. No querrás salir de allí cuando lo veas.

- Si estás tú, cualquier sitio me parece bien. Sorpréndeme.
- Cuando llegemos estarás más que sorprendida, enamorada... del lugar - dijo devolviéndome el guiño del ojo, mientras me regalaba una bella sonrisa. Este hombre me tenía totalmente hipnotizada-. Primero llegaremos a San Antonio, luego a Cala Bassa y después sorpresa. Prepárate porque allí la naturaleza es como tú, tiene una belleza seductora.

No pude reprimirme y me abracé a él y comencé a besarlo. El perdió un poco el control del coche y yo me retiré de su lado asustada, no sea que nos diésemos un golpe con la tontería.

- No te separes, puedo controlar el coche mientras me besas -dijo Brian con una sonrisa que resplandecía.

Y yo, claro, le hice caso. Me volví a abrazar a él y comencé a besarlo. Así fuimos un largo rato. Cruzamos la isla por el interior hasta San Antonio. Desde allí cogimos la que dicen es la carretera de la bahía más grande de la isla, hacia Port des Torrent, el mar Mediterráneo quedaba a nuestra derecha. Ibiza nos ofrecía, generosa, vías bordeadas de pinares majestuosos, casas payesas, chalets, chaletazos y mansiones de lujo que asomaban entre las colinas cercanas. Me imaginé que muchos de los clientes de Brian vivían en esas casas tan extraordinarias. Así llegamos a la playa de Cala Bassa, un paraíso de arena dorada, rodeada por un mar azul como el cielo, pinares tupidos y zonas rocosas que inspiraban a perderse.

Paramos allí y nos dimos un chapuzón. Dentro del agua nos sobamos y besamos como adolescentes. No llegamos a practicar sexo porque teníamos muchas familias cerca, pero no podíamos despegarnos. Salimos y tomamos el sol tranquilamente, tumbados en la cálida arena. Él no soltaba mi mano en ningún momento y yo tampoco. De vez en cuando dejaba caer mi mano en su entrepierna y notaba que su miembro me respondía al momento, poniéndose firme como soldado de infantería el día de su jura de bandera. Este hombre me encantaba y me apasionaba.

Cuando estuvimos secos, Brian se levantó y me pidió que le acompañase al coche. De Cala Bassa fuimos a Cala Conta, una de las joyas de la corona. De esta playa había oído hablar mucho, porque yo era de mirar en internet los artículos estos que decían: “Las 10 mejores playas del mundo”. Y en varios de ellos incluían Cala Conta en ese top, así que me subí al coche muy emocionada. ¡Esa era la sorpresa que me reservaba Brian!

Brian arrancó su nave espacial y dejamos atrás Cala Bassa, luego tomó el primer

cruce a la derecha y un camino polvoriento nos llevó hasta las Platges de Comte. La vista de los yates y los veleros fondeados en esa agua azul turquesa, que parecía del Caribe, me dejó sin habla. ¡Qué paraíso! Para mi asombro no se dirigió hacia la cala, sino que tomó una carretera secundaria llena de piedras, después dejó atrás esa carretera y recorrimos intrincados caminos de tierra. El coche botaba que no veas y por un momento pensé que Brian se había perdido.

- ¿Sabes adónde vamos? –solté intentando no meter la pata.
- Más o menos. Te dije que quería darte una sorpresa y llevarte a un sitio del que te ibas a enamorar y esos lugares suelen estar un poco apartados y escondidos –dijo, sabiendo que me encantaba que se pusiera misterioso.
- Llévame donde quieras, contigo me siento la mujer más segura del mundo.

El coche llegó hasta una mansión arrebatadora. Desde luego llegar hasta la casa, por decir algo porque era enorme, no era tarea fácil. Si querían privacidad la tenían asegurada 100%. La mansión se llamaba Ca n'Embarcador y disfrutaba de una situación privilegiada. Brian paró el coche. Los dos salimos y yo no abarcaba a ver dónde acababa la mansión... ¡Qué pasada! Brian llamó a la puerta con ganas, parecía un niño chico de la ilusión que le hacía.

- ¡Nancy! ¡Ya estamos aquí! –gritó Brian.

¿Nancy? No me sonaba ninguna famosa por ese nombre. Solo la muñeca esa que tuve de pequeña, la Nancy... Se me iba la olla... Y se me fue del todo cuando se abrió esa puerta de roble macizo con adornos hindúes y casi me desmayé... ¡La que estaba allí era Elle MacPherson!

- ¡Nancy! ¡Mi amor! –gritó de nuevo Brian y se abalanzó sobre ella para abrazarla.
- ¡Brian, cariño! ¡Qué ilusión verte por aquí! ¡Dame un beso! –dijo mientras se fundía en un abrazo con mi “chico”.

¿Nancy?, me pregunté yo. A ver si me había confundido, pero no, luego me enteré que ése es su segundo nombre, pero poquísima gente la llamaba así. Eleanor Nancy, más conocida como Elle Macpherson había sido una de las grandes súper modelos del mundo, junto con Cindy Crawford, Linda Evangelista, Claudia Schiffer y Naom Campbell, evolucionaron el mundo de la moda en los 80. De hecho, su esbelta figura le ganó el popular apodo de "El cuerpo". Y todavía estaba buenísima esa mujer. Me

entraron unos celos de muerte. Se me pasaron rápido cuando se separaron y Brian decidió presentarme.

- Nancy, quiero presentarte a la mujer que me ha devuelto la sonrisa. Paola, Nancy. Nancy, Paola.
- Encantada, Nancy, aunque no sé si debo llamarte Elle –dije sonriendo muchísimo.
- Si eres amiga de Brian, puedes llamarme como quieras, incluso por teléfono –dijo ese pedazo de pibón mientras sonreía y me desarmaba. A ver si me iba a volver yo bisexual a esas alturas.

Elle me abrazó fuerte y sentí su calidez. Esa mujer era muy feliz, tenía todo lo que una chica podía desear y además sentí que era generosa, buena persona.

- Acompañadme. Brian, lo tengo todo preparado para vosotros –dijo mientras volvía hacia el interior de la casa. Yo me quedé con la boca abierta, Brian comenzó a reírse. Me había pillado completamente desprevenida... ¿Nosotros íbamos a quedarnos en esa mansión tan fantástica? Estuve a punto de marearme.

Seguimos a Elle que, con esas piernas tan largas, cada vez que daba un paso avanzaba un montón. Sus cabellos y su ropa se movían a su alrededor con una danza llena de armonía que tiraba para atrás. Desde luego la elegancia y personalidad de esta mujer eran para quitarse el sombrero.

Entramos y fuimos pasando por gran parte de las dependencias de la casa, todas gozaban de impresionantes vistas al mar con grandes paneles acristalados, que, al mismo tiempo, servían de acceso directo a las terrazas, la piscina y las fuentes. ¡Sí, tenían fuentes dentro! Yo no paraba de tirar fotos, mientras Elle y Brian se reían mucho conmigo.

- No te preocupes, Paola, a mí me pasó lo mismo la primera semana que estuve viviendo aquí –me dijo Elle.

Nos adentramos en esas terrazas que formaban la segunda línea de la casa. Luego, a través de diferentes escaleras y caminos, llegamos a la cala privada de este lugar de ensueño y al embarcadero. Una vez más comencé a recordar todas las conversaciones que había tenido con mis amigos y amigas de la Toscana sobre Ibiza. Ahora entendía por qué les brillaban tanto los ojos cuando hablaban de esta isla mágica. Se me puso un nudo en la garganta de la emoción y casi rompí a llorar, menos mal que Elle relajó el ambiente. Qué mujer tan especial. La quería muchísimo y la acababa de conocer.

- No hace falta que paséis por las zonas comunes para bajar al mar. Podéis hacerlo casi desde cualquier sitio, por eso me enamoré de este lugar. De hecho tenéis tanto sitio aquí, que podéis estar varias semanas sin veros si queréis. Aunque no creo que sea vuestro caso –soltó Elle mientras se reía con esa risa cantarina y sorprendente que tenía.

Elle le dio una copia de las llaves a Brian y nos volvió a regalar varios besos.

- ¿Te vas? –solté como si Elle fuese mi hermana o mi mejor amiga.

- Sí, Paola. Tengo que viajar a Estados Unidos por asuntos de negocios, pero en unos días estaré de vuelta y quiero veros radiantes de felicidad. Por favor. No rompáis nada –y de nuevo volvió a sonreír mostrando los dientes más blancos y perfectos que había visto en mi vida.

Brian le dio las gracias a su amiga. Nos abrazamos todos, nos hicimos varios selfies y Elle se marchó. Y allí nos quedamos solos Brian y yo. Yo miraba al mar con una mezcla de emociones que no me cabía en el pecho. Brian me dijo que, en total, la casa de Elle tenía 900 metros cuadrados y que la parcela entera 5.000, que podíamos hasta correr una maratón si queríamos. Además de lo que habíamos visto, tenía varios salones y suites, una piscina gigantesca en el exterior y una pista de tenis. En ese momento me daba vueltas la cabeza. No sé si podría acostumbrarme a vivir en un lugar tan enorme.

Bajamos a la piscina que formaba un lago, en un lado de ella, dentro del agua había una barra acuática con sus butacas dentro de la piscina, tipo Caribe total. En el jardín había una barbacoa, aparte de otra barra en plan chiringuito lleno de bebidas, luego se veían unas grandes cristaleras y tras ellas uno de los hermosos salones.

- Me has dejado sin palabras, Brian. No sé qué puedo decir... –dije mientras seguía observando todo, alucinada.

- Yo estoy feliz de poder compartir mi vida contigo. Elle está a punto de dejar la casa, su tiempo en Ibiza terminó, pero antes, como sabía que yo venía para acá, me llamó para ofrecerme quedarme en ella. Me gusta porque el entorno es inmejorable y la casa posee todo aquello que necesitas para sentirte cómodo y a la vez disfrutar. Hasta nos ha dejado en la barra todas las botellas que podamos desear y la despensa llena.

- No quiero ni imaginar cuánto puede costar esta casa -dije aún fascinada por lo que tenía ante mis ojos.

- Quizá esté entre 17 y 20 millones de euros. Eso son muchas inyecciones de las mías. Me quedaría sin vitaminas.

Nos miramos y comenzamos a reírnos como locos. Desde luego estaba bien eso de que el dinero no fuera un problema en su vida, aunque también tenía mucho peligro acostumbrarse a vivir rodeada de esos lujos tan extremos.

- Cada vez que viajo, no sé cómo me las apaño que algún cliente, o amigo, me pone un piso o un hospedaje de lujo en la zona. Los multimillonarios, cuando se dan cuenta de que eres una persona de fiar, son extremadamente generosos. El principal problema que tienen es que no pueden fiarse de casi nadie porque todo el mundo va a sacarles el dinero. Yo no soy así. Yo solo voy a hacer mi trabajo y no pido favores.

- Pues eso debe ser oro para ellos. Desde luego, qué suerte la tuya, te forras pinchando y encima te abordan con estos regalos, vamos que tú vienes a trabajar pero también a vivir una estupenda vida. ¡Así trabaja cualquiera!

Definitivamente, aquello era una pasada de casa para vivir la mayor aventura de mi vida con mi buen doctor, con mi querido Brian. ¿Cómo podía gustarme tanto un hombre al que solo había visto dos veces? Desde luego tuvo que ver mucho que lograra hacerme desmayar a polvos, pero no solo era eso, también estaba todo lo demás. Él había tenido el arte de abrirme de piernas con todo su amor después de un año de soportar imbéciles y hombres superficiales. Él se había ganado mi respeto y mi cariño. Deseaba de todo corazón que eso, fuese lo que fuese, no se estropease rápidamente como me había pasado otras veces.

Brian se quitó la ropa delante de mí del tirón. ¡Ya llevaba el bañador puesto! Yo le dije que tenía que ir a cambiarme un momento. Entré de nuevo en la mega casa, tiré mis cosas encima de un sillón gigante –ya tendríamos luego tiempo de colocarlo todo– y me puse el bikini brasileño que me había traído. Otra de mis jugadas maestras para seducir a los hombres, este modelo lo había usado poco con el añito que había tenido, pero me pareció un día perfecto para usarlo. Lo compré en Río de Janeiro hacía ya dos años, era un estilo que los brasileños llaman “fio dental”, o sea “hilo dental”, porque en la parte de las nalgas solo tiene un hilito y se ve todo el culo. Yo, aparte de unas tetas que quitaban el hipo, tenía un culazo respingón conseguido con mis buenas horas de spinning en el gimnasio. Una sabía cuidarse.

Brian se había quedado cerca de la piscina, cuando volví ya estaba en la barra del jardín con dos cócteles preparados, ¡y yo no había dormido aún! Pero me daba igual,

pensaba disfrutar y aguantar todo lo que el cuerpo me permitiese. ¡Estaba en Ibiza con un hombre de ensueño! ¡Viva el Red Bull, la Coca Cola y el café!

Bajé, me dirigí hacia dónde estaba Brian con paso firme. Él se giró y soltó un enorme ¡Uauh!, al ver mi bikini. Yo caminaba como una gata en celo y me senté a su lado, él con una mano me dio el cóctel y, a la vez, con la otra, me agarró la cintura y me propinó un dulce beso en los labios. Éramos los reyes del mundo. En esos momentos me dieron ganas de reírme al pensar con la ternura que me había besado mi chico –si podía decir esa burrada a estas alturas sobre Brian- y con el desgarre que mi amiga me había terminado su alocada noche, tras la cual a la pobre la costaba sentarse cómodamente en cualquier sitio. Pero, oye, ¡que le quitasen lo bailao’!

Nos fuimos a unas hamacas balinesas que habían cerca. Yo me ocupé de adelantarme unos pasos para que Brian pudiera disfrutar de las espectaculares vistas que proporcionaban mi perfecto trasero y mi cimbreante melena. Casi podía sentir cómo se aceleraba su respiración al observarme. Nos sentamos en las hamacas a tomarnos ese delicioso cóctel que había preparado. Le pregunté qué era y me dijo que un Manhattan. Añadió que es un cóctel clásico que le enseñó a preparar un famoso rockero que era adicto a sus pinchazos. El cóctel llevaba whiskey del mejor y vermut rojo; perfecto para despejarse, pensé. Tras bebernos nuestros Manhattans nos tiramos en las hamacas, él estaba muy cariñoso y no paraba de acariciarme, a mí me ponía a tope, el tío era perfecto, la naturaleza se había encargado de agasajarlo con todo lo mejor, incluido un enorme y glorioso pene, y encima era apoteósicamente guapo.

Sus manos no paraban de recoger cada parte de mi cuerpo a la vez que hablaba conmigo, el tipo era tan sensual que era difícil no dejarse llevar por él. Sobre todo vi que no paraba de jugar con mi “fio dental”. Esa lujuria de Brasil se trasportaba hacia nosotros a través de esta delicada pieza de biquini. Estaba loco por quitármelo, yo lo sabía. Y yo loquita porque lo hiciera, pero los dos jugábamos a resistirnos. ¡Ains, ahora me daba cuenta de todo el tiempo que había echado de menos estos prodigiosos juegos de Amor! Por poco me pongo a llorar delante de él de la emoción.

- Quédate conmigo toda la semana -soltó en voz bajita, de forma improvisada, mientras mordía el lóbulo de mi oreja.

Un cosquilleo recorrió mi estómago y se me secó la garganta del miedo, provocándome mucha agitación. Respiré varias veces y pude contestarle.

- Yo encantada, pero no sé si podría hacerle eso a mis amigas. Habíamos planeado tanto esta escapada que lo mismo se enfadan conmigo.

- Paola, ellas estarán juntas esos días y tú tendrás las 3 semanas siguientes

para disfrutar junto a ellas.

- Es verdad. Y te digo una cosa. Me muero por quedarme contigo –dije mientras le plantaba un beso húmedo que le hizo brillar los ojos. Tras unos minutos que parecieron horas, nuestros labios se separaron unos segundos y él acertó a decir...
- Si quieres, mañana, cuando me vaya a trabajar, te dejo en tu casa antes para que prepares la maleta con lo necesario para estos días y a la vuelta te recojo al mediodía y ya te vienes conmigo.
- Perfecto, así me da tiempo a estar la mañana con ellas y puedo contárselo bien. No me gustaría irme así de golpe, las quiero muchísimo y sé que ellas me han echado mucho de menos este año que he tenido tanto trabajo.
- Ya sabes lo que decía John Lennon: “La vida es aquello que te pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes” –y dicho esto me metió toda la mano en la entrepierna acariciando mi sexo. ¡Cómo me ponía ese hombre!

Mientras nos besábamos y nos sobábamos, no pude evitar dejar volar de nuevo mi cabecita. Tengo una amiga que llama a la mente “la loca de la casa”, y no le falta razón ja, ja, ja. Me puse a dialogar conmigo misma sobre ese planazo que iba a tener con el buen doctor. ¡Qué fuerte! ¡La proposición de Brian suponía que iba a pasar con él lo que me quedaba de semana! ¿Estaríamos todo el rato metidos en esta casa de ensueño o iríamos a otras mejores? Todo era posible en Ibiza. Y yo que pensaba que ese hombre estaría obnubilado con las Sharon Stones y las Angelinas Jolies, y va y se queda deslumbrado con una italiana. Si es que Sofia Loren era mucha mujer y se nos nota en los genes. ¡Quise disimular, pero me daban ganas de ponerme a bailar de la alegría que me había dado su propuesta! De nuevo logramos separarnos un momento y lo miré a los ojos.

- ¡Estoy deseando pasar contigo toda la semana!
- Gracias cariño, haré que sea la mejor semana de tu vida.

Y al momento se arrodilló delante de mí. Yo pensaba... Pero, ¿qué hace? ¿Me va a pedir en matrimonio? ¡No, algo mucho mejor! Me arrancó la parte de abajo de mi bikini con los dientes, sin romperlo, y me hizo un cunnilingus tremendo. Me corrí dos

veces. Luego se quitó su bañador y estaba empalmado como una bestia. Pero en lugar de penetrarme, se bebió todo el Manhattan de golpe y se tiró al agua desnudo. Yo me quité la parte de arriba, apuré mi cóctel, e hice lo mismo. Dentro del agua nos abrazamos un largo rato con mucho amor y ternura. Sentía chisporroteos por todo mi cuerpo. Mi cabeza se me iba. ¿Me estaba enamorando locamente de Brian o era la falta de sueño? Me daba todo igual, me subí encima de él y me hizo el amor en el agua de forma apacible y cariñosa, muy despacito. Los orgasmos llegaron uno tras otro. Al final salimos y él se tumbó exhausto en el borde de la piscina. Yo ya sabía lo que quería, a él le gustaba que le masturbasen para correrse. Así lo hice y una vez más tuvo una eyaculación abundante y jugosa. No dude en chupársela una vez que ya se había corrido y me quedé con su pene dentro de mi boca un largo rato, hasta que fue disminuyendo de tamaño. Él me agarraba la cabeza y temblaba con espasmos de placer. Terminamos, estábamos rotos y nos quedamos dormidos en las hamacas.

Me desperté sola y vi que estaba tapada con un pareo exótico, lleno de colores y con la figura del Dios hindú Ganesha, tenía cuerpo humano y cabeza de elefante. Se le conocía en la India como el Dios destructor de obstáculos, lo cual me chocó mucho, porque estaban siendo los días con menos obstáculos de mi vida, pero me gustaba tanto su figura que no me lo quité. Busqué por la piscina a Brian, pero no lo encontraba. Entré en la casa y vi que mis cosas seguían tiradas en el amplio sillón del salón, ya eran casi las 6 de la tarde y mi estómago emitió un rugido de protesta. Tenía más hambre que el perro de un ciego. Desde luego estaba más agotada de lo que pensaba y había dormido un montón.

- ¡Brian! ¡Brian! Cariño, ¿dónde estás? –solté y no recibí respuesta. Me acojoné un poco. A ver si me lo habían raptado. Pero rápidamente tuve que cambiar los pensamientos negativos de mi mente porque escuché su voz alegre y feliz.

- ¡Paola! Ven a la cocina. Nos acaban de traer un arroz negro que te mueres de rico.

¡Guau! Mis dos sueños hechos realidad: ver a Brian y comer algo rico ya mismo. Corrí hacia la cocina como cuando era pequeña y me despertaba a recoger los Reyes. ¡Qué emoción! Entré en la cocina, que también era kilométrica, y Brian me mostró una paellera llena de arroz negro.

- El cocinero se ha marchado hace unos minutos. No he querido despertarte porque parecías agotada.

Me abracé fuerte a él y volvimos a besarnos. Metió sus manos por debajo del pareo y agarró fuerte mis pechos. ¡Qué pasión teníamos! Era irrefrenable.

- Vamos a comer antes de seguir, que si no acabaremos desmayándonos – dijo Brian mientras reía.

- Yo ya me he desmayado contigo una vez y te aseguro que fue una de las mejores sensaciones de mi vida.

Risas y abrazos. Luego Brian cogió la paellera. Le pregunté si llevaba platos o algo y me dijo que no, que nos la íbamos a comer a lo valenciano, como se deben comer los arroces. Solo me pidió que cogiese dos cucharas de madera y dos paquetes con alioli que había pedido. Antes de comer me puse el bikini porque yo para comer necesito llevar algo puesto. Llegamos hasta una de las terrazas y volví a quedarme encandilada con las vistas... ¡Allí estaba el mar y a la derecha Cala Conta, una de las playas más bonitas del mundo! Ni siquiera la había pisado y no me importaba. Estaba totalmente feliz. Nos sentamos en unos sillones comodísimos que había en la terraza, pusimos la paellera encima de la mesa y Brian levantó su cuchara. Yo hice lo mismo. Tras aguantar unos segundos los dos con las cucharas levantadas soltó, a punto de estallar a reír:

- Queda inaugurado este pantano –y metió la cuchara en el arroz negro, llevándose a la boca un gran bocado.

El gemido que emitió fue una pasada. Luego cogió su paquete de alioli, metió la cuchara cogiendo una buena cantidad y se la introdujo en lo boca. Cómo gozaba este hombre con la comida. Era igualito que yo. Yo hice lo propio y atacué el arroz negro. Mi padre siempre me decía “el mejor chef es el hambre”... ¡y qué razón tenía! Pero es que además ese arroz estaba portentoso de rico. En medio de la ingesta, Brian abrió mucho los ojos y se levantó. Salió de la terraza y volvió a la mesa con una jarra enorme llena de tinto de verano, dos vasos y servilletas de papel. Sirvió dos vasos y estaba fresquito, dulce y afrutado. El maridaje perfecto para ese alioli salvaje.

Así, mirando los yates y los veleros pasar por el mar, dimos buena cuenta de ese arroz negro. Brian volvió a levantarse y trajo dos flanes. ¡Este hombre estaba en todo! Eran flanes de coco, me dijo que los había pedido especiales porque el coco le volvía loco. Nos los comimos y eso fue la gota que colmó el vaso para Brian. Se le cerraban los ojos. Me dijo que si no me importaba él iba a dormir un poquito. Le dije que estaba en su completo derecho, mientras los dos sonreíamos de cachondeo. Se tumbó en los esponjosos sillones y al instante estaba dormido como un bendito. Le puse encima mi pareo y recogí la mesa. Eso sí, deje la jarrita de tinto de verano y los vasos.

Luego volví a su lado, me tumbé en otro de los sillones y dejé que la brisa marina acariciase mi cuerpo desnudo mientras mi amante, mi compañero, o yo que sé lo que

era ese hombre, dormía plácidamente a mi lado. No resistí ir a por mi móvil y hacerle una foto. La mandé al grupo de las chicas con una frase que ponía: “La vagina amansa a las fieras”.

Al momento recibí un montón de mensajes de ellas dos diciéndome lo guapo que estaba y que dónde estaba yo. Les mandé todas las fotos que había hecho de la casa, incluso un selfie que me hice con Elle antes de que se fuese. Se quedaron locas... ¡No daban crédito! Habían leído en revistas sobre esa mansión y no podían creer que yo estuviera allí dentro... ¡Y sin pagar un euro!

Luego les puse un WhatsApp para decirles que estaría allí a primera hora de la mañana, que me esperasen para desayunar, que tenía mucho que contarles. Se me estaba acumulando el trabajo. Alessandra contestó diciendo que “hiciese copia de las llaves antes de salir de la mansión. Y que, por favor, siguiere pasándomelo tan genial con mi buen doctor”. Seguidamente contestó Letizia proponiendo; “¿Por qué no desayunábamos las tres en la casa de Elle?”, y nos echamos unas buenas risas.

Me aseguré que hubiese buen rollo entre ellas porque no quería encontrarme nada extraño al llegar al día siguiente al apartamento. Alessandra me dijo que tranquila, que estaba todo bien, que habían hablado y todo aclarado entre ellas. Letizia contestó que por supuesto que estaba todo bien, más que nada porque no hablaban.

Me quedé impactada por lo que había acabado de soltar Leti, pero rápidamente me dijo que era broma y que estaba todo perfecto, que no me preocupase por nada y que ellas se iban a pasar el día a la playa con el argentino... ¡Y el cubano! Rápidamente pregunté si Letizia también iba... Se rieron y dijeron que sí.

Solo de imaginarlo me entró la risa y pensé que a Letizia hoy sí que la espabilarían esos dos fieras, reí de pensarlo y le puse inmediatamente un mensaje privado a Alessandra para preguntarle si le había contado algo sobre el trío de la noche anterior. Su respuesta fue inmediata, se lo había contado con todo lujo de detalles, a posta, para ponerla cachondísima, y Letizia había entrado en razón diciendo que, a partir de este momento, dejaría de ser la gilipollas del grupo y que pensaba vivir la noche ibicenca al máximo con todas sus consecuencias.

Me alegré mucho por Leti y por Alessandra, y por mí. Algo me decía que ese viaje iba a ser un experimento que iba a poner a prueba todo aquello que siempre fue, de algún modo, un tema tabú para nosotras. Brian hizo un ruido y se giró para acomodarse. Había sitio de sobra a su lado, así que decidí tumbarme con él. Ya no tenía tanto sueño, pero solo de pensar en el placer de sentir su cuerpo calentito al lado del mío fue motivación suficiente para hacerlo. Me puse a su lado y nos tapé bien con el pareo de Ganesha. Y rogué a ese Dios hindú que apartase todos los obstáculos que

hubiese en nuestro camino. Ese fue mi último pensamiento antes de caer completamente KO... ¡Y eso que pensaba que no tenía ya sueño!

Capítulo 5

Noche de secretos.

La sensación de un leve mordisqueo en mi cuello me despertó. Abrí los ojos y vi a Brian que, al momento, se tiró encima de mí como un león atrapando a su presa, siguió mordiendo y besando todo mi cuello, bajando lentamente hacia abajo a la vez que me quitaba la parte de arriba del bikini, dejando mis pechos al descubierto ante él, se metió uno en la boca, como si lo fueran a prohibir, y tuve que calmarle porque no quería quedarme sin pezón. Él me miró y dijo en bajito “perdón”, y después siguió chupando como un bebé. Yo notaba cómo me estaba humedeciendo la entrepierna. Me dio un repaso a los pezones que me los dejó duros como piedras. ¡Qué feliz despertar!

Estuvo así, jugando con mis pechos, un buen rato. Se detuvo y sacó algo de detrás del colchón de la hamaca, aunque más que eso era un pedazo de sofá tipo balines gigante, pude observar que era una crema. Se echó un buen pegote en sus manos y empezó a untármela por mis pechos y a masajear todo mi cuerpo hasta llegar a las partes más húmedas. Cuando se quedaba sin crema volvía a echarse un buen chorretón en las manos y lo introducía por mis partes, dándome una sensación de calor impresionante. Tras la última refriega, en la que estuve a punto de correrme, me quitó la parte de debajo de mi bikini, allí me dejó desnuda con las piernas completamente abiertas, él frente a mí, sentado, y yo tumbada boca arriba. Brian no paraba de jugar con esa crema y mi piel. Y yo no paraba de mirar su rostro tan perfecto. Me estaba enamorando de ese hombre a marchas forzadas. Hacía siglos que no había estado tan a gusto con un hombre.

Tras un rato toqueteándome y yo gimiendo de placer, empezó a lamer mis partes, que estaban empapadas, para después penetrar con toda la intensidad sexual que había provocado ese momento. Fue un polvo sin piedad, ni miramientos, sin técnicas ni pensamientos, sin ningún tipo de estrategia. Un polvo salvaje, casi prehistórico, y los dos nos corrimos a la vez. Terminamos mirándonos a los ojos y abrazados, temblando de toda la energía que habíamos movido juntos. Él no había sacado su pene de mi vagina y nos corrían espasmos, nos volvíamos a estremecer y volvíamos a sentir descargas de orgasmo por todo el cuerpo. Solo con que la punta de nuestras lenguas se tocasen, ya sentíamos un chisporroteo eléctrico en todo el cuerpo. Era una barbaridad sentir todo aquello con un hombre. Yo no recordaba haber sentido nunca algo tan intenso.

Ninguno de los dos queríamos separarnos del otro, pero él tuvo la feliz idea de mirar el móvil y vimos que eran las nueve de la noche. Nos miramos y, al ver la hora,

empezamos a reírnos; el tiempo no existía cuando estábamos juntos, fuimos a ducharnos para ir a cenar algo. Solo el hambre puede superar al sexo.

Tras una ducha, en la que no faltó otro buen polvo húmedo, desproporcionado y frenético, con el que dejamos todo el baño empapado, cogimos el coche y nos fuimos a un restaurante frente al mar. Estaba muy cerquita de la casa de Elle, en la misma Cala Conta, se llamaba S'Illa Des Bosc y era precioso. Todo de madera, muy elegante, con unas vistas extraordinarias.

Nos sentamos allí con un hambre tremenda. ¿Había algo mejor en la vida que tener mucha hambre y saber que te iban a dar de comer en un rato? Solo hacer el amor con el hombre que amas. ¡Y yo tenía las dos cosas delante! Abrimos la carta y era todo para morirse de rico. Nos costó muchísimo decidirnos, pero la maîtresse, muy amable, nos ayudó a elegir. De primero pedimos unos tacos de salmón ahumado con azahar, rúcula, espinaca y mango, y un salpicón de bogavante y salmorejo. De segundo, Brian se pidió una raya del Mediterráneo a la ibicenca con pulpo y aceitunas, y yo una paletilla de cordero moruno con yogurt y zanahoria. ¡Vaya espectáculo!

Después de dar buena cuenta de los primeros, sonó el teléfono de Brian y atendió la llamada, pude escuchar cómo saludaba cariñosamente a Angelina, para espontáneamente preguntarle por Brad, blanco y en botella, estaba flipando al descubrir que mi “chico” estaba hablando con Angelina Jolie. En la conversación dejaba entrever que al mes siguiente les haría una visita para infiltrarles varias de sus inyecciones, ya que, al parecer, trataba a los dos. ¡Este hombre se recorría el mundo rejuveneciendo a la gente!

En ese instante me puse a pensar que tenía mucha suerte en pasar esta semana que iba a echar a su lado, aunque quise poner los pies en la tierra y saber que eso Brian lo haría cada vez que viajara a algún lugar, un hombre de esas características tendría que tener muchas mujeres por cualquier lugar del mundo. Algo en mí se entristeció al pensarlo, me entró un bajón impresionante mientras él seguía hablando por teléfono, estaba claro que eso solo era un lío de verano, peor aún, solo de una semana. Yo sentía dentro de mí que cuando él saliese de la isla y viajase a Miami o a Los Angeles, o donde fuese, otras mujeres lo estarían esperando y no lo volvería a ver más.

Cuando colgó el teléfono, le pregunté si era quién yo había imaginado y me respondió que sí, en Junio tendría que hacerles una visita para dejarlos perfectos para el verano, ya que tenían la presentación de su última película y debían dar muchas ruedas de prensa por todo el mundo. Trajeron los segundos y no pude resistir sacarles fotos y mandarlas al grupo de WhatsApp de mis amigas con una nota: “Recuperando fuerzas para la dura batalla que me espera esta noche”. Se lo enseñé a Brian y le entró un

ataque de risa tremendo. Ellas me devolvieron el mensaje con comentarios súper cachondos. Eran dos mujeres estupendas.

Mientras cenábamos y charlábamos, quería preguntarle por su vida personal, pero justamente eso me hacía sentir que yo solo era algo pasajero y no tenía derecho más que a disfrutar lo que Brian me estaba poniendo por delante y no querer saber más. Sin embargo mis ganas por estar al corriente crecían, me estaba mordiendo la lengua a base de bien hasta que ya no pude más y descargué.

- ¿Cuánto tiempo has estado casado, Brian? -pregunté asustada por si le molestaba mi atrevimiento.
- Aún sigo casado, la verdad.
- Perdón –tenía tantas ganas de tenerlo para mí que ya lo había divorciado, y es cierto que me contó que estaba todo en proceso.
- No te preocupes. Tienes razón, esa relación se ha terminado. Solo faltan los flecos legales. Estuvimos dos años de noviazgo y luego cuatro años casados haríamos el mes que viene.
- ¿Quién decidió separarse? -volví a jugármela con la pregunta, pero mi intriga podía más que mi silencio.
- Ha sido de mutuo acuerdo, ya no quedaba chispa, teníamos una vida muy diferente, no quedaba nada entre nosotros.
- Si es por eso, hicisteis bien. A veces es mejor decir adiós a tiempo que estar perdiéndolo y sufriendo.
- Sí, cuando el amor muere, es muy difícil despertarlo. ¿Y a ti? ¿Qué te ha pasado con los hombres? –me devolvió la pelota, como si fuese un partido de tenis.
- Más bien habría que decir qué no me ha pasado. No sé por qué elegí tan mal a mis dos últimas parejas. Sobre todo a la última, que resultó ser un maltratador pasivo y un machista.
- ¿Te llegó a pegar?

- No, nunca. Por eso dije pasivo. Más bien la que le dio un buen puñetazo fui yo.
- ¿Qué dices?
- Lo que oyes, pero todo tiene un porqué. No te asustes que yo no voy pegando a mis parejas tan fácilmente.
- Espero.

Nos miramos y, de nuevo, volvieron las risas. ¡Menos mal! Porque le estaba contando un pasaje de mi vida muy desagradable.

- Salvatore Giuliano se llamaba, bueno, se llama, que supongo seguirá vivo. Igualito que el famoso gánster. Anda que no le hacía bromas yo con eso y al final me salió el tiro por la culata. Tras varios meses de salir juntos, Salvatore me convenció para que nos fuésemos a vivir a Montalcino, un pueblo alejado de todas mis amistades y familia. Yo no le vi venir porque estaba muy enamorada y le dije que sí, ilusionada porque allí comenzaríamos una nueva vida. Él tenía dos niños estupendos, a los que aún quiero con toda mi alma. El caso es que Salvatore lo que fue haciendo fue separarme de todos, para tenerme para él solo. Luego comenzó a meterse con la ropa que yo me ponía. Por lo poco que has visto de mí, ya sabes que yo soy muy de ir provocativa, porque me gusta gustar y eso a él lo volvía loco. No me dejaba ir con escotes, no me dejaba ir con colores vivos, me obligó incluso a recogerme el pelo. Comenzó a enrabiarse porque quedaba con amigos míos de toda la vida. No soportaba ni que yo tuviese a contactos masculinos en el WhatsApp.
- Pero eso es... eso es de la edad media –podía ver que Brian se estaba enfadando con lo que le contaba. Eso era señal inequívoca de que yo le gustaba mucho.
- Tú lo has dicho. Totalmente medieval. Yo tragué y tragué hasta que un día no pude más, me levanté y reventé. Tuvimos una discusión espantosa y acabé pegándole un puñetazo que lo tiré al suelo. Luego el muy mamón va diciendo que soy una maltratadora, pero es una tontería, Salvatore me saca una cabeza y solo fue que, cuando le golpeé, lo pillé tan desprevenido que acabó

resbalándose y se cayó al suelo.

En ese momento llegó el camarero para retirar los platos y Brian me preguntó si quería postre. Yo le dije que desde luego. Trajeron de nuevo la carta y nos pusimos a mirar. Momento que yo utilicé para ver cómo estaba digiriendo mi historia Brian. ¡Bravo! No había ningún peligro, no se le veía acojonado ni agobiado. Podía seguir contando todo, pero antes había que decidir qué postre tomar. ¡Qué difícil era elegir solo una cosa en ese sitio tan bonito! Al final yo tiré por la calle de en medio y me pedí unas milhojas de chocolate con frutos rojos –total lo iba a quemar todo en un rato seguramente-, Brian se pidió una teja de almendras con helado de chocolate. Yo seguí contando mis aventuras con Salvatore mientras nos traían esas delicias que habíamos pedido.

- Como te puedes imaginar, terminé esa relación con una baja autoestima total. Además Salvatore era muy machista y muy pijo. ¡No entiendo cómo pude estar con él tres años de mi vida! A veces las mujeres hacemos cosas que ni siquiera nosotras entendemos. Al principio estaba a gusto con él, es cierto que nunca me volvió loca su forma de ser, pero no estaba mal a su lado y mi relación con sus dos niños llenaba muchos espacios emocionales vacíos que teníamos entre los dos. Pero el último año fue tremendo. Me aburrí con él como una ostra y me marchité. Eso me hundió en una completa depresión y, lo reconozco, cuando me liberé de ese lastre, taché a los hombres de mi vida y me centré única y exclusivamente en el trabajo.

- ¡Y lograste situar tu restaurante en el puesto 11º del mundo! A eso le llamo yo talento y convertir una situación difícil en algo bonito.

- Nunca lo había mirado así.

- Pues es hora de que lo hagas. Lo pasaste muy mal y ahora la vida te está empujando a pasarlo muy bien.

- No lo dudo, ¡qué peligro tienes, buen doctor! –al momento me llevé la mano a la boca. Mi mote secreto se me había escapado y él, que no era tonto, se había dado cuenta.

- ¿Buen doctor? ¿Así me llamas?

- Es que Brian, estás tan bueno que... ¿cómo quieres que te llame “mal doctor”?

Y estallamos a reír. Que rápida era para librarme de los marrones. Si me viese mi madre estaría orgullosa de mí. Tras comernos los postres, que eran un regalo del cielo, Brian pidió dos Gin Tonics con ginebra Hendrick's. Yo me quedé loca. Brian, además de todas las cosas fascinantes que había descubierto de él, resultó ser un experto en Gin Tonics. ¡Otro de mis puntos débiles! ¡Qué difícil iba a tener separarme de este adonis! Me contó que esa ginebra lleva una infusión de pétalos de rosa de Bulgaria y pulpa de pepino holandés. Nos lo sirvieron con una rodaja de pepino y pétalos de rosa espolvoreados por la copa. Solo de olerlo me moría y Brian casi se lo bebe de un trago.

- Mañana trabajas, te lo recuerdo, que te veo pinchando a tus pacientes y poniéndole la cara como Carmen de Mairena.
- Tengo mucho aguante, Paola, ya te harás una ligera idea en esta fabulosa semana que vamos a pasar juntos.
- Estoy preparada para todo, vengo a Ibiza con ganas de descubrir cosas nuevas y olvidarme de un año muy duro en lo personal, pero excelente en lo laboral. Así que tú propón que yo te sigo el ritmo lo que haga falta.
- Me alegra saberlo, bendita suerte la mía de haber elegido esa maleta tan chillona. Esa fue la última cosa en la que le hice caso a mi esposa... digo a mi ex. Ella es muy ordenada y, como yo siempre voy con prisas por el mundo, me dijo que así tardaría menos en recoger la maleta. Y mira...
- Ya, y mira cómo te la jodimos. Qué bestia mi amiga cuando agarró el boli y empezó a abrir toda la cremallera. Si llegas a ver nuestra cara de asombro cuando vimos que el contenido no era el mío, te mueres de risa.

Brian me respondió al comentario con una sonora carcajada. Yo le seguí descojonándome de la risa. La verdad es que todo con él era felicidad, me encantaban sus expresiones, su sonrisa, la forma de tratarme, tocarme, acariciarme y sobre todo la forma en la que me hacía suya.

Disfrutamos de una exhibición de Gin Tonics. Tras los que nos tomamos con sabor a pepino llegaron los de ginebra Citadelle: llevaban piel de limón, piel de pomelo y piel de naranja. Brian se encargó de recordarme que esa ginebra llevaba dentro infusión de 19 botánicos, hierbas, flores y especias. Para morir de amor.

La tercera remesa de Gin Tonics fue con ginebra Whitley Neill. Brian me miró

levantó la copa y me dijo: esencia africana. La Whitley Neill llevaba hasta nueve especias botánicas diferentes, la más llamativa era una que representaba al continente negro: la semilla del árbol de baobab.

Mientras degustábamos esta colección de Gin Tonics, estuvimos escuchando música, charlando y haciendo planes para la semana. Iba a ser una experiencia divina.

Súbitamente le sonó el teléfono, me pidió disculpas y se fue a hablar a unos metros, fuera de la zona del restaurante, ya andando por las piedras que se acercaban al mar. Mi intuición me dijo que sería otra que le estaría esperando en otro puerto, pues normalmente cogía el teléfono y hablaba delante mío, pero no tenía derecho a reprocharle nada, solo éramos dos personas que estábamos dispuestos a disfrutar y a pasar una semana juntos, sin compromisos.

Lo veía desde lejos hablar relajado, de vez en cuando miraba hacia donde yo estaba y me levantaba la mano haciendo el signo de OK, o me lanzaba un beso, yo le respondía de la misma manera, pero tenía claro que de lo que estaba hablando no era precisamente de trabajo.

Una vez más me embargó la pena, tenía solo seis días por delante para estar con él, luego desaparecería de mi vida de la misma forma que había entrado, de un plumazo. Bueno, mejor dicho, de un polvazo, porque llevábamos un ritmo que no veas.

Me terminé el Gin Tonic con esencia africana y él seguía hablando, cada vez lo veía más agobiado en esa conversación, ya no tenía la sonrisa que mantenía al principio, ¿con quién estaría hablando? ¿Qué le estarían recriminando? Mil preguntas rondaban por mi cabeza y no tenía ninguna respuesta, solo podía jugar con los restos de mi postre en el plato y devorar los últimos pedacitos de chocolate que quedaban. Entonces le escuché gritar. Le miré y vi como hacía aspavientos con la mano. Pude escuchar el nombre de Monique... ¡Su ex! Bueno, la que estaba a punto de ser su ex. La conversación subió mucho de tono y todo el restaurante comenzó a mirar a Brian. Nunca le había visto así, tan desesperado. Aunque, claro, yo le acababa de contar hacia muy poco que tiré al suelo de un puñetazo a mi ex. ¡Vaya dos nos habíamos juntado! ¡Qué noche de secretos! Pero eso era bueno. Había que conocerse si queríamos que eso durase algo más que una semana.

Me estaba desesperando esa tardanza por parte de él, la verdad que la paciencia no era mi mayor virtud, pero no me quedaba otra que esperar y aguantarme pues no era de mi incumbencia meterme en nada que tuviese que ver con él... por el momento.

Por fin vi como colgaba y venía hacia mí, su expresión era diferente, venía como preocupado, esa llamada le había jodido la noche.

- Qué difícil es todo -dijo mientras me acariciaba un hombro y se sentaba a

mi lado.

- ¿Malas noticias? -pregunté preocupada.
- Monique, mi futura ex mujer, poniendo problemas a todo, solo me queda seguir teniendo aguante. Estamos con los papeles del divorcio y lo que me pide de dinero es una locura... ¡Ni que fuera yo Paul McCartney!

En ese momento recordé aquel divorcio porque salió en toda la prensa. Paul tenía una fortuna estimada entonces en 1. 200 millones de euros y ella pidió 162 millones. Se me pusieron los pelos como escarpas solo de pensarlo. Al final Paul “solo” tuvo que pagar a su ex mujer 31,6 millones de euros. A eso le llamaba yo “dar el pelotazo”.

- Lo siento, espero que todo pase pronto -dije dándole una señal de cariño con una caricia en su pierna.
- No te preocupes, todas las rupturas son problemáticas, la mía no iba a ser menos -dijo mientras daba un sorbo a su Gin Tonic. Luego golpeó la mesa con todas sus fuerzas-. ¡No puede ser!

Yo le acaricié su rostro y le di un suave ósculo para calmarlo. Luego no pude reprimir enterarme de lo que estaba pasando allí.

- ¿Cuánto te pide?
- Tres millones de euros.

Cuando Brian dijo la cifra se me cortó la respiración. Ahora entendía su cabreo y su mal rollo.

- Esa mujer está loca –dije bien claro, para que Brian sintiese bien fuerte mi apoyo.
- Lo malo es que lo puede conseguir, o por lo menos la mitad. Tiene una abogada que es implacable.

Brian se quedó mirando las estrellas. Estuvimos un buen rato en silencio. Su móvil

volvió a sonar y se me heló el corazón. Pude ver en la pantalla el nombre de Monique y la foto de una mujer muy bella, pelirroja, con aire aristocrático y, todo hay que decirlo, una talla de pecho muy grande... ¿Sería operada? Él no hizo caso a la llamada y dejó que se agotase. Luego puso el móvil en modo avión y siguió mirando el cielo. Tras unos minutos probé a romper la tensión.

- Espero que todo pase lo más rápido y de la mejor forma posible, Brian. No me gusta ver cómo desaparece la sonrisa de tu rostro.

- Lo siento, Paola, es que mi pasado me machaca. Aquí, contigo, soy feliz, pero no puedo evitar saber que aún tengo lazos que cortar. Monique es un lastre en mi vida que aún voy arrastrando.

- Pero estás en ello. No te agobies. Mirar al pasado no sirve de nada. El pasado solo está en tu cabeza.

- En mi cabeza y en mi casa de Paris. Allí está ella.

- Ya, pero yo estoy aquí y eso es lo que tienes que tener en cuenta. Vive el ahora y serás feliz.

Brian se vino hacia mí y me dio un fuerte abrazo en señal de agradecimiento.

Tras dos chupitos de hierbas ibicencas a los que nos invitó la maîtresse, decidimos irnos para casa. Al día siguiente Brian trabajaba y yo tenía el reencuentro con mis amigas, me parecía que hacía un montón de tiempo que no las veía... ¡Pero solo había sido desde esa mañana! Esa Ibiza cómo jugaba con el tiempo. Y además yo tenía que preparar las cosas para llevarme para esa semana.

El camino a casa lo pasó diciéndome que yo era lo más bonito que podía haberle pasado en esta estupenda isla, que la vida estaba llena de pruebas inesperadas, pero también de gratas sorpresas y que a él le había vuelto a asombrar poniéndole en su camino a una joya como yo.

La verdad que los ojos de Brian a mi lado brillaban de forma diferente, lo veía cómodo y feliz, estaba sintiendo cada deseo que transmitía su mirada cuando me miraba, estaba claro que podía ser una más, pero yo notaba que a mi lado él se sentía especial, pero lo más importante de todo es que a mí también me hacía sentir que yo lo era.

Cuando llegamos a la enorme casa de Elle, Brian me cogió en brazos, como si fuese una recién casada y yo me emocioné mucho. Así me llevó hasta una de las terrazas

más amplias y me tiró sobre un sofá típico ibicenco adornado con motivos hindús que se veía espectacular a la luz de la luna. Brian tenía una fuerza impresionante, se notaba que estaba bien curtido de gimnasio, duro como una roca, con un olor corporal impresionantemente bueno, de esos que te incitaban a estar comiendo cada parte de su piel sin dejar un milímetro sin catar, como un buen jamón cinco jotas.

Hicimos el amor de forma arrebatadora, como si se nos acabase el mundo, sin más preocupación que el causar el mayor placer el uno al otro. Sin duda el agobio y la tristeza que le habían provocado las llamadas de Monique habían tenido un efecto bumerán para mí y habían sacado todas sus ganas por disfrutar al máximo conmigo. Y yo que se lo agradecía a su casi ex, Brian penetrando era un crack, parecía tener la sintonía perfecta para causar la mayor de las sensaciones que podía producir una buena sincronización y él parecía todo un experto en ello. No me podía imaginar cómo Monique se había acabado aburriendo de una máquina sexual como Brian, pero de todo había en la viña del señor.

Tras un rápido e intenso polvo que nos dejó sin pilas, nos volvimos a dar una ducha para así irnos frescos y relajados a dormir. Cuando nos acercamos a la cama, caí en que era nuestra primera noche durmiendo juntos en una cama, la noche anterior fue de fiesta y desenfreno en Cala d'Hort, y lo poco que dormí lo hice en su coche de camino a mi apartamento en Santa Eulalia. Nos tumbamos y nos miramos. Los dos nos sentimos extraños por primera vez, pero eso duró muy poco. Enseguida nos abrazamos y nos besamos. Tras un largo rato abrazados, nos separamos. Estaba claro que los dos preferíamos tener nuestro espacio para dormir y eso era comprensible. Una cosa es el descanso y otra el folleteo. Una vez que nos separamos nos quedamos dormidos en unos segundos.

A la mañana, siguiente Brian me despertó dándome un fuerte abrazo y un beso en la frente, bajamos y ya nos tenían preparado el desayuno.

- ¡Vaya banquete! -solté al ver todas las delicias que nos habían preparado en la mesa.

Eduardo, el chico encargado de atender la cocina, era súper simpático, muy profesional y con dedicación. Se veía que servía comidas en las casas más top de Ibiza. Tras dejarlo todo sobre la mesa, se despidió y nos dejó solos disfrutando de tan succulento desayuno. Teníamos pan de centeno, de cereales y de espelta. Aceite de oliva, alioli, un bol con tomate triturado y otro lleno de tomate cortado. También había tortillitas, atún, jamón ibérico, queso de oveja típico ibicenco aderezado con pimentón, olivas, palmitos, espinacas aliñadas con piñones, rúcula, escarola fresca y beicon churruscado. No podía faltar un bol de fruta cortada y fresquita: piña, melón, mango, sandía, plátanos, coco, melocotón, uvas, granada, maracuyá y guayaba,

Y leches teníamos varias: de almendra, de avena, de soja, de alpiste y de coco mezclada con arroz.

Brian estaba muy atento y cariñoso conmigo, incluso me dijo en varias ocasiones que esas horas mañana por la mañana me iba a echar mucho de menos, a la vez que me iba preparando unos expresos. Mi vocecita interior me decía que no me lo creyera, pero por otro lado tenía otra vocecita –la Paola más confiada- que me decía que me dejaste llevar y disfrutase de todo lo que él me ofrecía, sobre todo, de sus delicadas y amorosas palabras.

Salimos de la casa y nos dirigimos en su súper coche hacia mi apartamento, una vez allí nos despedimos. Brian me dijo que volvería a recogerme a última hora de la mañana y que fuese buena, nos despedimos con un emotivo beso y con tristeza. Me dijo que contaría los minutos hasta volverme a ver. Sentí que nos estábamos enganando y me entró un subidón de felicidad total.

Capítulo 6

La venganza de Letizia.

Al abrir la puerta del apartamento, un silencio me hizo presagiar que Alessandra y Letizia estaban dormidas.

- ¡Chicas, levantarse, que preparo el desayuno! –grité.

Indudablemente no me respondieron, así que me dirigí a la cocina a prepararles algo rico. Venía con mucho subidón de estar con Brian y quería regalarles a mis amigas un *breakfast* de lujo. No tenía tantos productos como en la casa de Elle, pero me las apañé para preparar un buen revuelto, cortar tomates, sacar jamoncito del rico, aceite de oliva, vinagre de Módena, beicon crujiente, queso, mermeladas, tostadas, mantequilla, fruta, zumos y cafés. Lo serví todo en la terraza del apartamento lo mejor que pude, con mucho amor, y me dirigí a despertar a mis amigas.

Fui pasando por cada una de las puertas de sus habitaciones y empecé a aporrearlas. Empezaron a reaccionar y les dije que las esperaba en la terraza con el desayuno listo. Había comprobado con los años, y por mi trabajo, que el olor de la comida es lo que más hacía reaccionar a los seres humanos.

Primero apareció Alessandra, que al ver cómo había preparado la mesa me soltó un pepinazo directo.

- Hemos follado bien, ¿eh Paola? ¡Pedazo desayuno!

La abracé con toda mi alma y ella notó mi emoción. Me separó unos centímetros y me miró a los ojos.

- ¡No! ¡Te estás encoñando del buen doctor! ¡No! ¡No lo hagas!
- Que no, no te preocupes. Solo es la emoción de los polvos que me ha echado.
- ¿Seguro? Porque te veo que te brillan mucho los ojos.
- Eso es porque estoy con mis amigas en Ibiza y sé que ellas se lo están pasando muy bien y tienen muchas cosas que contarme.

Alessandra me respondió con una sonrisa picarona y se acercó a mi oído para decirme que le preguntaste a Letizia por el día anterior.

- No seas mala, hazme un resumen –le dije en flojito.

- Que te lo cuente ella, vas a flipar, ayer estaba que se salía. La reina del mambo ya la llaman en Ibiza.

En ese momento oímos a Letizia que se acercaba hacia nosotras, entró a la terraza y alucinó en colores al ver todo lo que había preparado en la mesa.

- Hemos follado bien, ¿eh Paola? ¡Pedazo desayuno!
- ¡Qué fuerte Leti! Hemos dicho lo mismo las dos.

Se hicieron un saludo y se comenzaron a descojonar de risa.

- Vale, sí, he follado como nunca esta noche, pero igualmente os hubiera preparado un pedazo de desayuno porque sois mis amigas y os quiero con locura.
- ¡Te estás encoñando del buen doctor! –digo Letizia mirándome.
- ¡Ja, ja, ja! Lo mismo le he dicho yo, pero me dice que no la muy perra y se le nota hasta en la forma de pestañear.
- Anda, ven aquí...

Letizia se agarró a mi cuello, dándome varios besos, y nos fundimos en un tierno abrazo. Luego se sumó Alessandra y nos quedamos un buen rato así las tres. ¡La mayor bendición del mundo es tener amigas así de buenas!

- Sabéis lo mucho que os quiero, ¿verdad? –dije embargada por la emoción. Pues sí que me había dejado sensible el doctor. ¡Madre mía! Se me escapaban las lágrimas- ¡Venga, a desayunar! –corté rápido el momento emotivo porque no quería ponerme a llorar delante de ellas.

Las dos se sentaron en la mesa y comenzaron a devorar. Yo las miraba como si fueran mis hijas.

- ¿Tú no desayunas? –dijo Alessandra con la boca llena.
- Ya he desayunado con Brian- y como quién no quiere la cosa, pregunté- ¿Y qué tal ayer en la playa con los forasteros?

Letizia levantó rápidamente la cabeza.

- Muy bien, ¿verdad Alessandra? -soltó una risa muy mordaz.

- Sí, sí estupendamente –contestó Alessandra aguantando la risa-. ¿Y tú qué tal en la casa de Elle McPherson? Que te veo hasta más delgada –me dijo mientras me daba una cachetada en el culo.

- Ha sido algo increíble, pero contadme primero vosotras. Luego prometo explicaros mi affaire con el buen doctor con todo lujo de detalles.

- Nosotras sí que tenemos detalles por contar –dijo Letizia y luego las dos se partieron de risa.

- Chicas, entre vosotras veo que os entendéis perfectamente ya que vivisteis juntas ese día, pero... ¿podéis explicarme a mí lo que pasó? -pregunté impaciente por saber la historia.

Entonces Letizia dijo que sería ella la que lo contaría y Alessandra levantó la mano como diciendo que adelante.

Me entró la risa floja, vaya dos, era evidente que Alessandra quería quitarse el marrón de tener que contarle ella y prefería engullir el desayuno.

- Te cuento, Paola, resulta que esos dos energúmenos, como yo les llamo, nos dijeron de ir al “Blue Marlin”, un local muy especial, a pasar el día con ellos, bueno se lo dijeron a nuestra amiga Alessandra, ella me convenció para que fuese y les diese una oportunidad. Entonces yo accedí porque soy muy buena persona.

- Te costó un poquito, reconócelo -replicó Alessandra muerta de risa.

- Lo que tú quieras, Ale, pero fui que eso es lo que cuenta. Sigo, entonces aparecimos en el local donde habíamos quedado con ellos, nos recibieron muy contentos, yo intenté ser amable y olvidar lo sucedido la noche anterior con el cubano.

- Hiciste bien, cariño, hay que vivir el ahora y olvidarse del pasado que es muy pesado -dijo sonriendo.

Pude observar cómo a Alessandra se le escapaba una furtiva sonrisa, signo inequívoco de que algo gordo debió pasar en esa cita a cuatro. Leti comenzó a contar que quedaron con Efrén y Adriel en la encantadora Bahía de Cala Jondal. Los chicos les contaron que el “Blue Marlin” se había convertido en los últimos años en uno de los sitios más populares de la isla. Un destino VIP para la gente rica y famosa que

fondeaban sus ostentosos yates allí. Al momento me acordé de los clientes de mi Brian, seguro que iban todos para allá.

Ale y Leti parecían emocionarse hablando del lugar, la bahía de Cala Jondal estaba en el sudoeste de la isla y tenía unas vistas a las aguas azules del Mediterráneo inmejorables. El encanto principal del “Blue Marlin” estaba en la zona exterior en sus muchas camas y justo en uno de esos reservados sucedió todo.

- Nos sentamos en un reservado, ellos pidieron una botella de champán y dos platos que nos hicieron chuparnos los dedos: un ceviche mixto de corvina, pulpo, calamares y langostinos con cilantro fresco, cebollas rojas y "leche de tigre", y langostinos tigre en tempura con salsa de chile dulce y mayonesa de curry rojo.

- ¡Guau! ¡Cómo os cuidáis! –solté, mientras les guiñaba un ojo.

- Es que ya sabes cómo es Ibiza, por lo que se ve aquí todo es espectacular. Volviendo al tema. Yo intentaba en todo momento ser amable, incluso cuando el cubano me puso la mano en la rodilla y me dijo que se alegraba de que estuviese ahí. No quise ser borde y darle un manotazo para que la retirase, y le dije que gracias con la mejor de mis sonrisas.

- Es verdad, pudo ser más borde y no lo fue. Leti está aprendiendo el valor de la diplomacia y nunca mejor dicho -dijo sin parar de reír, Alessandra.

- ¿Qué os habrá pasado? Desde luego no puedo dejaros solas.

- Dijo la que se ha recorrido toda la casa de Elle McPherson dale que te pego al manubrio –respondió Leti y le salió del corazón.

Las tres estallamos en risas.

- Sigo, que no me dejáis. Entonces Efrén me dijo que fue una lástima que el día anterior me hubiese ido, pero, muy atenta Paola que te vas a quedar a cuadros... Me suelta el muy cabrón que se lo pasó muy bien perdido en el cuerpo de Alessandra junto a Adriel, ¡¡encima el tío vacilándome en broma!! ¿Tú te crees?

Alessandra escondía la cabeza y miraba hacia otro sitio, estaba claro que no le había

contado nada a Letizia sobre el excitante trío que había hecho con ellos dos. Yo estaba aguantando la risa como buenamente podía. Seguimos escuchando cómo Leti relataba lo sucedido con mucho arte.

- Eso me pareció una broma asquerosa por su parte, pero esta vez no quise liarla e irme. Así que me quedé dispuesta a darle un gran día a ese cubano, porque si él pensaba que tenía mucha salsa, lo que no sabía era que yo tenía el tarro entero. ¡Para coño el mío!

Alessandra y yo rompimos a llorar por la gracia con la que lo había dicho, además yo notaba cómo la miraba Alessandra y eso me incitaba a seguir escuchando. Esto era mejor que “El Club de la Comedia”.

- Le dije a Efrén y a Adriel que no me creía que mi amiga hiciese algo así con dos hombres desconocidos la primera noche, como que tenía mucha clase como para perderla de aquella manera y abrirse de piernas a lo loco.

Miré a Alessandra y ella seguía disimulando mirando hacia todos los lados.

- Yo tampoco lo hubiese creído -dije para liarla un poco más. Tuve que aguantar la risa a la vez que veía que Alessandra le pasaba lo mismo y Letizia en su mundo.

- Eso hice, no creerlo, además pensé en ese momento que iba a putearlo durante todo el día. Si el cubano quería marcha, yo le iba a dar toda la del mundo entero. En esos momentos decidí que iba a hacer el papel de mi vida, como la Penélope cuando se llevó el Oscar por “Vicky Cristina y Barcelona” La peli era una mierda, pero ella estaba que se salía.

- Y lo hizo y lo hizo, si la llega a ver Woody Allen, la contrata fijo -dijo Alessandra sin levantar la mirada de una tostada llena de jamón y tomate. Y yo aguantándome con todas mis ganas para no reírme. Qué divertidas eran mis amigas.

- Como sabía que Efrén me iba a invitar a todo para asegurarse entrar en mi vagina, comencé a pedir las copas más caras. Además en el “Blue Marlin” tienen una cocina tipo fusión de gastronomía mediterránea con sabores orientales y eso a mí me volvía chiflada. Me puse a pedir sushi como si se fuese a acabar el mundo, así como una gran variedad de delicatessen gastronómicas, estuve todo el día tapeando y bebiendo, e incluso, con disimulo, tiraba la copa a la arena para pedir otra.

Me entró un ataque de risa de la mala leche que se gastaba mi amiga, no pude reprimir varias carcajadas.

- Sí, sí, ríete que ahora viene lo mejor. Luego me tiré a tomar el sol en la hamaca, quedándome en topless y dándome cremita en los pechos de una manera que podía notar como a Efrén se le salían los ojos de las orbitas. Dios me dio un buen par de tetas y ese cubano no paraba de ver cómo me las tocaba y el deseo le embargaba, con razón. Luego fui metiéndome la braga del bikini por el culo, dejándole ver mis espléndidas nalgas. Incluso le pedí que me extendiera él la crema y le dejé sobarme un poco el culo. Eran los peones que estaba perdiendo en mi partida de ajedrez con él, que incauto no sospechaba nada. Le tenía sudando la gota gorda, más caliente que el agujero de ozono de la Tierra y deseando rozarme, y yo provocándolo al máximo. Era para verlo todo el tiempo pendiente que no me faltase nada de beber ni de comer. Era evidente que él pensaba que esta noche yo le iba a dar candela. Nunca ha debido estar más seguro ese hombre de haber conquistado a una mujer y nunca se ha debido llevar un chasco más grande en su vida.

Y ahí estallamos las tres partidas de la risa, me estaba imaginando a mi amiga haciéndole creer al cubano que iba a conseguir algo y no podía parar de reír, conociéndola, esta se iba a vengar de él hasta el infinito y más allá.

- Yo iba al agua y Efrén me seguía, yo me tiraba en la hamaca y él se tiraba a mi lado, solo me faltaba ponerle la correa y sacarlo a pasear.

- Pobrecito, hija -dije para quitarle hierro al asunto y que me siguiese contando.

- De pobrecito nada, que él me bien que me vaciló la primera noche diciendo que cuando quisiese me tendría entre sus piernas y luego a la siguiente vez que me vio diciéndome que había hecho un trío con mi amiga. Pues yo le quería demostrar que si yo quería lo tenía a cuatro patas y eso hice.

- Eso sí es cierto, porque lo tuviste a cuatro patas y sangrándole la bebida y la comida a tope, y cada vez que pasaba alguien vendiendo algo de ropa o de pulseras también le tocaba al chiquillo tirar de dinero. Vamos, que le dejó la tarjeta tiritando –soltó con ironía Alessandra.

- Claro, era para ver si así me ponía cachonda y me la metía, pero qué va, como ya le tenía entre ceja y ceja, él no tenía nada que hacer, pero yo seguí

dándole ceba –dijo Letizia con ironía mordiendo un buen trozo de tortilla francesa con su quesito fundido.

- Pero bueno, ¿al final qué pasó? -pregunté ya desesperada por enterarme.
- Nada, que cuando ya lo puse totalmente cachondo a cierta hora de la noche e insinuando que me iba a dar un revolcón con él, dije que iba al baño y volví diciendo que me había venido la regla, que me encontraba mal y que me iba.
- ¡No te creo! ¡Qué cabrona! –solté poniendo una cara de asombro similar a la que puse el día que abrí la maleta de Brian pensando que era la mía.
- Sí, sí, créela porque lo hizo con dos ovarios. Hasta me pidió una compresa la muy japuta para dar el pego –dijo Alessandra.
- El cubano se quedó blanco del susto y yo tuve que aguantarme la risa, porque si no sí que se hubiera enfadado. Así que me disculpé muy educada, dejé allí a Alessandra hablando un rato con él para consolarlo y me volví tan fresca hacia el apartamento, habiendo dejado allí una cuenta de más de 600 euros para que la pagase mi cubano favorito -volvió a decir con sarcasmo.
- ¡Qué barbaridad! –dije disimulando, al acordarme de los tres millones de euros que le pedía Monique a Brian por el divorcio. 600 euros me parecían ya calderilla.
- Efrén se quedó planchadísimo, tengo que decirlo porque fui yo la que se quedó hablando con él cuando se fue Leti. Y encima no puede ni imaginarse que ella sea tan maléfica como para haber hecho todo eso a posta –apuntilló Alessandra mientras daba buena cuenta del beicon crujiente.
- Cariño, es que eso no se lo imagina nadie. Yo misma me estoy quedando alucinada con Leti. ¡Menuda campeona! ¿No has probado a meterte a espía c algo? –dije para animar el cotarro.
- Sí, ja, ja, ja. Solo me falta meterme ahora a trabajar en el CNI y encontrarme a James Bond por los pasillos. Y ahora, si me disculpáis, voy a mear al baño. Que de la emoción de contar todo esto me meo toda –y Leti se marchó de la terraza henchida de orgullo por la jugada que le había hecho al

cubano.

Alessandra y yo comenzamos a reírnos sin parar. No podíamos parar. Nos caían unos lagrimones tremendos. No creo recordar un momento de mi vida en el que me haya reído más que en ese momento.

- Mira que eres... no les has dicho nada del trío de la primera noche y ella se ha pensado que el cubano la estaba vacilando –dije con sorna.
- Y eso no es lo malo, lo malo es que tampoco le he contado nada de mi segundo trío. El que he hecho esta misma noche con ellos dos –sentenció Alessandra mientras estallaba de risa.
- ¡Serás mamona! ¡Otra vez! Lo tuyo es de record.
- Paola es que ya tiene una el culito hecho a la medida del cubano y hay que aprovechar el momento, que luego se cierra y ahí no entra el pelo de una gamba
- ¡Qué bestia eres!

Las dos nos hartamos de reír, pobre Leti, amiga ingenua que se creía que estaba poniendo a caldo a ese cubano y lo que estaba consiguiendo era otro trío para el cuerpo de su amiga. Pero la vida era así, los más atrevidos son los que se llevaban el gato al agua.

- ¿Y tú qué? Que estás muy calladita y eso es malo.
- Brian es tan especial y me ha dado tanto en tan poco, que estoy completamente descolocada. Sobre todo porque realmente aún es un hombre casado. O sea, se está divorciando, pero está justo en el proceso del papeleo. Que es lo peor y puede durar tiempo.
- Ay, mi niña, tú siempre los eliges con sorpresita. Acuérdate de Salvatore cómo te la lio. Por favor, no repitamos errores.
- Brian no tiene nada que ver con Salvatore, te lo aseguro.
- Me alegra mucho escuchar eso. Mira, preciosa, cuando se vaya al médico te tienes que venir de marcha conmigo y estos dos, porque a Leti ya no la

engañamos más. Vas a saber lo que es el polvo del siglo y sentir la eyaculación femenina salir de tu vagina como una cascada, un mito que yo he logrado probar que es verdad, y que debes experimentar chochito loco -dijo Alessandra mientras me daba un gustoso apretón en la vagina.

- ¡Oye! Que con las cosas de comer no se juega –le retiré la mano medio en broma-. Tal y como lo cuentas me dan ganas de apuntarme, pero creo que me voy a quedar reventada llorando por los rincones echando de menos a Brian. Me ha dejado pillada hasta el infinito.

En ese momento volvió Letizia del baño, justo había escuchado mi última frase.

- A ver... A ver... Rebobinad eso último que me quiero enterar de todo.

- Paola, que se está encoñando del buen doctor –aclaró Alessandra.

- Qué fuerte, nena. Te tiras un año sin probar hombre y ahora, al primero que te la mete le quieres echar el guante. Muy rápido vas tú –dijo Leti y no le faltaba razón.

- Chicas, es que he pasado con él los dos días más felices de mi vida. Ha sido todo de ensueño. Me ha cuidado tanto y me ha dado muchísimo. Y además se está abriendo a mí de corazón. A él le está pasando lo mismo.

- ¿Seguro? Porque ya sabes que de los hombres hay que fiarse poco. Sor capaces de contarte cualquier milonga para metértela. Está en sus genes –aseguró Leti.

- No se puede fingir las 24 horas del día y ya hemos pasado tiempo juntos. De acuerdo que voy muy rápida, pero necesito soltarme e ilusionarme de nuevo. Yo no he pedido esto, pero me lo he encontrado de sopetón. Debería aprovecharlo al máximo, ¿no? –estaba sumida en un mar de dudas.

- Claro que sí, mi amor, pero deberías de tomártelo de otra forma, piensa que has venido a pasar el mes de tu vida a Ibiza y desperdiciar las tres semanas siguientes destrozada por un chico que no volverás a ver es un poco jodido, deberías replanteártelo. Si no me veré obligada a traerte aquí a Efrén y Adriel para que te entretengan –me dijo Alessandra y la muy pícara me guiño

un ojo como diciéndome: “para hacer un trío contigo, vamos”.

- ¡Uy, esos dos ni locas! Quitá, quitá. Ya nos ligaremos a otros que tengan más clase, más dinero y sean, sobre todo, más interesantes –dijo Letizia con ganas.

- De acuerdo. Chicas, ya lo sé, tenéis razón. Además que no soy tonta, por mucho que Brian me regale los oídos, es evidente que por el éxito que ha tenido con su profesión, como yo tendrá a mil mujeres esperándole por todo el mundo -dije apenada.

- Por eso, tonta, cuando se vaya nos encargaremos de ti, no vamos a dejar que pases triste ni un segundo. No vamos a parar. Nos vamos a recorrer todas las discotecas de la isla y nos vamos a pillar un pedo de cuidado. Esperad un momento.

Alessandra salió disparada de la terraza. Volvió con tres payesas, esas cervezas hechas en Ibiza que estaban riquísimas. Las abrió y nos dio a cada una un botellín. Luego levantó el suyo muy apasionada.

- ¡Un brindis por las tres mosqueteras!

- ¿Un brindis ya a estas horas? –dijo Leti.

- ¡Claro que sí! ¡Esto es Ibiza! –sentenció Alessandra- Y levantó más su botellín.

Las tres chocamos nuestros botellines y nos los bebimos de una tacada. Luego golpeamos la mesa y gritamos como hooligans. La cerveza estaba muy fría y nos provocó reacción doliéndonos los ojos y la cabeza. Había que reconocer que cuando nos poníamos éramos unas “animalas” de cuidado.

- Oye, Paola, pero no nos dejes así. Cuéntanos dónde, cómo, qué hiciste con el buen doctor. Estamos ávidas de detalles –dijo Leti mientras se relamía solo de pensar en lo que iba a contarles.

- Chicas, es que tampoco quiero ponerlos cachondos de buena mañana, porque luego la liamos –dije para picarlas y recibí una lluvia de tostadas sobre mi cabeza-. Ok, Ok, os contaré todo con pelos y señales. Sobre todo con

pelos, que lo sepáis.

Durante las siguientes dos horas de charloteo estuve relatando mi aventura con Brian a mis amigas, que no paraban de babear al ver la agitación con la que yo contaba todo. Las dos se acabaron enamorando del buen doctor y me dijeron que ahora entendían que yo estuviese tan tocada por él, y me animaron a vivir la historia con todas mis ganas. Si me pegaba la hostia, ellas estarían allí para recogerme. Y eso me animó mucho. Acabamos las tres abrazadas de nuevo y emocionadas.

Les propuse a las dos que viniesen una noche a cenar o a comer al chaletazo de Elle McPherson -yo ya lo organizaba como si fuese mío-, seguro que a Brian no le importaría. Allí había habitaciones para alojar a un regimiento. Así que quedamos en que un día nos juntaríamos todos y lo mismo podrían traer hasta al cubano y al argentino, dije bromeando, y Letizia volvió a torcer el gesto.

Me fui hacia la habitación y empecé a preparar todo lo que me llevaría durante la semana con mi adorado buen doctor. Elegí la ropa más sexy y me llevé todos mis productos de belleza. Quería que Brian se enganchara a mí para siempre, que no quisiera dejarme escapar. Cuando tenía terminada la maleta me entró un WhatsApp de él.

- **Señorita Rossellini, su vehículo la está esperando abajo.**

Desde luego estábamos totalmente compenetrados. Me dio una sacudida en el cuerpo saber que le tenía tan cerca, así que me volví un poco loca. Me levanté la falda, me bajé las bragas y me hice un selfie de mi vagina, perfectamente rasuradita. Le mandé la foto con el siguiente texto...

- **Y su aperitivo también está listo, enseguida se lo bajo.**

Al momento me sentí embriagada de mi atrevimiento. ¡Estaba rompiendo mis límites! Haciendo cosas que nunca pensé que haría. Él me respondió muy rápido... ¡Madre mía! Me había mandado una foto de su pene enhiesto. Él estaba dentro del coche, llevaba pantalón corto y se lo había bajado, los calzoncillos también. Y la tenía dura como una piedra. Su foto venía acompañada de otro texto que quitaba el hipo...

- **Estoy más que listo para degustarlo, como puede observar. No tarde que esto se queda frío.**

Salí azorada de la habitación. Me despedí de mis chicas con dos besos y me fui hacia abajo como una bala. La semana mágica con Brian estaba a punto de comenzar.

Capítulo 7

Formentera.

Os podéis imaginar lo húmeda que bajaba. En el ascensor se me pasó por la cabeza la idea de desnudarme y salir en pelotas a la calle. Total, la distancia hasta el coche era muy poca, y si me veía alguien –aparte de Brian-, pues que disfrutase del momento. Pero al final me corté y no lo hice. Aunque os puedo jurar que esa posibilidad estaba almacenada en mi cabeza para futuras citas con el buen doctor.

Abrí la puerta y vi esa sonrisa con la que me recibía Brian, era la más agraciada que había visto en mi vida, esos dientes tan blancos y alineados, y esos labios tan carnosos que daban ganas de mordisquearlos con pasión. Me derretía solo de mirarlo.

- ¿Preparada? -decía mientras se acercaba a mí para darme un tórrido beso en la mejilla.
- Contigo siempre lo estoy -guiñé mi ojo.
- Pasa, preciosa -dijo mientras abría la puerta y me daba una palmada en el culo.
- ¿Hoy tampoco viene Robert? –pregunté al ver que una vez más el chófer se había quedado en tierra.
- Visto el ajetreo que tiene este coche últimamente, le he dado vacaciones pagadas esta semana.
- Me alegro mucho. Felicidad para él y para nosotros dos.
- ¿Qué tal tus amigas? –me dijo una vez que los dos nos situamos en los asientos de adelante.
- Alessandra pasando las noches de su vida. Ha descubierto los tríos y la eyaculación femenina a la vez. Está desbordada. Y Letizia aún no se entera de nada y se cree que queda de chula. Ella no ha catado macho desde que ha llegado, pero todo se andará. Me he reído un montón con las dos. Las quiero con toda mi alma.

- ¡Vaya trío debéis formar! Y no va con segundas.
- ¡Ja, ja, ja! Espero. Por cierto habíamos hablado la posibilidad de reunirnos todos para pasar un día juntos, ¿qué te parece?
- Perfecto, pueden venir al chalet el día que quieras. Podemos preparar una buena barbacoa o llamar a un cocinero para que nos haga un menú allí en casa.
- Me parece genial la idea. A ellas les hará mucha ilusión. A mí, por supuesto, también me apetece muchísimo. Por cierto ¿hacia dónde vamos? - pregunté al comprobar que estábamos cogiendo una carretera diferente a la del otro día.
- Sorpresa, hoy no dormiremos en Cala Conta, vamos a salir de esta isla hasta mañana -dijo soltando una sonrisa muy enigmática.
- ¿Vamos a Formentera? –pregunté intrigada, ya que era la única isla más cercana a Ibiza y en la que podríamos ir y volver en cualquiera de esos barcos que tardaban entre 25 y 60 minutos.
- Efectivamente, dejaremos el coche en el puerto, he traído una pequeña maleta para que metas lo necesario para una sola noche. En la otra isla nos estarán esperando para llevarnos a un lugar que espero te deje tan sorprendida como la casa de Elle.
- ¿Tú sabes que a las mujeres una de las cosas que más nos pone es tener al lado a un hombre misterioso? -dije sonriendo mientras le agarraba fuerte el paquete. Él dio un respingo, pero luego se acomodó rápido a mis caricias.
- Lo sé –dijo mientras se desabrochaba el pantalón.

Al momento asomó su falo hinchado y mojado, como siempre. Estaba claro que yo le ponía como una moto. No me corté un pelo y saqué una botellita de agua fría que llevaba en mi bolsa de mano. Él estaba confundido, no sabía qué quería hacer yo con ese agua. Entonces me llené la boca de agua helada, me agaché y me metí todo su pene en la boca. Él gimió de placer. Yo sabía que esa sensación de calor, frío y excitación era una bomba para los hombres. Así estuve chupándosela un rato sin tragarme el agua. Pocas veces me había apetecido hacerle eso a un hombre. Es un truco que

aprendí de una camarera brasileña que estuvo trabajando en mi restaurante una buena temporada: Maritza. Maritza volvía locos a los clientes con sus caderas y su sexualidad. Ella no lo hacía adrede, pero eso se llevaba en la sangre. Varias noches nos quedamos solas recogiendo el restaurante y pude saber de su vida. Me contó sus peripecias sexuales y tuvo la generosidad de enseñarme varias técnicas sorprendentes que siempre funcionaban de forma tremenda con los hombres. Ésta era una de ellas. Así hicimos la mayor parte del camino, cuando Brian se iba a correr sacó el coche bruscamente de la carretera y lo apoyó en un arcén. Enfrente teníamos un valle lleno de pinares y caía un sol de justicia. Me sacó del coche y se apoyó en el capó con el falo a punto de explotar. Allí le masturbé hasta que reventó y se corrió gritando. El eco del valle le devolvió su grito. Los dos nos quedamos abrazados y nos enroscamos en un beso lleno de intensidad.

- Me vas a matar –dijo agarrando muy fuerte mi cuello, dándome un beso que casi me dolía.
- De placer –dije mientras nuestros labios se separaban.

Luego nos metimos en el coche y no dijimos nada. Un silencio glorioso se extendió el resto del viaje, interrumpido por nuestras miradas y nuestras sonrisas. Yo tenía mi mano en su paquete y le mimaba. Él me confesó que le encantaba conducir así, mientras yo le acariciaba sus partes con mucho amor. Éramos la pareja de enamorados perfecta.

Brian me dijo que hubiéramos podido coger un barco desde el mismo puerto de Santa Eulalia, pero que le apetecía mucho conducir conmigo de copiloto. Y que yo le había dado la razón al tratarle con tanto pasión como lo había hecho. Así que nos dirigimos hasta el puerto de Ibiza, era el sitio más habitual para viajar hasta Formentera, de allí partían los barcos más rápidos.

Aparcamos el coche y puse parte de mis cosas en la maleta que él traía con sus objetos en el interior. Nos adentramos en el puerto de Ibiza y fuimos pasando cerca de todo tipo de veleros, catamaranes, yates y ferris. Yo tenía una curiosidad descomunal por ver cómo me iba a llevar este hombre a Formentera. Como fuese todo igual que la casa de Elle, iba a tener un viaje asombroso.

El yate de lujo elegido para la travesía tenía un nombre de película: Sunseeker 82 Predator. Le hice una foto para acordarme y se la mandé a las chicas a nuestro grupo de WhatsApp. Brian lo había alquilado para unos días con capitán a bordo y todo. Se trataba de un barco de alquiler muy exclusivo, de grandes dimensiones. Nos dijo el capitán que cabían hasta 12 personas. Una pasada. Y lo teníamos para los dos solitos.

Nos sentamos en la parte frontal del camarote, que tenía una ventana esplendorosa desde la que veíamos como el mar Mediterráneo se expandía delante de nuestros ojos. El capitán nos dijo que el precio incluía barra libre con cerveza, vino, cava, refrescos y agua. Tampoco nos dio mucho tiempo a consumir bebida porque el yate llegó a Marina de Formentera en media hora, un acogedor puerto que nos recibía con una energía estupenda.

Al bajar a esta preciosa isla nos encontramos a un chico con un cartel con el nombre de Brian, le seguimos hasta un enorme 4x4, se trataba de un Jeep Grand Cherokee de cristales tintados. El chico le dio las llaves a Brian y le dijo: “Disfrutadlo. Es un coche magnífico”. Y se marchó.

Llegamos a una villa de lujo. Casa Can Costa se llamaba. Nos recibió Tony, un ibicenco de pelo canoso con pelo largo y pinta de gurú. Estaba junto a su bella mujer, Silvia, una de las mejores cocineras de Ibiza, según nos contaron. Tony le dio un abrazo enorme a Brian y se me quedó mirando con intriga.

- ¿Qué signo eres, muchacha?
- Escorpio –le dije.
- ¿Y tu ascendente cuál es?
- Ni idea... ¿Qué es eso? –le solté intrigada.
- El ascendente revela la forma en que nos ven los demás. Ese signo nos muestra el tipo de energía que vitaliza nuestro cuerpo y también enseña nuestro modo de aproximarnos a la vida. Si me dices la hora y el año de tu nacimiento te lo puedo indicar.
- A las 6 de la tarde del año... –y en ese momento se llevó uno de sus dedos a mis labios.
- Una señorita nunca dice su año de nacimiento en público, me lo puedes decir en privado –y me acercó su oreja, yo le seguí el juego y le susurré mi año de nacimiento muy bajito.
- Gracias, guapa. Luego nos vemos –y se marchó haciendo cálculos acompañado de su mujer. Al momento se me acercó Brian.

- Tony es el mejor astrólogo que he conocido jamás. Aquí en Ibiza las grandes discotecas le preguntan cuál es el día mejor para abrir según estén los astros.
- ¿Y tú te crees en esas cosas? –solté sorprendida.
- Ya sabes lo que dicen, cariño: hay otros mundos, pero están en este –y se quedó tan pancho. Este doctor me tenía descolocada. Desde luego tenía mucho fondo de armario por descubrir.

Paseamos por la casa que estaba situada en un paisaje precioso en un terreno de más de 25.000 metros cuadrados. El estilo de la villa de lujo mezclaba lo tradicional con lo moderno y tenía rincones realmente placenteros. Nos sentamos en uno de los sillones de las amplias terrazas delante de la casa, en frente teníamos una piscina gigante ideal para tomar el sol y relajarse. La piscina tenía barbacoa en un lado y un chill out con sofás y hamacas.

Al otro lado de la piscina podía ver a mucha gente tomando cócteles, algunos se acercaron a él para estrecharle la mano y Brian les saludaba educado. Habría allí unas 50 personas, que se veía que eran de lo más selecto de Ibiza.

- ¿Los conoces? -pregunté intrigada.
- Claro, y espero que tú también los conozcas pronto. Aquí hay gente muy interesante. Esta fiesta la organizan dos de mis mejores clientes. Él se dedica a alquilar villas de lujo y grandes chalets en Ibiza y Formentera, y ella es su esposa. Además te voy a contar un secreto: cuando termine la fiesta, se marcharán y nos dejarán esta casa para los dos, y follaremos hasta desmayarnos –palmeó mi culo para adentrarme hacia el salón.
- ¡Qué emocionante! ¡Y qué vergüenza! No conozco a nadie, aquí debe de haber mucho pijerío y glamour! -puse los ojos en blanco.
- Tú estás a la altura de todo eso -dijo guiñando el ojo.

Entramos a la villa de lujo y yo palpitaba entera de emoción. Brian me llevó a la habitación más grande de la casa, entramos, colocamos las cosas y el sacó un precioso paquete envuelto de boutique.

- Esto es para ti, espero que te guste y pases el día con ello puesto -dijo colocándolo en mis manos.

- No tenías por qué hacer todo esto. Me siento sobrecogida –y no pude resistir a romper a sollozar.
- Paola, ¿no te hago feliz? –me dijo mientras me abrazaba muy tiernamente pegando su pecho a mi espalda.
- Todo lo contrario, eres mi sueño hecho realidad –y me giré para besarlo con todo mi amor. Luego fui directa a por el regalo-. Te lo agradezco, muchas gracias -comencé a abrirlo ansiosa por saber qué era.

Al hacerlo pude comprobar, aparte del buen gusto que Brian tenía, que era un precioso traje de tirantes y por encima de la rodilla de hilo de ganchillo, con una textura digna de alta costura, a juego con ellos iban unas sandalias altas con las chicas en blanca y una coqueta flor muy elegante a un lado de color cuero.

Me quedé fascinada por el gusto tan exquisito que tenía Brian, me planté el bikini abajo y me puse el vestido encima, era totalmente adecuado para la isla, sobre todo para este momento piscina fiesta que íbamos a tener, él no paraba de piropearme y decirme lo bien que me sentaba ese vestido.

Salimos hacia fuera y me puso su brazo para que me enganchara a él. Me presentó directamente al matrimonio que había organizado la fiesta, se llamaban Erik y Melissa. Nos atendieron muy atentamente, inmediatamente vino un camarero a preguntarnos qué queríamos tomar, Brian se pidió un Vermut y yo directamente una cerveza fresquita, por allí no paraban de pasar bandejas con aperitivos de todo tipo. Eric era un tipo alemán que vendió todos sus bienes y se hizo con una de las grandes agencias inmobiliarias de las Baleares. Durante los últimos diez años había amasado una gran fortuna y estaba entre los hombres más ricos de Europa. Melissa era muy simpática, tendría unos 34 años y era más joven que él, Eric debía de rondar los 45 años. Ella era inglesa y se conocieron en unas vacaciones, y al poco tiempo se casaron, lo primero que pensé fue que ¡vaya pelotazo había dado ella!

Brian me fue presentando a varios invitados pero estuvimos pegados al matrimonio todo el tiempo, Melissa, al igual que yo, fue toda la tarde a cervezas, no parábamos de charlar. De nuevo Brian recibió una llamada y se apartó de nosotros, pude ver cómo le cambiaba su semblante y se alejaba para que no se escuchase su conversación, se notaba que otra vez entraba en tensión. Seguramente era su mujer, Monique; un palpito me decía que su ex nos iba a dar la semana.

Repentinamente, cuando colgó la llamada y se disponía a acercarse hacia nosotros, se

topó con una chica que lo saludó muy cariñosamente.

- Cuidado. Esa mujer es una ligera de cascos -dijo Melissa señalando a la que se había acabado de acercarse a Brian.
- ¿Quién es? -pregunté con curiosidad.
- Jennifer, es colombiana y lleva cinco años de amante de aquel que está ahí. Se llama Rodrigo y es el abogado de más prestigio de la alta sociedad de las Islas Baleares. Un nuevo rico que gana millones de euros asesorando a las grandes fortunas de las islas. Incluido mi marido.
- ¿Y su mujer no lo sabe? -pregunté sorprendida.
- Su mujer es una pobre señora ignorante a todo lo que hace su marido, ya que él se puede permitir el lujo de desaparecer los días que quiera achacando que es por motivos laborales. Cuando la trae a alguna fiesta, la pobre presume de marido y de lo gran persona que es, si supiese que todos sabemos la verdad que ella ignora, le haría mucho daño.
- Pobre mujer, seguro que es un ama de casa feliz que siempre anda esperando a su esposo.
- Deja que te diga más, para liar más la tortilla, esa chica que está hablando con Brian, aparte de ser la amante de Rodrigo, tuvo un escarceo con otro chico que también se reúne con nosotros de vez en cuando. Si Rodrigo se entera montaría en cólera, porque es muy posesivo y, aunque sea la amante, la tiene como si fuese toda de su propiedad.
- Vaya con Rodrigo y su círculo amoroso -dije mientras miraba lo tontona que estaba Jennifer con Brian. Por cierto, Jennifer tenía un tipo de mujer Instagram que lo llamaba yo. Estás chicas que se operan el culo y lo tienen súper curvo y unos pechos diminutos, tipo Shakira, a juego. Era demasiado exuberante para ser normal y se acentuó mi mosqueo. Esas mujeres hipnotizan a los hombres.

Menos mal que pude observar cómo Brian la cortaba rápidamente y se despedía diciendo que le estábamos esperando, señalando hacia nosotras. Jennifer cruzó su mirada con Melissa y conmigo y se dio cuenta de que estaba siendo vigilada por dos

auténticas lobas de la noche y dejó su presa suelta.

Mi hombre venía triste y cabizbajo otra vez, seguramente la había tenido con Monique, imprevistamente se volvió a parar con un chico negro que llevaba unos collares de oro que debían valer más que la propia casa en la que estábamos, según me dijeron era un DJ que ganaba miles de euros por pinchar en las mejores discotecas de la isla, y empezó a hablar con él. El chico se tocaba la cara como diciéndole a Brian que necesitaba uno de sus pinchazos y Brian negaba con la cabeza, divertido, haciéndole ver que era muy joven y aún no necesitaba de sus servicios.

- Una pregunta, Melissa: ¿tú has conocido a Monique, la mujer de Brian? -
pregunte intrigada y confiada de que habíamos tenido mucho feeling y no le comentaría nada a él de lo que yo hubiese preguntado.

- Claro, veraneó más de una vez con nosotros. Sinceramente, y no queriendo ser falsa, a mí siempre me pareció una persona excelente, un poco manipuladora por sus celos, porque, claro, Brian es un hombre muy atractivo que se recorre medio mundo pinchando a las mujeres más atractivas del globo. ¡Hasta yo tendría unos pocos celos!

- Visto así es comprensible –dije, sintiéndome cómplice de Monique para mi sorpresa.

- Pero Monique tiene un fondo muy entrañable y otra cosa que llama muchísimo la atención.

- ¿Mucho dinero?

- No, cariño. Lo que tiene son unas tetas de impresión. Todo el mundo rumorea que son operadas, pero un día en la cocina me dejo tocárselas y te aseguro que son tuyas 100%. Lo único que con lo delgadita que es y la profesión que tiene su marido, es fácil pensar que se ha puesto esa talla. Pero no, todo natural y eso vuelve locos a los hombres.

La descripción de los pechos de Monique por parte de Elisa me tocó la moral. Inconscientemente me toqué las tetas juntándomelas y pensando: “No soy rival para esa pedazo de hembra”. Luego me relajé, porque se me iba la olla con los celos. No creo que Monique tuviera las sesiones de sexo que yo estaba teniendo con Brian en las islas pitiusas.

- ¿Y cuándo fue la última vez que la visteis por aquí?

- Hacer tres años que ya no viene por Formentera, ni por Ibiza. ¡Cómo pasa el tiempo!
- Normal, se están separando -dije mientras noté que a Melissa se le ponía una cara de asombro que me dejó helada.

En ese momento me di cuenta de que quizás Brian no había comentado nada a sus amigos. ¡Vaya metedura de pata la mía! Antes de poder reaccionar, Brian se nos acercó y nos dio dos cervezas. Brindamos y nos las bebimos en un abrir y cerrar de ojos.

Y entonces reapareció Tony, el gurú ibicenco. Se me quedó mirando durante unos segundos mientras me señalaba.

- ¿Escorpiona, verdad?
- Sí –le respondí tímidamente.
- Me dijiste que habías nacido a las seis de la tarde del año... ejem... ese año que tú y yo solo sabemos –dijo siguiendo la broma de antes.
- Eso es –dije mientras sonreía ampliamente. Ese hombre me caía bien. Sentía su sabiduría a través de sus bromas.
- Escucha porque no lo repetiré. Tienes el ascendente en un signo de fuego, justamente en Sagitario. Eso hace que destagues por tu entusiasmo y tu ilimitado deseo de acción. Ninguna situación, por dura e injusta que sea, puede frenarte. Este ascendente hace que tu espíritu sea inocente y abierto. Paola, tú tienes en tu interior la bella convicción de que tarde o temprano tus esperanzas se harán realidad. Besito –y dejo su mejilla cerca de mí. Yo le besé encantada, conmovida por lo que había escuchado.
- Muchas gracias. Me he sentido muy identificada con todo lo que me has dicho. Sobre todo después del último año que he vivido.
- Ha sido un placer. Nos vemos por Ibiza. Pongo música en un sitio que se llama “Out of time people”. Y mi mujer prepara allí los mejores platos vegetarianos de la isla.
- Iremos, seguro –dije, aún temblando por lo que había oído sobre mí.

Tony comenzó a marcharse andando, pero le paré antes de que desapareciese en la fiesta.

- Oye, una pregunta más. ¿Me puedes decir mi compatibilidad con algún otro signo?
- ¿Con cuál? –me respondió curioso.
- Con el de Brian, por ejemplo –dije en plan divertido, pero acojonada por lo que me pudiera decir Tony.
- Brian es Tauro. Tauro y Escorpio son signos zodiacales opuestos y por eso, a veces, se atraen recíprocamente con una fuerza devastadora. Su primer encuentro podría ser extraordinario. Dada la unión que existe entre Marte y Venus hay muchas posibilidades de que brote una fuerte atracción magnética entre estos dos signos.

Tony se marchó y vi como Brian me miraba sin decir palabra. Melisa se había quedado a cuadros. No sé si al buen doctor le había gustado o no que yo preguntase delante de sus amigos algo tan íntimo, pero no pude resistirme y la información que me había llevado me llenaba de júbilo y felicidad.

Gracias al cielo, las cervezas nos hicieron olvidar ese momento. Seguimos bebiendo sin parar de reír. Cuando quise darme, cuenta tenía un morado impresionante de tanto beber, Melisa, Brian y yo nos descojonábamos por todo lo que nos decían, fuera o no fuese gracioso.

Brian no paraba de buscarnos la lengua a las dos y nosotras le respondíamos con mucho arte, cuando Melissa se propuso ir al servicio, al levantarse de la hamaca, salió rodando para la piscina, eso era para ver a Brian tirándose vestido a por ella, y su marido descojonado de la risa impasible en la barra, yo, por supuesto, sacando del neceser el móvil para grabar algo de lo que había pasado, que había sido muy bueno.

- ¡Paola, tírate con nosotros! -gritaba desde dentro de la piscina Melissa, ante la atenta mirada de todo el mundo y sobre todo de Brian, ahí mojado en plan héroe borracho que fue a rescatar a la víctima.

Yo lloraba de la risa ante aquella situación, y con el subidón que tenía de las cervezas, me dije que la acompañaría en ese momento, así que vaso en mano y ropa puesta me lancé a la piscina junto a ella, que al verme caer con el vaso, gritaba que yo había acabado de perder una cerveza. Caí en bomba entre los dos. Y entonces la gente

se sumó. Y todo el mundo comenzó a tirarse vestido a la fiesta. Fue una locura.

Con la piscina llena de gente riendo, besándose y algunos hasta bailando, nos apoyamos en el borde de la piscina y empezamos a pedirle al camarero que nos trajese tres cervezas. Los pobres no tenían más remedio que hacernos caso, ya que era una fiesta privada y encima la habían contratado y pagado Melissa y Eric, así que como se dice: nuestros deseos alcohólicos eran órdenes para ellos.

Tras el baño y una cerveza tomada en la piscina, nos salimos y empezamos a beber Gin Tonics, ¡vaya rebujo para el cuerpo! La fiesta duró hasta las tres de la madrugada y, como había anunciado Brian, todos los invitados fueron desfilando hacia sus casas. Los últimos fueron Eric y Melissa. Me despedí de ella con un fuerte abrazo, ya la consideraba una amiga más –la cuarta mosquetera, pensé para mis adentros, tengo que presentársela a Ale y Leti. Ambas quedamos en volvernos a ver algún día por Ibiza y nos dimos los teléfonos.

Eric y Melissa se fueron y nos quedamos solos Brian y yo. Ambos llegamos a la habitación y caímos desplomados. No teníamos fuerzas para hacer nada y no fuimos capaz ni de pasar por la ducha. Se nos cerraron los ojos enseguida y nos dormimos con una sonrisa en los labios.

Capítulo 8

Dentro de la cueva.

Cuando me di cuenta, eran las diez de la mañana y Brian me estaba despertando. Los dos salimos desnudos al hall de la casa y nos zambullimos en la piscina como dos tortolitos. Allí nos besamos, nos acariciamos y nos tocamos, pero no llegamos a hacer el amor. Nos reservamos para más tarde. Estuvimos un buen rato disfrutando del buen rollo que daba esa piscina gigante, luego salimos, nos duchamos rápidamente, preparamos las cosas y nos fuimos para el muelle en el jeep.

Llegamos al muelle de Formentera y allí nos esperaba nuestro yate de lujo. Nos subimos y nos dirigimos de vuelta a Ibiza. El salón del yate tenía un sofá muy cómodo, con una mesa de madera que se podía extender y que estaba llena de productos deliciosos para desayunar. Dimos buena cuenta de ellos mientras nos hinchábamos, una vez más, a cervezas. Esa costumbre de desayunar con cerveza estaba convenciéndome cada vez más.

Esta vez no fuimos al puerto de Ibiza, si no que directamente el yate nos dejó en el embarcadero privado de la casa de Elle. Él me dejó allí y se fue inmediatamente a trabajar con todos sus artilugios listos para rejuvenecer al personal, me dijo que llegaría sobre las seis de la tarde, que no le esperase para comer, que ya había encargado que me trajesen una deliciosa comida y que tenía los teléfonos del servicio en la cocina por si quería añadir algo más al pedido o cambiar alguna cosa. Nos despedimos con un beso de pareja total y Brian se fue a levantar España.

Yo accedí a una de las enormes terrazas de la mansión y me quedé tirada en la hamaca, tomando el sol, mientras me leía un libro digital en mi Tablet: “En la Sombra de la sospecha” se llamaba, y tenía una pinta de engancharte desde el minuto uno. Y eso me pasó, me embobé leyéndolo y, cuando me di cuenta, me estaban despertando para decirme que la comida estaba lista, me lo habían preparado en una mesa de la terraza del jardín; quedé impresionada por la elaborada comida italiana que me habían preparado especialmente para mí. Esos chicos podrían haber trabajado en mi restaurante perfectamente.

Estaba todo delicioso, era comida especial de mi tierra, la Toscana. Yo había elegido un menú con dos de mis platos favoritos. De primero pappardelle sulla lepre, una receta típica toscana. Se trataba de un plato de pasta fresca pappardelle con una salsa de liebre acompañada por verduras. Y de segundo polpettone alla Fiorentina, o sea una gran albóndiga de carne de ternera con prosciutto, miga bañada en leche, huevos y Parmigiano Reggiano, todo servido con una salsa de tomate y boletus. ¡Para

desmayarse en el sitio!

El placer de la comida de mi tierra no servía para tapar algo evidente: echaba de menos a Brian. En ese momento recibí una llamada de mi amiga Letizia y me preguntó que cuando nos íbamos a ver para esa barbacoa en la famosa casa de Elle McPherson. Puse un mensaje a Brian proponiendo hacerlo al día siguiente, inmediatamente me dijo que perfecto ya que el terminaría de trabajar a eso de las 6 de la tarde una vez más, y podríamos hacer una merienda-cena de lo más divertida.

Volví a retomar la llamada de Letizia y le dije que por supuesto al día siguiente haríamos esa estupenda barbacoa. Y le mandé mi localización. Después de eso se me cerraron los ojos y me eché la siesta del siglo.

Me desperté como un gato enjaulado en la casa y decidí acercarme a Cala Conta, esa playa tan preciosa que nunca llegué a pisar, porque el sexo con Brian evitó dulcemente que yo llegase allí. Cogí una de las motos acuáticas que había en el embarcadero y me acerqué a la cala surcando las olas del mar. ¡Qué maravilla poder ir en moto a una cala! Confieso que me acojoné un poco un par de veces mirando las rocas que tenían cerca las calas, pero al final llegué hasta cerquita de la orilla y dejé la moto cerca de un local llamado Sunset Chillout. Me senté a tomar el café viendo atardecer y decidí tirar una foto hacia el sol. Se la mandé a Brian con un texto que decía...

- **Viendo un bello atardecer en Sunset Chillout, esperando que aparezca el hombre más atractivo de Ibiza.**

Al momento me llegó la respuesta de Brian acompañada de unos corazones.

- **No le conozco, pero si veo a alguno interesante te le mando para allá.**

Guardé el móvil sonriendo como una niña chica. Entonces, justo a mi lado, había un chico hablando por el móvil y cuando colgó se dirigió hacia mí.

- Hola, Paola, ¿cómo estás?

- Perdona, no le recuerdo, ¿de qué nos conocemos?

- ¿En serio no te acuerdas de mí? ¿Estás bromeando, verdad?

- No, no lo recuerdo, sinceramente -dije intentando recordar si lo había visto alguna vez y sintiéndome un poco molesta.

- Vaya pedo que llevabas ayer, es normal que no te acuerdes. Soy Rodrigo, estaba ayer en la fiesta privada de Formentera, en la casa de Eric y Melissa.
- ¡Ah! Lo siento, qué despiste, las cervezas influyeron mucho, pero es que ni siquiera tu cara me sonaba. Ahora sé quién eres, el abogado más prestigioso de toda la zona de Baleares y además estabas con una chica muy guapa en la fiesta -dije recordando a la amante de Rodrigo hablando con Brian y a Melissa contándome la historia.
- Vuelves a recobrar la memoria, eso me alegra -dijo sonriendo.
- Parece ser que sí, el alcohol hace muchos estragos, pero aún me quedan neuronas por quemar.
- Me alegro de verte. Voy hacia la orilla que está ahí mi mujer con mi hija, van a pensar si tardo es que estoy ligando –dijo riendo con un aspecto malvado.
- Lo que tú digas. Hasta otro momento, Rodrigo.

Observé cómo iba hacia ella, pobre mujer indiferente hacia todo lo que hacía su marido. No sé cómo podía tener la mente tranquila de vivir una doble vida, pero por lo que se veía, en los tiempos que corrían, parecía ser que era una moda.

Tras un rato leyendo en ese cómodo sillón frente al mar y haberme tomado mi café, y luego un copazo de hierbas ibicencas, apareció mi amor, Brian, su sonrisa brillaba de oreja a oreja. Se acercó y me propinó un bonito y romántico beso.

- ¿Apareció el hombre más atractivo de Ibiza por fin?
- No. No sé qué voy a hacer –solté con cara de enamorada.

Repentinamente vi cómo se acercaban hacia nosotros Rodrigo y su mujer con la niña.

Brian me presentó a Rodrigo y su mujer, Sandra, como si yo no lo conociera, de repente su esposa le preguntó a Brian.

- ¿Qué tal tu esposa? ¿Está en París?
- Bien, gracias, se encuentra allí, como siempre trabajando.

Intuí en ese momento que ella no sabía nada de que Rodrigo se estaba separando, pero imagino que tampoco tenía por qué ir contando sus penas a todos, o que no se veían con Brian lo suficiente como para hablar sobre ello.

Se despidieron de nosotros y nos quedamos tomando más copazos de hierbas ibicencas, la tarde era perfecta y una suave brisa refrescaba el acalorado día.

- Ya he hablado con el chico del servicio para que mañana tenga listo todo lo que tiene que ver con la barbacoa, así que después de darnos el desayuno irá a encargarse de comprar todo.
- ¡Perfecto! Ya les he mandado a las chicas la ubicación y vendrán en un coche alquilado.
- Genial. Puedes decirles que vengan con sus dos amigos, a los que tú llamas los forasteros.
- Vale, se lo comento por si les apetece decírselo, aunque a Letizia lo mismo no le hace gracia. Quizá la anime saber que lo mismo terminamos todos en una orgía, porque estos son con los que hizo el trío Alessandra -dije riendo.
- No sería la primera vez en la que me diese envuelto en alguna, lo único que hay que tener es organización, como dice el famoso chiste -dijo chulescamente.
- ¿Has participado en alguna orgía? -pregunté asombrada por lo que él me había contestado.
- Paola, en este mundo puedes encontrarte de todo. Yo me he topado con algunas, como decirlo, reuniones especiales... y como no había nada ni nadie que pudiese interponerse en ese momento, aproveché la coyuntura -dijo tan campante.
- Yo creo que debo ser la única tonta que me pierdo todas ese tipo de cosas. Siempre he pensado que solo salían en las películas -dije riendo a la vez que ponía los ojos en blanco.
- Tú preocúpate de que vengan estos chicos y del resto me ocupo yo -soltó sin inmutarse.

- ¿Me lo dices en serio, Brian? ¿Vas a montar una orgía mañana con mis amigas y los forasteros? –pregunté asustada, pues no soltaba ni la más mínima expresión de querer reír.
- Estás tardando en llamarles -seguía con talante serio pero desafiante.
- Si es lo que quieres, ahora mismo les pongo un mensaje, veremos hasta dónde eres capaz de llegar -dije desafiante.
- No me pongas a prueba, Paola, no sabes lo que es capaz de hacer este buen doctor –al escuchar puso una sonrisa diabólica que le quedaba perfectamente bonita en sus labios.

Algo me hacía presagiar que estaba de broma, indudablemente, puse un mensaje al grupo de mis amigas y les dije que invitasen a los forasteros y que Robert les recogería a los cuatro. Alexandra dijo que ahora mismo lo haría. Letizia protestó, pero al final no le quedó otra que aceptar la propuesta. Además yo le dejé claro por privado que la casa de Elle era tan grande que podría, incluso, no verlos si ella lo prefería así.

Nos fuimos para casa. Brian le encargó a uno de los chicos del Sunset Chillout que llevase la moto de vuelta a la casa y los dos nos montamos en su cochazo. Hicimos el viaje en silencio, escuchando un CD que puso Brian. Se trataba de un incunable el volumen cinco de las recopilaciones “Café del mar”. Si había una música que definiese bien el espíritu de Ibiza, sin duda era esa. No el estrépito de las discotecas. Nos dejamos llevar por la magia de las canciones y noté que Brian conducía más despacio de lo normal. La casa estaba cerca y a él le encanta escuchar música mientras conducía.

Yo, sin embargo, no podía apartar de mi mente mi última conversación con él. Sin quererlo me había metido en un juego peligroso con Brian. Era cierto que sentía algo muy fuerte por eso hombre, pero... ¿Le conocía realmente? Cuántas historias he escuchado, y vivido, de hombres que tienen una cara y después sacan otra muy diferente cuando ya han conseguido lo que querían. De hecho, si lo que quería era sexo conmigo, ya había coronado el Everest y ahora podía sacar su cara oculta. Lo cual provocaba en mí escalofríos de miedo. La sombra de Salvatore apareció en mi mente y me sentí muy mal. Luego pude calmar mi mente y disfrutar de las últimas canciones de esa magnífica recopilación.

Al llegar al súper chalet, fuimos a ducharnos. Brian decía que quería llevarme a cenar

a una cueva. Mi cara de pasmo os la podéis imaginar. Él se partía de risa y me pidió que me pusiese guapa, que salíamos enseguida. Me puse un traje de tirantes finitos y unas sandalias con un pequeño tacón. Cuando empezó a caer la noche salimos hacia el jardín para irnos. Nos dirigimos hacia la carretera de San José, al restaurante Cova Santa. Entramos y aluciné en colores, porque el sitio estaba en un entorno excepcional y tenía, como me había anunciado Brian, su propia cueva. Además ofrecía excelentes productos naturales con sabores del Mediterráneo, mi estilo de comida preferida. Nunca había estado en un restaurante metido en una cueva, Cova Santa estaba junto a una cueva antigua con una profundidad de 25 metros. Y, sin duda, tenía uno de los emplazamientos más sublimes de la isla.

Esa era una noche de reservas privadas, todo estaba lleno de velas dentro de unas antorchas que alumbraban como si fuera el atardecer, tenía un buen rollo aquel sitio que invitaba a disfrutar de él. Bueno, realmente toda Ibiza era un paraíso donde uno podía explayarse a gusto y sentirse libre, sin límites.

Nos acompañaron a nuestra mesa, adornada con un precioso jarrón de cristal y en medio una vela violeta enorme, rápidamente nos trajeron una cubitera llena de hielo y una botella de un vino blanco especial que se toma muy frío. Brian siempre pedía vinos de la tierra allá donde estuviese, de eso me di cuenta enseguida, le gustaba consumir productos del lugar. En este caso pidió un Can Rich Ereso. Me aclaró que era un chardonnay 100% fermentado en barrica. Ese blanco era perfecto para tomar con marisco. Y eso fue lo que pedimos: una bandeja llena de marisco.

Fuimos probando el vino que era una locura de bueno. Cuando la trajeron por poco me mareo del espectáculo. Por el borde de la bandeja teníamos camarones, langostinos, gambas, cangrejos, percebes y cigalas. Y en el centro bogavantes, langostas, nécoras grandes, centollos y buey de mar.

Indudablemente hice un selfie con esos manjares y mi buen doctor al lado. La foto quedó para enmarcar y decidí ponérmela directamente de foto de perfil en WhatsApp.

En ese momento sonó un mensaje del grupo de mis amigas y me comentaron que los forasteros habían aceptado unirse a esa barbacoa, llegarían sobre la ocho de la tarde.

Al comentárselo a Brian, una sonrisa picarona salió de sus labios y le dije que ni se le ocurriese pensar que yo iba a hacer ninguna guarrada de las que él estaba acostumbrado a hacer, el tío tan campante me responde que ya veríamos.

- No, no hay nada que ver, que te veo emocionado para tirarte a mis amigas también con la excusa de la orgía –solté en plan macarra.
- Si quisiera tirarme a tus amigas, ese día que fui a tu casa hubiese hablado

con ellas en vez de contigo, así que no seas tan especulativa -dijo sin levantar la mirada.

- Eres tú el que deja entrever las cosas, yo solamente te digo lo que hay para que no te hagas ilusiones.

- ¿Ilusiones? Creo que no me conoces, no me pongas a prueba, Paola, c mañana las pongo a las dos mirando para Formentera -soltó tan campante, mientras descabezaba un langostino y chupaba el contenido de su cabeza con frenesí.

- ¡Serás chulo! Tú te piensas que todas las mujeres son de esas que van detrás de ti babeando por tu estatus y tu cartera, o peor aún, por una de esas inyecciones tuyas de 1. 000 euros –dije con desprecio.

- Qué va, siempre pienso que van por mí por este pedazo de lindura que me ha dado la naturaleza -dijo mientras se agarraba el paquete con un gesto que ni en mis peores pesadillas pensé que podría hacer Brian, el señor refinado.

- Qué gesto más soez. No te pega nada -solté con una mirada mezcla de burla y cabreo. Mi hombre ideal se estaba desfigurando delante de mí a marchas forzadas.

- Ya te dije que puedo sorprenderte. Es mejor que no tengas una imagen de mí y que me vayas conociendo poco a poco.

- ¿Y si no me gusta lo que veo?

- Me lo dices y veremos a ver qué pasa.

- Eso pienso hacer, que sepas que yo no me callo nada.

- ¿No? Vale, entonces... ¿Quieres decirme qué te ha traído hasta aquí para dejar a tus mejores amigas abandonadas una semana y venirte conmigo... siendo yo un total desconocido? –preguntó sonriendo mucho.

¡Me había dado en mi talón de Aquiles! El miedo. El miedo a que los hombres me salieran rana. Esa era la historia de mi vida. Al principio solo veía una parte de ellos,

me enamoraba, comenzaba a salir y después aparecía la sorpresita. Por eso estuve un año de secano sin acercarme a ninguno. Incluso llegué a pensar que era lesbiana durante ese largo año, pero luego me di cuenta de que no, de que solo eran mis heridas por curar. Y aquí estaba otra vez en el mes que se suponía que era un regalo para mí, un espacio para descansar y divertirme, acojonada, enfrentándome a mi mayor miedo con los hombres. Y no tenía respuesta. Y tampoco podía escapar porque Brian me atraía mucho. Fuese lo que fuese a pasar al día siguiente en la casa de Elle, yo tenía que aguantar y tirar para adelante, como había hecho siempre.

- ¡Eso quisiera yo saber! -dije casi chillando, levantando las manos y llamando la atención de los camareros.
- ¿Será un flechazo? –volvió a sonreír, esta vez tenía un trocito de perejil del langostino pegado en un diente y la imagen me pareció muy cómica. Debí ser por la tensión del momento o por lo ridículo del tropezón en el diente que me comencé a descojonar en su cara.
- ¿Qué pasa? ¿Te hago mucha gracia?

Yo no podía parar de reír, pero cuando noté que Brian se estaba enfadando, le señalé al diente. Él se pasó el dedo y sacó el trocito de perejil. Cuando lo vio comenzó a reírse igual que yo. La risa, sin duda, era la mejor solución para cualquier tensión entre parejas. Maritza, la brasileña, me contó una técnica que le enseñó uno de sus novios. Al principio de salir juntos un día tuvieron una gran bronca. Al día siguiente el novio le hizo un regalo: una nariz de payaso. Él se había comprado otra. Juntos se comprometieron a que esa nariz roja les recordase todo lo bueno que tenía su relación y, si las cosas se ponían feas, como justo les pasó la noche anterior, se la pondrían para volver a reír juntos y olvidarse de las penas. Yo le pregunté si aún seguía con aquel chico y me dijo que no, que un día le pilló follándose a una mulata en los baños de un local de samba y que jamás volvió a verlo. Pero la idea era bonita.

- ¿Y entonces qué? ¿Por qué estás aquí conmigo, Paola?
- Porque me pillaste aburrida y salida. Por eso.
- ¿Y continúas salida?
- Quién sabe. Lo mismo ya se me ha pasado...

- ¿Me dejas comprobarlo?
- Haz lo que quieras. Por lo que se ve, te sales siempre con la tuya.
- No siempre, pero me gusta intentarlo. El que no arriesga, no gana.

En ese momento noté su mano en mi entrepierna, iba directo a buscar mi cueva –nunca mejor dicho pensando el sitio en el que estábamos-, yo le iba a soltar un disparate pero preferí callarme, sonreír y dejarme llevar. Brian me ponía totalmente excitada en menos de lo que canta un gallo, le dejé que acariciase mi vagina mientras le daba un sorbo a ese admirable Chardonnay. Al instante pude notar cómo me introducía uno de sus dedos. Hizo unos movimientos dentro de mí, con la otra mano sujetaba su copa y levantó su mano para brindar.

- Brindemos por el fin de los cabrones y porque el amor pueda con todo.

¡Qué listo! Ese fue el primer brindis con el que me sorprendió al poco de conocerle. Bien sabía él que al volver a brindar diciendo esas palabras, yo me acordaría de todo lo bueno que habíamos vivido hasta ahora y no del Brian extraño que estaba apareciendo ante mis ojos en estos momentos. Así que levanté mi copa y le seguí el juego.

- Brindemos por el fin de los cabrones y porque el amor pueda con todo.

Él le daba un sorbo a su copa mientras me miraba con ojos de deseo, yo estaba pendiente por si alguien nos podía ver, pero de la forma que estábamos puestos no corríamos mucho riesgo. Nuestra mesa estaba bastante apartada de las otras.

Brian sacó sus dedos del interior de mi vagina y su mano de debajo de mi falda, luego se secó las dos manos con la servilleta y siguió comiendo, estaba en esos momentos que me arrancaba el traje y me lo tiraba ahí en medio. ¿Quién era este Brian que estaba delante de mí? No le terminaba de reconocer. Aún me acordaba cuando me gritó, casi con dolor, desde el agua, que me echaba de menos y yo le hice la primera felación subacuática. Desde luego no se podía decir que no estábamos practicando el sexo de todas las maneras posibles.

Mientras mi mente divagaba entre salir corriendo por el miedo o quedarme, porque al día era la barbacoa con mis amigas y quería aparentar que era la mujer más feliz del mundo, dimos buena cuenta de la bandeja de mariscos y de la botella de vino. De postre pedimos trufas de chocolate blanco con coco. Una dulzura excitante que puso broche de oro a otra noche gastronómica más de lujo. Aunque en lo personal un poco agrisado por las salidas de tono de Brian. Como siempre, el buen doctor pagó todo y

no me permitió, ni siquiera, que yo hiciese ademán de meter la mano en mi bolso. Eso, hay que reconocerlo, seguía estando igual que el primer día.

Tras la cena nos montamos en el coche y de nuevo sonó el volumen cinco del “Café del mar”, llegamos a casa me cogió en brazos y, sin dejarme defenderme, me llevó hacia la piscina y empezó a meterme hacia dentro, ahí estábamos vestidos y dándonos un baño en ese precioso anochecer. Nos daba igual la ropa y todo. Es lo que tenía el ardor desenfrenado. Brian comenzó a besarme por todo el cuerpo y yo, que aún estaba un poco mosca por la conversación de antes, le retiré un momento de mí y le miré a los ojos.

- Esta noche me has dejado fría con tus comentarios.
- Pues déjame que intente calentarte.
- Te lo digo en serio, Brian.
- Y yo también, Paola.

En el agua siguió jugando con mis zonas íntimas de forma experta. Me acariciaba el clítoris a la vez que me introducía los dedos y masajeaba mi punto G, provocándome un dulce dolor que me subía hasta los ovarios. Mis pezones amenazaban con convertirse en aristas de acero, no recordaba otro momento de mi vida en tenerlos tan duros. Él siguió mientras yo me agarraba a la escalera de la piscina. No podía hacer nada, decidí entregarme totalmente y olvidarme del mal rollo de la cena. Desde luego, hasta este momento, los momentos buenos ganaban por goleada a los malos y en eso concentré mi mente y mi cuerpo. Mientras él seguía lento pero seguro llevándome hasta el orgasmo. Acariciando de mil maneras diferentes mi vagina, mis ingles y mis piernas, mientras mordisqueaba mis pechos. Fue una gran experiencia dejarme hacer por un hombre sin moverme, confiando. Hacia muchísimo que no me ofrecía así a alguien. Fue para mí una prueba de valor y de libertad. Mi cabeza estaba echada completamente hacia detrás, mirando al cielo. La luna comenzaba a menguar y mi mente se quedó en blanco. Era tanto el placer que me estaba provocando ese hombre bajo el agua, que no pude pensar en nada hasta que el orgasmo llegó de sopetón, inundando todo mi cuerpo de un placer indescriptible. Me abracé a él y le besé. Él estaba ardiendo dentro del agua. Salimos los dos fuera de la piscina y nos desnudamos. Él se tumbó en el césped. Su pene apuntaba al cielo, hinchado, húmedo, ardiente. No lo pensé y me senté, metiéndomelo entero. Él gimió de placer y cabalgué hasta hacerle tener un orgasmo que le dejó extenuado en el suelo.

Me quedé junto a él. Los dos desnudos mirando al cielo. Él con los ojos cerrados. No

sabía si estaba dormido o no. Así estuvimos un largo tiempo. Luego abrió los ojos, nos besamos y llegamos a nuestro dormitorio aún empapados, aprovechamos para ducharnos e irnos a dormir para descansar, al día siguiente sería el día de la barbacoa-orgía. Solo de pensarlo me arrepentía de haberle propuesto la idea a Brian. Y con ese pensamiento caí rendida.

Capítulo 9

La barbacoa.

Desperté y vi que Brian no estaba a mi lado. Miré el reloj en mi móvil y ya era la una de la tarde, sí que había dormido. Era normal, ese hombre me tenía hecha unos zorros con tanta actividad sexual. Seguro que él estaría ya realizando su jornada de trabajo.

Miré en el WhatsApp y tenía un mensaje suyo de las diez y media de la mañana.

- **Buenos días, amor. Estoy por la isla poniendo mis inyecciones mágicas. A las seis en punto estaré de vuelta. Disfruta que enseguida nos vemos.**

Había acompañado el mensaje de varios corazones. Le respondí al momento.

- **Buenos días, cariño. Yo recién levantada. Te deseo un día estupendo. Te echo mucho de menos.**

Y me fui hacia el baño, me duché y me sequé despacito y con cuidado. Luego me embadurné bien de crema de aloe vera y aceite de argán, quería tener mi piel en perfecto estado por lo que pudiera pasar ese día y pensé: “Joder, qué mensaje más moñas le he enviado a Brian”. Una vocecita me recordó que ese hombre ahora mismo estaría compartiendo su tiempo con los personajes más memorables de la isla: jeques, actrices, DJ’s, artistas de todo tipo, en fin... ¡Multimillonarios del planeta! Y estaría en sus barcos, sus mega-casas o vete a saber dónde. ¡Yo podía hacerlo mejor! Tenía que atraerlo hacia mí, que estuviera deseando volver a casa, no para hacer una orgía con mis amigas, como me había dejado caer de manera desagradable la anterior noche, sino para verme a mí. A su chica.

Así que me hice una foto apuntando al espejo totalmente desnuda, súper sexy, parece increíble, pero es verdad que mi cuerpo estaba mucho más bello con tanto amor y tanta playa. No sé cómo lo hice pero me las arreglé para que no se me viera ni la vagina, ni los pezones. Con los hombres, a veces, hay que ser muy directa y otras dejarles imaginar. Arte que tiene una.

- **Hola, cariño. Tu amorcito se acaba de duchar y embadurnar en aceite. Una pena no tenerte cerca para que me lo seques.**

Su mensaje de vuelta no se hizo esperar.

- **No me mandes esta foto ahora que me va a temblar la mano y voy a tratar a uno de los jeques más ricos del mundo. Como le pinche mal, me corta la cabeza.**

Y yo volví a la carga, mandándole una foto solo de mi boca con la lengua fuera.

- **Perdóname. ¿Está mejor así?**

Esta vez su mensaje tardó unos segundos más, pero venía con foto. Estaba dentro del baño de un camarote muy lujoso. Se había bajado los pantalones y estaba empalmado como si lo fueran a prohibir.

- **Cuando te vea me las vas a pagar todas juntas.**

Y yo dale que te pego, me había levantado guerrera y le mandé una foto de mi culo en pompa bien embadurnado de aceite, hasta a mí me puso cachonda verme retratada tan sexy. Ibiza y Brian me sacaban toda la sensualidad e irreverencia que llevaba dentro.

- **¡Oh, mi querido doctor! ¡Qué inyección tan grande! Por favor, póngamela que estoy muy malita.**

Una vez más respondió al instante.

- **Tengo inyecciones para dar y tomar. No solo te voy a poner una hoy, sino todos los días de la semana. Ve preparando el trasero.**

Y ahí ya me corté, decidí calmarme y solo le respondí mandándole corazoncitos. Me vestí con un pantalón corto y una camiseta blanca de algodón, todo muy ibicenco y fresquito, y bajé para desayunar-comer. Ya estaba todo preparado en la mesa. Eduardo, el chico del servicio, me saludó con una resplandeciente sonrisa y empezó a calentarme las tostadas de espelta y centeno, y a preparar el café. Junto a él estaba Cayetano, otro compañero que había venido a ayudarlo, para servir y preparar toda la barbacoa.

Como siempre desde que comencé mi aventura con Brian, en la mesa había un despliegue de alucinar en colores: frutas, cereales, embutidos, caviar, salmón, atún, tostadas de diferentes tipos, mantequillas, mermeladas, ensaladas, zumos, cafés, dulces, bollos y todo lo que se nos pudiera apetecer.

Me preparé un bol de fruta exuberante y di buena cuenta de él en un santiamén. Luego metí un montón de cereales integrales en otro bol, lo llené con leche de avena, miel, canela, jengibre, coco rallado y cacao, y me puse como el Quico. ¡Vaya comienzo de día! Ya tenía las pilas más que cargadas a tope. Iba a por un café cuando Cayetano se acercó y me sirvió una cerveza payesa bien fría.

- Pronto empezamos –dije en tono divertido.

- El señor nos ha dicho que a usted le gusta desayunar con cerveza. Si no la quiere, la retiro, señorita Rossellini –me contestó muy educado.

- No, está bien, déjala, ya casi son las dos de la tarde –dije mientras

pensaba en Brian. Éste me quería emborrachar de buena mañana para que no me acordase del marrón de la noche anterior.

Aún recordaba el mal cuerpo que me dejaron sus vaciles sobre el tema de la orgía. No sabía de qué sería capaz este hombre durante la barbacoa porque me tenía totalmente descolocada, pero me gustaba demasiado para que eso me hiciese dejar de disfrutar de cada instante. No me pude resistir en imaginarlo entrando en una orgía y follando con un montón de chicas, en ese vuelo loco de mi mente estaba incluida Jennifer, claro, la colombiana que intentó acercarse a él en plan lagarta, cuando estuvimos en Formentera, y su mujer Monique, la de las tetas enormes. La voz dulce de Cayetano me sacó de mi ensoñación.

- Señorita Rossellini, el señor Brian nos ha dicho que si usted lo prefiere puede picar algo suave como comida y así se reserva para la barbacoa. El señor nos lo ha indicado porque ha mandado traer de todo y de primera calidad, y así usted lo disfrutará más.
- Me parece muy buena idea, Cayetano –contesté muy sonriente.
- ¿Y qué le apetece? Si usted lo desea, le podemos preparar un sándwich vegetal con un huevo frito encima. Es algo suave que le llenará el estómago y justo para las seis, seguro que le vuelve a entrar el hambre.
- Perfecto. Me has convencido.
- ¿Le parece bien que se lo sirvamos a las tres señorita Rossellini?
- No pudo imaginar un plan mejor. Ah... y llámame Paola, Cayetano. Estaré leyendo en la terraza.
- Gracias, Paola –me respondió cortés, me saludó y volvió a la cocina con Eduardo.

Me fui a la terraza y me puse a leer un rato “En la sombra de la sospecha”, y llegué hasta más de la mitad. En estos días me di cuenta de que ese libro me tenía totalmente enganchada, las aventuras de la inspectora Kendall te metían en una intriga total y no podía dejar de leer ni un minuto. La estaba leyendo tumbada en la hamaca y, cuando quise darme cuenta, ya eran las tres menos cuarto de la tarde. Y, por sorpresa, apareció Brian, de lejos podía observar cómo me guiñaba el ojo y me lanzaba un

afectuoso beso. Se quedó de pie a mi lado.

- ¿Tú no volvías a las seis? –le solté picándole.
- Sí, pero he decidido adelantar mi vuelta. ¿Te imaginas por qué? –y se bajó los pantalones allí mismo, mostrándome su falo erguido.
- Sí, sí que me lo imagino. Pero mejor guarda eso un momento. Cayetanc está a punto de traerme la com... -y no me dejó terminar, se acercó a mí y me puse el pene cerca de la boca.
- Chúpamela, Paola.

Le miré a los ojos y me introduje todo su miembro dentro. Creo que yo gozaba más con el sexo oral que él, es algo que siempre me decían mis parejas, que no habían conocido a ninguna mujer que lo hiciera tan bien y con tanto amor como yo.

Y allí mismo, en la terraza, le hice una felación bestial a mi buen doctor, bien de saliva como a él le gustaba. Enseguida escuché los pasos de Cayetano, sin duda se acercaba con el sándwich. Luego escuché también cómo se alejó rápido de la escena. ¿Qué pensaría ese chico de nosotros? Yo le dije justo la hora en que tenía que traer la comida y se encontró con los dos a pleno rendimiento. Lo mismo podría pensar que yo lo había hecho a posta, que me ponía que nos viesen. Daba igual. Yo había logrado mi objetivo: engatusar a Brian y traerlo hacia mí. Era la mujer más feliz del mundo y le dejé literalmente seco. Le demostré que, si yo quería, en temas de sexo, podía ser una leona.

Cuando terminamos, los dos nos quedamos abrazados sin hablar, tumbados en la hamaca un largo rato. Mi dedicación había sido tan intensa que le había sorprendido, para bien. Me cogió de la mandíbula suavemente y giró mi cabeza hacia él.

- Es el mejor sexo oral que he tenido en mi vida.
- De eso se trata mi amor, de que todo lo que compartamos sea lo mejor del mundo –y se fundió conmigo en un beso eterno.

Brian subió a ducharse y cambiarse. Yo ya había borrado sus amenazas de orgía de la noche anterior de mi mente y sonreía feliz, y en ese momento sonó la puerta: ya estaban apareciendo mis amigas con los forasteros, como me gustaba llamarles a los dos. Y mis temores de que Brian hiciera algo incorrecto volvieron a mi cabecita loca... Y encima me di cuenta de que... ¡No me había dado tiempo a ponerme nada

mono con tanto sexo! Estaba todavía con la camiseta y el pantalón de algodón. Iba a subir corriendo a cambiarme, pero luego me dije... “¿Para qué? Si al hombre al que quiero impresionar ya lo tengo bebiendo de mi mano”. Y me quedé relajada.

Brian bajó también muy playero, de sport. Los dos íbamos a juego. Salimos a recibirlos. Me quedé impresionada con los dos bombones que se había tirado mi amiga Alessandra, qué guapos eran, sobre todo el cubano que se parecía a Usain Bolt. Al momento comprendí lo que le pasaba a Leti, que ese hombre la volvía loca y no quería reconocerlo. Miré a Alessandra y ella me miró a los ojos con una leve sonrisa sabiendo lo que yo pensaba: te has ligado a dos pedazos de hombres.

Pasamos a la zona del jardín, ya Cayetano y Eduardo nos estaban agasajando con unos entrantes: unos chupitos de salmorejo rojo intenso, que girabas los vasos y no se caía, eso era pura delicia. Y luego embutidos de la mejor calidad, de todos los colores, formas y sabores.

Tras probar los entremeses los cuatro entraron al salón principal de la casa, que era gigante.

- ¡Qué pasada, Paola! Esta casa es como un sueño hecho realidad -gritó Alessandra mirando todo a su alrededor.

- ¡Pues disfrutadla! -dijo Brian.

Efrén y Adriel se notaba que estaban acostumbrados a este tipo de fiestas y casas en este lugar tan asombroso llamado Ibiza, ni se inmutaron y se adaptaron súper rápido al ambiente. Les hicimos una tournée rápida por la casa y Alessandra y Leti no pararon de hacerse fotos sentadas en todos los sillones y apoyadas en las barandillas de todas las terrazas.

Luego volvimos al lugar de la barbacoa y nos sentamos en el gran sofá gigante que había delante de la piscina, acompañado con una gran mesa. Yo me fijaba que Letizia se comportaba de forma muy tonta delante de Efrén, y no perdía de vista a Alessandra que me entendía perfectamente la mirada.

- ¿Vivís en la isla? -preguntó Brian a los chicos.

- De abril a octubre, el resto de año él se va para Cuba y yo para Argentina, venimos en la época fuerte ya que trabajamos de relaciones VIPS en varios clubes exclusivos de la isla -dijo Adriel.

- Espera, ¿en ese sitio que nos llevasteis también trabajáis? –soltó Leti sorprendida.

- ¿En el “Amante”? Pues claro mi “amol”. Es uno de nuestros principales lugares de trabajo –respondió Efrén.

- Ahora entiendo ese trato tan especial que os daban -dijo riendo Alessandra.

- Sí, estábamos invitados a casi todo. Lo digo porque el último día la cuenta fue tan alta que tuvimos que pagar algo –dejo claro Adriel, mientras miraba a Letizia.

Nos echamos todos a reír. Lo primero que pensé es que Letizia contaba que no paraba de sangrarle a Efrén el dinero en aquel sitio y lo que no sabía es que no pagaba, o pagaba muy poco, porque trabajaba allí.

Las botellas de champán empezaron a volar ligeramente, Brian había congeniado perfectamente con los chicos, nosotras estábamos con nuestras miradas diciéndolo todo. Letizia cada vez que hablaba Efrén torcía el gesto y se rebotaba; tenían una especie de relación amor-odio asombrosa. Cada vez tenía más claro que lo que tenían era una tensión sexual que debían de arreglar a la menor brevedad.

Nos pusieron en la mesa tres bandejas titánicas llenas de todo lo que habían preparado en la barbacoa Eduardo y Cayetano. Ahora me alegraba de no haber, ni siquiera, llegado a catar ese sándwich vegetal que me había recomendado Cayetano...“En su lugar había comido pepino” pensé toda bruta y comencé a reírme yo sola, mientras los demás me miraban sin entender nada. Rápidamente volví mi atención a la mesa, porque todo el mundo estaba cogiendo comida, y yo me iba a quedar sin nada si no me apuraba.

Allí teníamos chuletas de cordero, tiras de costilla de ternera cortadas al estilo argentino, butifarras, morcillas, salchichas, entrecots y chuletones a mansalva. Acompañándolo todo habían espolvoreado encima hierbas aromáticas de tomillo, romero, orégano, albahaca e hinojo.

Tampoco faltaron las patatas con su piel, pimientos untados con aceite de oliva, tomates, berenjenas, cebollas y calabacines, venían servidos en pinchos a modo de brochetas. Y podíamos untar lo que comíamos con las mejores salsas: mayonesa, alioli, chimichurri y mojo verde.

- Come, mi hija, que tienes cara de enfadada, la comida siempre cura los malestares del cuerpo -le dijo Efrén a Letizia en plan bromas, se notaba que tenía ganas de buscarle la lengua.

- Qué bueno, ahora va a venir este cubano a darme clases de gastronomía y sobre todo de lo que debo o no comer -soltó Letizia ante las risas de todos nosotros.
- Yo podría darte clase de gastronomía y de cualquier cosa, a una preciosidad como tú hay que darle respuestas, aunque sea a base de estudiar, yo por ti ahora mismito cojo un libro y saco matrícula de honor dijo el cubano mondándose de la risa, mirando a Letizia
- ¿Tú estudiar?, seguro que el único libro que has tenido en tus manos es el de reclamaciones de un bar -dijo Letizia con una cara de ofendida impresionante. Pero ya estaba claro que, realmente, el cubano la ponía húmeda.
- Reclamaciones son las que vas a pedir tú, si sales de aquí sin probarme, mi hija -Efrén seguía picándola, jugando con fuego.
- Sigue soñando que también es bonito. A un tipo como tú no le dejaría ponerme ni un dedo encima -soltó muy brava.
- No me hace falta ponerlo encima, con meterlo dentro me basta y me sobra -dijo pasándose un dedo por el labio en plan sexy.
- ¡Guaaaaau! –soltamos todos, alucinando con ese duelo.

Seguíamos todos atentos a la conversación, expectantes ante el pique que tenían estos dos, yo además cruzaba miradas con mi amiga Alessandra y ella hacia aspavientos con la mano, dándome a entender que se estaba liando una buena entre ellos.

- Sigue probando, que te veo todo el mes masturbándote pensando en mí y sin haberme ni siquiera besado –disparó Leti a lo bestia.

Yo miraba a Alessandra por la ignorancia de Letizia en saber que el cubano poco a poco la estaba llevando a su terreno y se estaba poniendo las botas a costa de nuestra amiga, que a su vez lo estaba pasando pipa disfrutando de aquella situación y, apostaría todo, a que se estaba excitando.

Brian sabía con detalles toda la historia que llevaban viviendo Efrén y Letizia en Ibiza desde el primer momento, y no se atrevía a mirarme porque si no habríamos roto a reír y eso nos hubiera delatado. Y entonces Brian soltó la pregunta que yo me temía.

- Ahora que estamos en familia lo puedo preguntar. Si se diese la situación: ¿participaríais en una orgía?
- ¿Qué dices? -soltó Letizia poniendo cara de asco.
- ¡Yo me apunto! No rechaces algo antes de haberlo probado, querida Letizia –aprovechó Efrén, para retomar su duelo con Leti.
- ¡Ni loca! ¿Vosotros estáis colgados? –rebatíó Letizia.
- Bueno, tampoco es tan malo el sexo en grupo. No sé. ¿Tú qué opinas Alessandra? –fue directo al grano Adriel, a ver si Alessandra soltaba la bomba.
- Yo opino que lo mejor es con dos.
- ¡¡¿Quéee?!! –dijo alarmada Leti.
- O sea, a ver si me entendéis, no es que yo quiera hacérmelo con dos, sino que con dos solos, o sea hombre y mujer ya vale. ¿Me he explicado bien? –dijo Alessandra, visiblemente azorada.
- Como el culo. Pero te hemos entendido. Que orgías no –dije ayudando a Alessandra.
- ¡Y conmigo ya son dos votos! Orgías no –se reafirmó Leti.
- Con el mío son tres. Orgías no y menos entre amigos –me ocupé de dejarlo claro.
- Efrén, parece que nos hemos quedado solos, mi “helmano”. Nos ganan tres a dos –dijo Adriel mientras sonreía mucho.
- ¡Tenéis mi voto! Orgías sí y más si son en familia como estamos ahora. Somos tres contra tres –se apresuró a gritar Brian.

La frase de Brian provocó una tensión en el grupo tremenda. Nos mirábamos sin saber qué decir. Incluso Efrén y Adriel estaban incómodos, porque a mí me parecía que ellos estaban de broma, pero Brian no. O eso, o disimulaba muy bien. La noche estaba

a punto de fastidiarse pero menos mal que Brian recibió una llamada. Él pidió disculpas, se apartó y comenzó a hablar al móvil cabizbajo. Yo lo miraba a lo lejos, otra vez le cambiaba el semblante, sabía que era Monique. No había ni un día que le diese tregua con los tres millones de euros, era muy pesada. Me daban ganas de ir hacia él, arrebatarse el teléfono y ponerme al aparato para decirle a ella que parase quieta un poquito, que se buscara un nuevo novio y dejase de tocar los cojones a los demás, pero evidentemente yo no era nadie para meterme en esa conversación y menos en la vida de Brian. Al fin y al cabo ella aún era su mujer y tenía más derecho que yo a hacer lo que le diese la gana.

Me había calentado muchísimo ese tema, así que me quité el pantalón y la camiseta y me tiré a la piscina en ropa interior. Cuando me di cuenta ya venía Brian hacia mí, dejó el móvil sobre la mesa, se quitó la ropa y se tiró a la piscina en calzoncillos.

- Cuanto más hablo con mi ex mujer, más te adoro, princesa -dijo ante mi extrañeza.
- Tampoco soy un angelito -dije riéndome.
- Conmigo eres ángel y demonio, y eso me apasiona -dijo mientras agarraba mi cintura, apretándome contra él delante de todos.
- Eso es porque hace poco que nos conocemos, de todas formas no tenemos mucho tiempo para estar juntos, así que te vas a librar de ver cómo cojo algunos de mis arrebatos, para que veas cómo se las gasta esta italiana -solté bromeando, aún conmocionada por la conversación sobre la orgía que acabábamos de tener hace unos minutos.

Pensé que me iba a partir en dos de lo fuerte que me empujó hacia él, propinándome un gran beso lleno de pasión en el que se notaba que aún seguía deseándome, la verdad que este hombre era incansable. ¡Y yo que pensaba que le había dejado seco y satisfecho con la sesión de sexo oral tan gloriosa que le había practicado!

- ¿Qué pasará cuando llegue el domingo y me vaya? Seguramente el lunes ya me habrás reemplazado por otro -dijo poniendo cara de pena.
- No quiero que te vayas, pero sé que tienes que hacerlo. No creo que el lunes te haya reemplazado, lo mismo el martes sí -dije siendo mala a propósito.
- Pues vaya -dijo él un poco de bajón y yo me acerqué mucho a él, le abracé

y le miré a los ojos.

- Que te quede claro que te voy a echar mucho de menos. Espero que algún día aparezcas por mi restaurante de la Toscana y me dejes darte a probar las mejores especialidades italianas.
- Si voy a la Toscana sería para secuestrarte, llevarte a otra isla y hacerte el amor todos los días hasta desfallecer -dijo mientras acariciaba mi pelo.
- Acepto, pero antes tendrías que probar lo que cocino, puede que tengas un orgasmo nada más metértelo en la boca.
- Me meto en la boca todo lo que me digas, no te quepa duda. La vida está llena de sorpresas, déjate llevar y verás lo gratificantes que son.

No había entendido muy bien lo que quería decir, pero lo tomé como algo bueno que podía pasar en el futuro y que él me podría dar alguna grata sorpresa.

Empezaron a tirarse en bomba a la piscina los otros cuatro, todos en ropa interior. Cayetano volvió a traer otra botella de champán bien fresquita al borde de la piscina junto con más copas. Nuestras miradas se cruzaron y recordé que hacía solo unas horas el camarero me había visto practicándole una felación salvaje a Brian, seguro que ahora mismo me miraba con otros hijos y estaba cachondo perdido observándome. Adriel no paraba de tontear con Alessandra. Efrén, por otro lado, seguía buscando a Letizia, la cual le respondía a todo muy bordemente.

Brian me dijo al oído que el cubano las iba a pasar canutas para seducir a mi amiga, que, a la vez, indudablemente se notaba que estaba deseando dejarse cortejar por él, pero que su chulería le impedía poder disfrutar de Efrén. Le dije que conociendo a mi amiga, con lo cabezona que era, se iba de la isla sin acostarse con él, Brian me dijo que ya vería como no, que solo sería cuestión de dos o tres días.

Adriel me parecía, de primeras, muy tranquilo, una persona muy responsable, atenta y educada. Nada que ver con la fiera sexual que llevaba dentro. Desde luego no mostraba nada de lo que me había contado Alessandra... pero claro, sexo y condición no tienen por qué ir unidos. Me acordé de un dicho que me dijo una clienta mía japonesa que trabajaba en la embajada en Italia. Ella decía que los japoneses dicen que todos tenemos tres caras. La primera es la que enseñamos al mundo. La segunda es la que enseñamos a nuestros amigos cercanos y nuestra familia. Y la tercera no se la enseñamos a nadie. Esa cara es el reflejo más verdadero de cada persona.

Olía a barbacoa, estaba achispada por todo el champán que llevaba en el cuerpo, notaba a Brian más serio de lo habitual pero no en tono enfadado, sino de forma triste, seguramente por la llamada. Salimos todos hacia fuera de la piscina, nos secamos y empezamos a charlar sobre anécdotas que nos habían pasado, pero mi buen doctor estaba ausente, escuchaba y se reía pero no estaba al 100% con nosotros.

Durante la conversación Efrén, disimulando, le puso una mano en la cacha a Letizia. No le dio tiempo a reaccionar cuando ya se había comido una hostia de campeonato. A todos nos entró un ataque de risa desmedido.

- Eso te pasa por tocar donde no debes -dijo quedándose tan campante Letizia.

- Menos mal que solo te toqué el muslo mi hija, que si te llego a tocar otra cosa me hincas el cuchillo en la yugular -dijo el cubano sonriendo divertido.

Adriel miraba a Letizia incrédulo por la reacción que había tenido ante Efrén. Todos estábamos confusos por el comportamiento tan fuerte que tenía hacia el cubano. Brian aún lloraba de la risa desde que Letizia le dio la torta, el cubano dijo que de aquí a que terminase la barbacoa estaría para que lo enterrasen, miraba a Letizia de reojo, en plan broma, pero ella seguía ofuscada con él.

Tras el champán comenzaron las rondas de cócteles: daiquiris, mojitos, margaritas, piñas coladas, caipiriñas. Letizia cada vez estaba más borracha, entre todos nos habíamos puesto de acuerdo para emborrachar a Leti y que se soltase la melena. Pasábamos rondas de cocteles, brindábamos y al final solo se bebía la copa entera ella. Nosotros tirábamos casi todo al césped. Así que sobre las doce de la noche ya estaba borracha como una cuba.

Brian se reía a medio gas, la llamada le había dejado muy pensativo. Ni siquiera las bromas que le hicimos sobre la posible orgía le sacaron de su ostracismo. Solo cuando vio que Letizia estaba montada a caballito sobre el cubano, dando vueltas alrededor de la piscina, y cantando una canción que nadie pudo reconocer, ni descifrar de ninguna de las formas, reaccionó de nuevo, y volvió a reír como un niño chico.

A mi amiga se la entendía bien poco, a esas alturas Leti tenía el pedo de su vida y a nosotros nos faltaba poco para estar igual que ella. Eso sí, al cubano se le escuchó decir que nadie se metiera con su novia que la quería mucho, menos mal que Letizia no se enteraba de nada, que si no le hubiera caído una buena al cubano por atreverse a tanto.

Una hora después estaban los dos besándose dentro de la piscina ante el asombro e

incredulidad de todos nosotros. Nuestro plan había funcionado.

Había un buen rollo en esa casa increíble, todos nos habíamos caído bien, nos sentíamos muy cómodos, excepto aquel momento de la preguntita de la orgía y la hostia a Efrén había sido todo perfecto. Y encima aquellos dos que habían estado matándose todo el día, ahora se enrollaban en la piscina a lo bestia.

- Veremos con qué nos salta Letizia cuando se le pase la borrachera y se dé cuenta que al final cayó en las manos del cubano –dije negando con la cabeza.
- Eso lo sabremos mañana en cuanto se despierte. Si yo fuese Efrén estaría lejos en ese momento –dijo Alessandra mientras se abrazaba a Adriel.

Nos dieron más de las dos de la mañana cerca de la piscina bebiendo los últimos cocteles y contándonos de todo. Brian y yo, y Alessandra y Adriel. Al momento pensé qué dos parejas tan extrañas hacíamos. Mi chico aún estaba casado y el de Alessandra le gustaba hacer tríos. Made in Ibiza.

Al rato Leti se quedó dormida del pelotazo que llevaba y el cubano se portó como un caballero con ella, la tapó amorosamente y la llevó hasta el coche. Otra noche más que se las prometía felices y que acababa sin metérsela. Adriel no daba crédito, ninguna mujer se le había resistido tanto como Leti. Alessandra, Adriel y Efrén decidieron que ya era hora de irse a dormir la mona. Nos despedimos de ellos quedando en volvernos a ver, se fueron en su coche alquilado con una sonrisa de oreja a oreja y agradecidos por una noche inolvidable. Brian, cuando no hablaba de orgías, era un anfitrión estupendo.

- Fijo que estos despiertan ahora a Letizia y se van a continuar la fiesta los cuatro por ahí –soltó Brian cuando todos se habían perdido de vista.
- ¿Tú crees? Estaban ya bastante muertos –le dije extrañada.
- Ya cariño, pero esto es Ibiza. Vámonos a la cama.

Y nos fuimos juntos al dormitorio.

Capítulo 10

Mi gran semana.

El resto de semana la pasamos perdidos por las calas de la isla todos los días, disfrutamos de playas preciosas y de espacios naturales privilegiados. Mientras él iba terminando con sus últimos clientes, yo estaba feliz de la vida, tanto que desconecté totalmente el móvil. Aunque era una sensación agrídulce, porque cada día de disfrute con Brian, más me enamoraba y era un día menos que podía contar con su presencia, era como tener una cuenta atrás en mi corazón, y no podía pararla.

Tras este periplo por la paradisiaca naturaleza de Ibiza, Brian me propuso conocer a fondo el otro lado de la isla: la marcha. Primero me dio que iríamos a dos playas donde poder sentir el ambiente más fiestero de Ibiza. Aunque me dejó claro que la calidad de esas dos playas no tenía nada que ver con todo lo que habíamos vivido esos días. Primero visitamos las Salinas. Brian allí estaba en su salsa y me di cuenta de lo bien relacionado que estaba mi “chico”. Las Salinas solían ser frecuentada por famosos y personajes públicos, por eso era una de las más conocidas y concurridas de la isla. No había personaje importante o conocido en la isla que no fuese cliente, amigo o conocido de Brian. *Susavoirfaire* a la hora de las relaciones públicas era evidente. Siempre tenía la palabra perfecta y la sonrisa adecuada con cada persona. Sabía tratar a gente de todos los niveles sociales y no se sentía intimidado por nadie, con razón Brian me había seducido con tanta facilidad, era el rey de las relaciones personales.

Después del pequeño baño de masas que Brian se dio en las Salinas, nos desplazamos a playa d'en Bossa. Sin duda la playa más animada de Ibiza, según cuentan los días y las noches se suceden en forma de fiesta *nonstop* en ese lugar.

Brian me dijo que esa noche íbamos a hacer un tour por sus discotecas favoritas de la isla, pero no valía la pena entrar hasta, como mínimo, las dos de la madrugada. A partir de esa hora nos encontraríamos con el ambientazo que había hecho de Ibiza uno de los referentes a nivel mundial. Para hacer tiempo nos fuimos de paseo por los bares y pubs del puerto de Ibiza. Las calles estaban llenas de terrazas con una marcha que no veas, y eso que la temporada aún no estaba en su punto álgido. Pudimos ver varios desfiles de gogos espectaculares dignas de un calendario Playboy, iban promocionando las sesiones de famosos DJ's en diferentes discotecas. Pillé a Brian mirando esos cuerpos cimbrearse cerca de nuestra mesa realmente embobado, pero no podía culparle, las curvas de esas chicas mareaban solo con mirarlas, no creo que ningún hombre pudiese resistir el quedar hipnotizado al verlas. Solo imaginar el

poder estar en la cama con alguna de ellas me ponía caliente hasta a mí.

Y llegó el momento de entrar en el otro lado de Ibiza, hasta ahora no había pisado ninguna de las conocidas discotecas de la isla. Y no era de extrañar porque no había parado de estar con Brian haciendo el amor y disfrutando de estar juntos. Era el momento de mezclarnos con otros espacios más “contaminados”. Brian me aclaró que él no solía frecuentar esos sitios, pero que tenía varios clientes, muy buenos por lo que me dio a entender, que le invitaban y le sabía mal decir que no. Uno de ellos se llama Carlos y era uno de los banqueros más excepcionales de las Baleares. Llevaba las cuentas internacionales de un potente banco español y, en especial, se encargaba de las cuentas de los DJ's más importantes de la isla. Para que me hiciera una idea, Brian me contó que algunos de esos DJ's cobraban 250. 000 euros por noche. Me quedé de piedra. Desde luego, después de conocer a Brian, mi relación con las cifras y el dinero habían cambiado. Ahora mil euros me parecían una minucia.

Me llevó primero a Ushuaia Beach Hotel, según Brian ese lugar había revolucionado Ibiza. Las fiestas en su piscina habían ofrecido un nuevo concepto de discoteca original, estilo americano, que había calado muy bien en la isla. Desde que se abrió había sido un rotundo éxito, convirtiéndose en uno de los lugares preferidos para los adolescentes.

Luego fuimos a Pachá, uno de los emblemas internacionales de la isla mágica, con ese logo tan sexual, o sensual según quien lo mire, de la boquita perfecta mordiendo las cerezas. Me gustó tanto que me compré un top muy sexy en la tienda de la discoteca. Salimos de Pachá como a las tres y media de la mañana. Yo ya notaba un poco el cansancio, pero Brian tenía ganas de que yo conociese la que decían era la discoteca más grande del mundo: Privilege. Cuando entramos me quedé sin aliento de la fiesta que había montada allí dentro. Brian y yo nos metimos en medio de la enorme pista principal, miré hacia los techos y calculé que estaban a unos 25 metros. Tras un rato de cachondeo allí, nos dimos una vuelta por las salas al aire libre. Uno de seguridad le dijo a Brian que esa noche estaban rozando el aforo completo: unas 10. 000 personas. Solo de pensarlo se mareaba una. Acabamos agotados, pero felices, y nos fuimos para casa.

El viernes por la tarde, cuando Brian terminó de trabajar, me dijo que me preparase, que iba a pasar el fin de semana más romántico de mi vida. La verdad es que hasta ahora cada vez que Brian me había anunciado algo se había cumplido con creces. Preparamos una pequeña maleta con lo necesario para pasar un fin de semana, nos montamos en el coche, ese coche que me había dado tantas alegrías durante estos días, y fuimos a un precioso hotel llamado Es Cucons, ubicado en una de las mejores partes de la isla: Santa Agnès.

Si hasta ahora todo lo que había visto de Ibiza me había fascinado, con esto Briar terminó de conquistarme, porque yo era muy rebelde, pero tenía un punto muy clásico y el hotel estaba situado en una casa del siglo XVII, rodeada de eras, aljibes y muros de piedra seca. Ese lugar era, sin duda, uno de los parajes más románticos de la isla como él me había anunciado antes.

Nos acompañaron hasta una de las habitaciones de la casa payesa, una suntuosa estancia, decorada con un gusto exquisito que me enamoró al momento, a base de muebles y antigüedades de estilo colonial, alfombras marroquíes y lienzos enormes muy coloridos. Nos adentramos en ese lugar extraordinario siguiendo un sendero de piedra, el silencio reinaba a nuestro alrededor. Al momento mi mente comparó este espacio, casi sagrado, con la borrachera de ruido ensordecedor que habíamos vivido la noche anterior en nuestra aventura por discotecas. Cada día comprendía más porque Ibiza era un lugar único en el mundo, tenía tantos mundos diferentes dentro que podía atraer a un sinfín de personas distintas. Eso sí, todas debían tener el mismo aspecto en común: amar la vida. Así, caminando por esta atmósfera apacible, llegamos a nuestra enorme habitación, desde la cual veíamos la piscina. Este hotel me recordaba mucho a mi restaurante en la Toscana, yo también lo había llenado de detalles para hacer que la gente tuviera una experiencia intensa al venir a comer o cenar. Nunca quise tener clientes, sino amigos que compartieran experiencias. Sentía que ese hotel era un lugar muy parecido a mi restaurante, lo cual me puso muy sensible.

El chico de las maletas se despidió de nosotros deseándonos una muy buena estancia y aún no había cerrado la puerta cuando nos dejamos caer en la inmensa cama que tenía unas sábanas de algodón gustosas que parecían abrazarte. Daban ganas de quedarnos metidos las 48 horas en ese rincón tan espectacular. Nos quedamos mirando el techo, que tenía unas vigas de madera preciosas, sin hablar. Cuando comencé a notar que Brian iba situando su boca cerca de mi cadera. No dije nada, solo le sujeté la cabeza con todo mi amor. Él fue quitándose el pantalón y la ropa interior con mucha delicadeza y me dejó de cintura para abajo completamente desnuda. Yo creía que Brian iba a comenzar uno de sus estupendos cunnilingus, pero me sorprendió una vez más y volvió a ponerse a mi altura, mirándome a los ojos. Ahora fue él el que se quitó el pantalón y la ropa interior dejando su enorme falo brillante al aire.

Luego cogió mi mano y la llevó hacia sus partes que estaban ardiendo. Yo comencé a masajearle los testículos y la parte inferior del pene. Brian gemía de placer. En estos días le había cogido el punto a su miembro y él a mi vagina, con desnudarnos ya nos humedecíamos y estábamos listos para hacer el amor. Hacía mucho tiempo que no me

había pasado eso con un hombre y eso me daba morbo y miedo a la vez, morbo porque me ponía como una moto, y miedo porque me quedaba muy poco tiempo para disfrutar de sus caricias, y luego Brian, con seguridad, volaría a otro lugar del mundo, donde otra hembra le estaría esperando abierta de piernas. Al momento deseché ese pensamiento negativo de mi mente y me concentré en lo que estaba viviendo. Con Brian estaba obligada a vivir el presente y me dediqué a fondo a ello.

Seguí masturbándolo un buen rato a buen ritmo, cambiando de ángulo, de posición y de presión. Acompañaba el movimiento de mi mano con breves lametones y chupetones más intensos en su glande, lo que provocaba en Brian auténticos espasmos de placer. Esta vez yo tenía el mando de las operaciones y decidí usar mi creatividad para darle una jornada de placer inolvidable. Me cuidé muy mucho de acercarle al momento de la eyaculación, cuando sentía que se iba a ir lo frenaba apretándole el tronco del pene y bajando el ritmo de mis movimientos. Lo tenía en mis manos, nunca mejor dicho. Sabía que para Brian la masturbación era una de sus prácticas favoritas. Él una noche me lo explicó, por si no me había quedado claro. Me dijo que cuando alguien masturba a un hombre, él no sabe cuándo va a correrse, pero cuando haces el amor, que también es maravilloso, el hombre siente con mucha antelación el momento de la eyaculación. Por eso, cuando a Brian le masturbaba otra persona, esa sensación de no saber cuándo va a correrse pasaba a ser más sorpresa y eso le volvía loco.

Cuando ya le tenía al límite le agarré de su miembro y comencé a andar hacia el baño. Brian me miraba confundido y alegre de no saber lo que le esperaba. Lo metí en la enorme bañera y apunté el chorro de la ducha hacia sus testículos, activé el agua templadita y fuerte de potencia, y masajé esa zona con el agua mientras seguía masturbándole lentamente. Brian estaba en una agonía placentera que no parecía tener fin. A veces me miraba suplicante y yo aceleraba, y cuando veía que estaba a punto de eyacular volvía a jugar con el agua y a bajar el ritmo. Sin duda creo que le hice la mejor paja de su vida. Cuando le dejé eyacular salió un chorro enorme y dio un grito que se escuchó en todo el hotel. Se quedó desfallecido en la bañera, mientras le mojaba todo el cuerpo y le embadurnaba de jabón. Luego me metí con él y nos quedamos mojados y abrazados. Él me abrazó con mucha ternura, yo sentía que no quería soltarme, no quería perderme. Es curioso cuando yo más le había entregado de mí de forma incondicional, más se enganchaba él conmigo.

Tras esa buena sesión de sexo, nos dimos un baño larguísimo aprovechando que estábamos en la bañera, y después nos fuimos a la terraza donde ya nos habían colocado una botella de champán bien fresquita en la cubitera de hielo con unas copas y unos bombones helados, qué hacían un perfecto contraste de sabores en el paladar.

Un rato después volvió a aparecer el chico del servicio y trajo una gran bandeja de

marisco, eso parecía que era para seis personas, miré divertida a Brian por lo exagerado que era a la hora de pedir comida, pero luego pensé que los dos acabábamos con todo, que éramos unas máquinas en la cama y en la mesa.

- No me mires con esa cara, el marisco es afrodisíaco, es para ponerte fácil el fin de semana tan inolvidable que te espera -dijo mirándome con deseo.
- ¿Acaso esto es un secuestro?
- Más o menos, lástima que tenga que partir en breve, si no... no te soltaría nunca.
- Me da lástima que me recuerdes que te vas el domingo -dije poniendo cara de tristeza.
- A mí también, pero a veces hay que seguir el rumbo del camino y quedarnos con el recuerdo de lo bonito que fue mientras duró y cómo transcurrieron las cosas.
- Tienes razón, pero me va a doler mucho verte marchar -me estaba poniendo como una quinceañera de pesada, pero es que me salía del corazón.
- Lo sé, pero disfrutemos mientras de los dos días que nos quedan por delante y olvidémonos de las penas -dijo mientras me acariciaba el cachete.

Le sonreí, era el número uno esquivando mis frases. Yo, en el fondo, esperaba alguna palabra de consuelo por su parte o que me dejase entrever que nos íbamos a volver a ver. Eso era lo que yo necesitaba escuchar, pero él se notaba claramente que evitaba pronunciarse, quizá para no darme falsas esperanzas.

Una tristeza empezó a inundarme y volvía a mi mente el pensamiento que más me había castigado esos días: como yo habría mil amantes en cada uno de sus viajes. En ese momento se me pasaron las ganas de comer, él rápidamente se dio cuenta de que me había cambiado el semblante.

- No pienses en nada, deja que la vida te sorprenda -dijo mientras me acariciaba el rostro.

Mi cabeza no paraba. De pronto estaba segura de que no le volvería a ver tras el domingo, como que sentía que me estaba dando a entender que quizás en algún momento me sorprendería y nos volveríamos a ver, pero como actuaba tan ambiguamente, no quise hacerme ilusiones.

- Tranquilo, será el champán que me ha subido rápidamente y me ha causado estos raros efectos.
- No hace falta que disimules, sé perfectamente qué es lo que te pasa.
- Me alegro de que seas adivino, porque ni yo misma lo sé -dije bordemente por el malestar que estaba causando el dolor de su partida.
- Escúchame Paola, quizá me comience a repetir más que el alioli, pero te pido por favor que disfrutes del resto de tiempo que nos queda por pasar juntos y luego deja que la vida siga su curso.
- Madre mía, hijo, ahora te me pones en plan consejero, si al menos hablastes más claro...
- A buen entendedor, pocas palabras bastan -soltó en voz bajita y mirándome fijamente a los ojos.
- Cambiemos de tema, ¿dónde te toca ir la semana que viene?
- Me toca París, en mi clínica. La semana siguiente estaré de lunes a jueves en Madrid y luego la otra semana descanso -dijo mientras me sonreía cómplice.
- Sí que viajas, menos mal que aparte de trabajo te tomas tu tiempo para disfrutar de los placeres que te pone la vida por el camino, sino no sé cómo lo soportarías -solté directa a la yugular, traicionando al momento mi propuesta de cambiar de tema.
- Si lo dices porque crees que todas las semanas hago lo mismo con otras que estoy haciendo contigo, estás muy equivocada. Me conoces poco, soy un hombre de flechazos, pero no es algo que me pase a menudo y si no lo hay, no me motiva estar con nadie -dijo en tono de querer dejar claro que no era un mujeriego.
- Haré que me lo creo... aunque si fuese verdad que conmigo tuviste un flechazo, tu corazón no te permitiría separarte tan fácilmente de mí -dije reprochándole todo y dejando claras las cartas sobre la mesa.

- Escúchame, Paola, no quiero prometerte algo que no pueda cumplir. No quiero engañarte con palabras que luego no sean verdad, ahora mismo sé que estoy aquí, pero cuando llegue a París tengo muchos problemas que solucionar, tres millones de problemas para ser exactos. No estoy preparado para empezar una nueva vida sin curar mis heridas, pero tampoco puedo negar todo lo que he sentido a tu lado... Compréndeme... Me queda un largo camino para cerrar completamente el capítulo de mi matrimonio y eso me tiene desconcertado.

- No te estoy pidiendo nada, Brian –dije con dolor cuando, por lo contrario, lo que necesitaba era algo de esperanza por su parte.

- Estás sintiendo cosas profundas por mí, veo tu dolor, sé que quieres que te diga algo que no sé si podré cumplir. Solo te pido que me entiendas, esta semana he estado solo para ti he vivido una de las experiencias más sublimes de mi vida. No me cansaría de estar a tu lado, pero no me pidas ahora lo que no te puedo dar porque me volvería loco. Eres mi único refugio en estos momentos -dijo mientras su rostro transmitía un sentimiento de dolor intenso que me hizo daño hasta a mí.

- Te digo que no te estoy pidiendo nada, lo siento si lo entendiste así -dije malhumorada, porque veía que nos metíamos en una rueda que estaba revolviendo el ambiente entre los dos.

- Te propongo un trato: disfrutemos de estas 48 horas que la vida nos está regalando y apaguemos nuestras cabezas... Dicen que nuestro peor enemigo son nuestros pensamientos y debemos tener cuidado de no hacernos daño -dijo mientras me abrazaba con mucho cariño.

- Perfecto, es lo que más deseo. Dejarme llevar y olvidarme de obsesiones y ansiedades.

- Confía en mí, hasta ahora te he demostrado que cumplo todo lo que digo.

- Vale -dije mientras le apretaba contra mi pecho, a la vez que se me humedecían los ojos. Sentía como si nos estuviésemos despidiendo y eso me rompía el corazón.

Tras la cena nos echamos en las tumbonas a mirar las estrellas, estaba el cielo

completamente radiante, lleno de ellas. Los dos conseguimos relajarnos y Brian empezó a contarme más anécdotas que le habían pasado a lo largo de su carrera. Tras el cuarto Gin Tonic estábamos achispados y pasamos unos momentos de risas sin parar que me hicieron doler hasta la tripa.

Brian me contó que durante la risa se contraen hasta 15 músculos faciales, el diafragma y otros músculos del pecho, así como el abdomen. Nosotros además, que somos muy escandalosos, movíamos los brazos y las piernas mientras soltábamos carcajadas. Luego me aseguró que la risa gastaba mucha energía, no tanta como el sexo, claro, pero me dijo que si manteníamos 15 minutos de risa, y más o menos llevábamos un rato parecido, quemaríamos tantas calorías como en una carrera de larga distancia.

Y ahí no acababa la cosa, al parecer muchos hospitales utilizaban la risa como una terapia. La llamaban Risoterapia, la verdad es que el nombre no era muy original, pero la técnica sí que me parecía el invento del siglo. Anda que no me habría ahorrado dramas con mis amigas haciendo eso, en lugar de darle vueltas y vueltas al mismo problema sin llegar a ningún lado.

No recuerdo otro momento con Brian tan divertido, me contó cada locura que le había ocurrido con sus clientes famosos, que no me podía creer que fuese real. Como cuando una famosa rica heredera de una importante casa real europea le pidió que pinchase inyecciones de vitaminas a sus perritos. Se gastó más de 14. 000 euros en tres días. O la loca historia de un mafioso ruso que le encargó pinchar a sus cinco amantes, sin que se enterase su esposa, porque si se enteraba el ruso pensaba que podría correr peligro hasta su seguridad personal. . . la de Brian y la del mafioso.

Quedamos rendidos en la terraza sintiendo la suave brisa ibicenca que llegaba incluso hasta ese lugar. A las dos de la madrugada me despertó y me llevó hacia la cama, esta noche me perdonó el polvo, tras la masturbación que le hice en el baño le había dejado totalmente agotado y yo también estaba bastante cansada.

Desperté envuelta en sus brazos, estaba enredada en su cuerpo y sintiendo cómo me penetraba suavemente de la manera más cariñosa que jamás había sentido estando con él. Me miraba a los ojos mientras me follaba así, recién despiertos, y su mirada era tan dulce que logró provocarme un orgasmo intensísimo en menos de cinco minutos. Ese día para mí fue el primero que hice el amor con Brian, aquello era más sentimiento que sexo y yo, que estaba tan sensible, terminé llorando con mi corazón totalmente sobrecogido por las sensaciones. Brian se asustó y me preguntó si me pasaba algo, a lo que yo solo le respondí con un montón de besos. Él hizo lo propio. Nos comportábamos como dos enamorados adolescentes. Yo ya había caído en sus redes totalmente y me gustaba pensar que él también, aunque no mostrase señales

claras de estar enamorado.

Nos duchamos y bajamos al jardín principal, donde estaba el desayuno buffet puesto. Ahí no faltaba de nada, me encantaban esos desayunos tan completos llenos de colores y sabores, y más junto a mi amor. Me preparé un buen plato lleno de salchichas, embutido, beicon, huevos fritos, tomate y pan de centeno. Brian también se cargó el suyo con jamón ibérico, queso de cabra ibicenco, tomate, lechuga, huevos cocidos, calabacín y más pan integral. Además de eso cogimos un par de cafés y dos trozos de tarta casera de chocolate con un chorreón de nata por encima. ¡Menudo desayuno!

Miraba al horizonte lleno de colinas, donde se mezclaba el verde y el azul que teníamos ante nuestros ojos. Las vistas de ese hotel romántico daban al interior de Ibiza, y yo nunca hubiese sospechado que esa zona fuese tan magnífica. Sentía cómo el sol acariciaba mi piel y cómo el viento masajeaba mi cabello, pero no podía contener la riada de negatividad de mi mente que insistía en aguarne el desayuno y recordarme la idea de que al día siguiente ya nos separaríamos y quizás fuese para siempre.

- ¿En qué piensas, preciosa? –dijo Brian, aunque yo sospechaba que ya sabía la respuesta.
- En que faltan muy pocas horas para que te vayas -dije con una sonrisa triste.
- Lo sé, pero intento no pensarlo, prefiero disfrutar de estos momentos a tu lado y vivirlos intensamente.
- Tienes razón, estoy muy sensible. Hoy te he sentido dentro de mí como nunca, creo que estoy enamorándome de ti, aunque no debería.
- Lo sé -dijo levantándose para darme un abrazo y nos fundimos en un cálido beso que ahuyentó por unos momentos mi profunda melancolía.

Pasamos el día encerrados en la habitación, entre la piscina, la hamaca y los revolcones en la cama; no nos queríamos soltar. Encima, cada cierto tiempo, nos traían unos deliciosos manjares para comer. Yo solo pensaba que ojalá el mundo se parase, no quería otra cosa que seguir al lado de él y eso me estaba matando por dentro. Tenía que luchar con esa sensación para que no me agriase esas últimas horas a su lado. A veces lo lograba y a veces me golpeaba en la boca del estómago, dejándome sin aliento. Era un infierno que me estaba superando.

Al acostarnos por la noche estaba súper inquieta y no podía conciliar el sueño, salí varias veces a la terraza a fumarme un cigarro y terminé por tirarlos medio encendidos. Esa angustia estaba terminando hasta con mi vicio de fumar, cosa que me alegraba profundamente.

Cogí el sueño a eso de las 5 de la mañana, ya las 9 ya estaba en planta en el jardín principal tomando otro de esos deliciosos desayunos junto a Brian, aunque ese día no tenía apetito alguno.

Un rato después hicimos el check out y abandonamos el hotel. Nos fuimos al chalet de Elle a recoger las cosas y nos la encontramos. Tuvo unas frases preciosas con nosotros y nos deseó mucha suerte. A mí me abrazó con especial ternura, como si supiese por lo que yo estaba pasando y me regaló el pareo de Ganesha, el Dios hindú con cuerpo humano y cabeza de elefante, el encargado de ayudar a superar obstáculos. Ahora entendía por qué se había cruzado en mi vida; me puse el pareo alrededor como si fuese la capa de Superman, para intentar salvar el mayor obstáculo que tenía en mi vida en ese momento: separarme de Brian y que no se me rompiera el corazón.

Brian habló poco por el camino, también pude notar que él no tenía ninguna gana de volver a su dura realidad de París con un divorcio tan complicado de por medio. Los dos fuimos en silencio escuchando la bella música que sonaba en la radio. Brian me dejó debajo de mi apartamento, para despedirse se bajó del coche y me acompañó hasta el portal. Allí se me quedó mirándome a los ojos fijamente, me abrazó durante un tiempo eterno, me besó repetidas veces y luego me dijo con voz temblorosa...

- Quiero que sepas que eres lo más maravilloso que me ha pasado en esta isla, que no te voy a olvidar jamás, que tienes mi teléfono y espero que algún día que me envíes un mensaje contándome cómo te va la vida. Gracias por haberme hecho sentir esta semana el hombre más afortunado del mundo. Gracias por haberme abierto tu corazón y haberme regalado lo mejor de ti. Espero que tú te hayas sentido tan especial conmigo, como yo me he sentido contigo -dijo mientras acariciaba mis manos y luego se fundía conmigo en un fuerte abrazo.

No pude contestarle y me eché a gimotear como una tonta. Me separé de él, le di un buen beso en los labios y entré hacia la casa. Me metí en el ascensor y me vi reflejada en el espejo, más guapa que nunca, con esa belleza que solo te da el amor de verdad, el amor que te llega al alma. Eso y no haber parado de tener sexo en toda la semana, no nos engañemos. En esos momentos dejaba atrás al que consideraba que era el amor de mi vida y volví a llorar desconsolada mientras llegaba al piso sexto, deseando llegar y lanzarme a los brazos de mis dos queridas amigas.

Capítulo 11

Pon un jeque en tu vida.

Las chicas estaban preparando la comida cuando yo llegué al apartamento, al verme la cara se vinieron hacia mí para abrazarme, en esos momentos me derrumbé a llorar como una niña chica. No sé de dónde salían tantas lágrimas.

- Escúchame, Paola, nos quedan 3 semanas en esta isla, no voy a permitir que te las pases llorando. Sé que ahora estás revuelta porque le has cogido mucho cariño a Brian, pero llora ahora todo lo que quieras que luego, cuando salgamos por esa puerta vamos a disfrutar de la isla al máximo. Cariño, quiero ver que disfrutas como nosotras de esta aventura que tanto tiempo llevábamos preparando y soñando -dijo Alessandra visiblemente emocionada.
- Está claro, y si no que te consuele el cubano que a mí me tiene hasta el mismísimo toto -soltó Letizia tan pancha y me hizo sonreír.

Luego pensé: lo que me faltaba a mí preocuparme por el cubano, con la que yo tenía encima por la partida de mi amor. De todas formas era evidente que ella bebía los vientos por Efrén, lo mejor que le podía pasar en el mundo era que abandonase sus tremendas resistencias y se quitase el calentamiento global que tenía en el cuerpo, que le causaba tanta tensión y amenazaba con derretir los polos.

Dejé mis ropas en la habitación, me puse el bañador y un trajecito encima, y fui a la cocina a comer con ellas aunque tenía el estómago totalmente cerrado.

Ellas intentaban bromear para animarme, yo no tenía ganas ni de mirarme al espejo, aunque no paraban de decirme que estaba guapísima. Tampoco paraba de mirar el móvil, por si recibía algún mensaje de él diciéndome que lo dejaba todo, que quería escaparse conmigo, pero esta vez para toda la vida, pero el silencio era su respuesta.

Un rato después sonaba el telefonillo y era Adriel que venía a por nosotras, a mí no me apetecía ni lo más mínimo el ir, pero cualquiera le decía a mis amigas que no iba, se iban a poner hechas unas fieras y tenían razón. Así que hice de tripas corazón y me fui intentando poner la mejor de mis caras.

Adriel me saludó muy efusivamente, le dio mucha alegría volverme a ver. Nos fuimos hacia Cotton Beach Club, uno de los clubs donde trabajaba de relaciones VIPS. El lugar estaba situado sobre el fastuoso acantilado de la playa de Cala Tarida en la costa suroeste de Ibiza. Adriel me vio de bajón e intentó animarme asegurándome que

ese era un sitio especial, ideal para ver uno de los espectaculares atardeceres de Ibiza y degustar la mejor de las comidas. ¡Cómo echaba de menos a Brian! Pero tenía que intentar disfrutar con mis amigos, no podía ser la aguafiestas del grupo.

El club se llamaba Cotton Beach Club porque toda la materia prima del local estaba confeccionada con algodón al 100%. Estaba claro por qué le habían puesto ese nombre. El diseño era una ensoñación, mira que había visto sitios increíbles con Brian, pero no habíamos llegado hasta aquí. Mi corazón se relajó en ese entorno tan agradable y gustoso de color blanco por todos lados, que hacía un maridaje perfecto con los tonos azules del mar y del cielo. Nada más entrar y echar un ojo a lo que tenían los demás clientes en sus mesas, tuve la certeza de que la comida sería excelente. Otro sitio top de Ibiza, la isla que parecía o tener fin, ni límites, para disfrutar con los cinco sentidos al máximo de rendimiento.

La oferta gastronómica del club era extensísima para adaptarse a todos los paladares. Pescado, carnes, pasta y –se me hizo la boca agua solo de verlos- ¡unos postres fantásticos! Estaba deseando sentarme y darle gusto al cuerpo, cuando uno come bien logra olvidarse de cualquier problema por grande que sea.

Al llegar a la barra estaba Efrén esperándonos con una sonrisa de oreja a oreja, yo diría que ese cubano se había enamorado de Letizia hasta las trancas, justo las negativas de mi amiga la habían hecho coger valor ante ese hombre acostumbrado a cazar siempre con facilidad en la noche.

Nada más ver la cara de Leti, el cubano saltó directo a la yugular de mi amiga. Se veía que le tenía ganas.

- Hola mi “amol”. ¿Cuánto me has echado de menos? -le preguntó a Letizia mientras me miraba y guiñaba el ojo, sabiendo que me hacía gracia esas cosas que le decía a mi amiga.

- Si te digo la verdad, he venido por no dejar tiradas a mis amigas, pero más que echarte de menos soñaba con perderte de vista -dijo Letizia cortante como el acero, ante las risas de todos nosotros.

- No será verdad, veo cómo me miras con ojos glaucos, deseando que este cuerpo de adonis caoba te posea y te haga morir de placer –dijo bromeando y seduciendo.

- ¡Qué dices! Vas apañado si piensas que tú me gustas lo más mínimo, desde luego que estarás acostumbrado a irte con cualquiera porque los negros tenéis mucho tirón con nosotras, las blanquitas.

- ¿Lo dices por el tamaño de nuestro pene? El tamaño no lo es todo, el movimiento es la clave del placer.
- Vaya, te veo muy puesto en las artes amatorias, Efrén. Se ve que andas un poco salido, pues que sepas que en este garaje no vas a meter el descapotable –dijo Leti entre divertida, ofendida y arrepentida.
- ¿No? Pues tendré que hablar con el responsable del garaje, porque yo tengo pagada una plaza y pienso hacer uso de ella en el momento adecuado.
- ¿Sí? Llama, llama al responsable a ver si te lo coge. Lo mismo te sale que esa línea de móvil no existe.
- ¡Ay, mi “consolte”! Si no hay línea de móvil mandaré un fax, y si no hay fax, mandaré señales de humo o tocaré el tam-tam, pero no dudes que mi mensaje llegará y yo llegaré donde quiero.
- No te canses, te repito que yo no soy una de esas mujeres que te enrollas por las noches y aquí te pillo aquí te mato, tengo más nivel que centrar mi vida en tirarme a un hombre con una mente tan asquerosa y simplista como la tuya –dijo Letizia muy cortante.
- No sabes cómo me pone tu aire macarra, porque en el fondo sé que me deseas locamente. La pena es que estas malgastando los días que podríamos estar disfrutando y luego, cuando por fin caigas en mis brazos, te arrepentirás de no haber vivido conmigo una gran aventura romántica. Es cierto que comenzamos con mal pie, pero luego te he demostrado ser un caballero. Sé que me tratas tan duramente por tus experiencias con otros hombres, es más que probable que te hayan hecho daño, que los hombres se hayan portado contigo como auténticos cabrones y hayan dejado heridas profundas en ese corazón tan bonito. Yo estoy pagando por esos hombres, pero lo acepto y aquí me tienes. Yo he sido claro contigo en todo momento y es cierto que soy muy bromista, pero ese es mi carácter y me he dado cuenta que te gusta que sea tan pícaro y descarado.

Por primera vez vi a Efrén con otros ojos, se había sincerado totalmente delante de mi amiga y había acertado de pleno. Lo malo no es que hubiese acertado con Leti, sino que también era el caso de Ale y el mío, solo que Ale era muy echada para delante y

apagaba el fuego con sus llamas. Siempre tapaba sus heridas con otros hombres, nunca se había dado un tiempo para curarse bien, pero no parecía importarle lo más mínimo, y era feliz... o eso nos decía. La respuesta de Letizia fue tan cortante que me hizo volver a la realidad.

- Sí que da por culo el cubano este. Mira, Efrén, si me vas a amargar el día, avísame antes que me cojo el coche y me doy la vuelta -dijo Letizia señalándolo con desprecio y mirándonos a nosotras buscando apoyos.

Nos entró a todos un ataque de risa y nos sentamos ya en la parte más cercana al mar a tomar unas cervezas.

Alessandra me hizo señas y me acerqué a su oído. Me dijo en voz muy bajita que si iba Leti, ella hacia otro trío tan gustosa. Yo no pude reprimir la carcajada y Adriel, Efrén y Leti se nos quedaron mirando con la mosca detrás de la oreja.

- ¿Ya comenzamos con secretitos? Pronto empezamos... -dijo Adriel, que quería enterarse de todo.

- No os preocupéis que esto que me ha contado Ale es un secreto a voces – dije yo con un descaro que me sorprendí a mí misma. Ale y yo estallamos a reír, lo cual les mosqueó más todavía.

- Oye, a ver si me contáis a mí también el chiste, que me quiero reír –dijo Leti que no se enteraba de nada.

- No te preocupes, Leti, que esto tampoco es que provoque mucha risa, pero nosotras es que somos de risa fácil, ¿verdad, Paola?

Y comencé a reír. Yo creo que aproveché para soltar toda la presión y la tristeza que llevaba dentro. Estaba haciendo Risoterapia a mi estilo... ¡Y funcionaba! Me iba sintiendo cada vez mejor. Al final logramos cambiar de tema porque Leti comenzaba a enfadarse. Y si le llegamos a contar de qué iba el tema, se hubiera tirado de los pelos.

Nos quedamos toda la tarde en ese lugar entre risas, alcohol y comida muy rica. Ale y Adriel se perdieron durante un buen rato en el que pude intuir que se habían dado el revolcón del siglo en algún lugar del Cotton Beach Club, volvía con los pelos de leona y la ropa ya no estaba tan bien colocada como antes, síntoma inequívoco de una buena ración de sexo.

Letizia la miró con cara de sorprendida, ella le soltó una risa fingida como diciendo que se lo había pasado pipa. Adriel y Leti llegaron justo para ver uno de los atardeces más impresionantes que yo recuerdo. Al momento se me escapó un pensamiento furtivo: Brian se lo está perdiendo. Luego volví al presente, a compartir con mis amigas y estos dos nuevos amigos, que resultaban ser más interesantes de lo que me parecieron en un principio. Eran educados, buena gente y solo querían disfrutar de la vida. Me abracé a ellos y me hice varios selfies con Adriel y Efrén. Los tres estábamos resplandecientes de felicidad.

Allí mismo cenamos, sobre las dos de la mañana nos llevaron al apartamento, quedando en volver a recogernos al día siguiente por la mañana.

Me acosté con mucho dolor en mi corazón de no poder quitarme a Brian de la cabeza, en esos momentos lo hubiese dejado todo para irme detrás de él, el móvil seguía sin sonar y no tenía ni la más mínima información acerca de él desde que se fue.

Esa noche me costó dormir bastante.

Por la mañana me despertó el ruido que estaba ocasionando Alessandra preparando el desayuno.

Aquello que había en la mesa era portentoso, pero nada tenía que ver con los manjares que me ponían en las casas y hoteles que compartí con Brian. Él tenía un concepto de la vida lleno de disfrute y felicidad. Y se notaba en cada detalle.

Letizia se sentó rajando todo el tiempo del cubano: que si era un pesado, que si otra vez lo iba a tener que aguantar, que si tal, que si cual, pero ella estaba babeando por él y no quería decirnoslo, pero no nos hacía falta porque lo sabíamos de sobra. Solo estábamos esperando el momento de que ella se soltase la melena. Le recordamos lo que pasó en la barbacoa hacia unos días, cuando ella acabó en sus brazos en la piscina. Ella se justificó diciendo que aquello fue todo culpa del alcohol y que fue una jugada sucia que la había hecho odiar más a Efrén. Si ya le parecía un hombre vulgar, la estrategia de emborracharla para aprovecharse de ella la había ofendido bastante.

Ese día lo pasamos entero en uno de los clubs de los bares tipo Beachouse de la zona marchosa de Playa d'en Bossa. Se llamaba El Chiringuito y estaba ubicado en un precioso entorno natural.

El local tenía un gran atractivo extra para las chicas, y para Adriel y Efrén, ya que estaba situado en una playa nudista, Es Cavallet. Un lugar estupendo para bañarse y relajarse mirando al mar y, en frente, las murallas de Dalt Vila, el conocido barrio histórico de Ibiza a la izquierda y la impresionante isla de Formentera a la derecha. No se podía pedir más a esas vistas y el local tenía todo lo necesario para pasar un día entero de playa. Comimos un arroz negro con alioli y pan negro, esos sabores

saciaban el más exigente de los paladares y me recordaban mi primera cita con Brian. Esa noche me supo a alioli, hierbas ibicencas y a mar, una combinación ganadora.

Alexandra y Adriel estaban muy compenetrados, por otro lado yo charlaba mucho con Efrén, y él se las arreglaba para charlar conmigo y buscar mucho a Letizia, ella siempre iba a saco contestándole bordemente. Y su relación de amor-odio iba in crescendo.

Yo aproveché para seguir leyendo la novela de “En la sombra de la sospecha”. Ya estaba llegando al final y eso me servía para abstraerme de los recuerdos de Brian y disfrutar de una aventura apasionante. Por un momento me hubiera cambiado gustosamente con la Inspectora Kendall. Ahora mismo prefería resolver un caso policíaco que estar esperando un mensaje de un amor imposible que se había marchado a una de las ciudades más románticas del mundo: Paris. Me tiré en esa hamaca frente al mar y esa brisa hacía las delicias, leía pero sin quitarme del todo de la cabeza a Brian, no lograba concentrarme.

Tras la cena volvieron a llevarnos al apartamento y quedamos al día siguiente en vernos en una fiesta privada que había en un yate de un jeque. Eso nos pareció a todas muy exótico.

Era una embarcación de gran exclusividad, nos dijeron que fuésemos al puerto de Ibiza y cogiésemos un wáter-taxi porque ellos tendrían que estar allí temprano para que no faltase ningún detalle y organizar los pormenores de la fiesta del jeque.

Llegué al apartamento, me duché y me acosté enseguida. No dejaba de mirar el móvil pero no llegaba ningún mensaje de él y yo no me sentía con fuerzas de enviarle nada, así que intenté relajarme y me dispuse a dormir. Pero no pude. Mis ojos se abrieron como platos y mi corazón latía fuertemente. Mi mente quería descansar pero mi cuerpo estaba muy activo. Noté que estaba muy excitada, me había acostumbrado al ritmo sexual que había marcado Brian y ahora echaba de menos esa marcha. Me levanté y fui al baño, me metí en la bañera vacía, cogí la manguera y apunté a mi vagina. Activé el agua templada y me di un masaje mientras me tocaba. Sentía un placer intenso. También apuntaba el chorro a mi culo, sobre todo era placentero cómo se metía el agua entre mis nalgas. Me imaginé que el que sujetaba la manguera de la ducha era Brian, con su sincera sonrisa. Le visualicé vestido como la primera vez que quedamos. Él movía la manguera de la ducha y yo me tocaba. Luego él se bajó la cremallera y sacó su enorme falo. Estaba sentado delante de mí en la cañera con todo el pene fuera mientras me enchufaba el agua. A la vez que yo acariciaba mis labios vaginales y mi clítoris, él se masturbaba. Mi mente reproducía la escena con tanta realidad que me perdí dentro de ella, mirándole a sus ojos, su boca, su pelo. Todo era real hasta que logré correrme y me quedé tumbada en la ducha con el agua corriendo

por mi cuerpo. Luego me sequé y me tumbé en la cama fresquita feliz y contenta. De alguna manera había estado con Brian, aunque solo fuese en mi mente.

Por la mañana Letizia nos despertó temprano para hacernos el desayuno y nos sorprendió con la gran sonrisa que lucía en el rostro. Leti parecía que estaba deseando desayunar rápido e ir hacia esa fiesta en el yate del jeque Al-Mohammad Kessarphari. En el fondo el cubano le daba la marcha que ella necesitaba, lo que pasaba era que no se dejaba querer, Letizia estaba muy dolida por lo que pasó con él el primer día, cosa que le recordaba, como bien analizó Efrén, a situaciones que había vivido ella con otras parejas. Era cierto que el cubano estaba pagando por los errores que Leti había cometido con otros hombres o por lo mal que estos le habían tratado ellos.

Llegamos a la fiesta, alucinadas por cómo estaba todo decorado y por el pedazo de barco donde estábamos. Ellos nos recibieron con un cóctel en las manos, el ambiente se notaba muy exclusivo, apenas llegaban a las cien personas. Este yate tenía una tripulación de cincuenta personas. Según afirmaban Adriel y Efrén era uno de los yates más grandes del mundo con 150 metros de largo y 20 metros de alto. Había costado más de 300 millones de dólares y era capaz de surcar los océanos a una velocidad impresionante.

Nos presentaron a todo el mundo y empezamos a charlar con un grupo de amigos de ellos, todos eran muy correctos y atentos. El yate olía a muchísimo dinero, nosotras estábamos allí por obra y gracia de Efrén y Adriel, porque si no, no tendríamos sitio entre esas personas. Me fijé en el móvil de uno de los empresarios que nos presentaron, Ernesto, y vi que llevaba un Smartphone que no había visto en mi vida. Él se dio cuenta y me lo dejó coger mientras me contaba qué era aquel artilugio. Se le veía ilusionado con la atención que provocaba su juguete nuevo... ¡Y no era para menos! El teléfono en cuestión se llamaba Ulysse Nardin Chairman Diamond Edition y costaba más 115. 000 euros. El diseño contenía oro de 18 quilates y más de 2. 000 diamantes cortados a mano. ¡Como para dejárselo olvidado en una mesa! Tenía unos íconos rarísimos en la pantalla y Ernesto accedió a usarlo para que pudiera disfrutarlo. ¡Se trataba de un lector de huellas! Así no hacía falta recordar el número pin. Existían menos de dos mil copias y él tenía una de ellas. Ernesto quería más al móvil que a su esposa o eso me parecía a mí.

Alessandra bromeó en mi oído y me sacó de allí, diciendo que ojalá se formase ahí una buena orgía, yo la miré poniendo los ojos en blanco por el disparate que me había acabado de decir. No quería volver a bromear con el tema de las orgías, ya tuve mi disgusto con Brian por ese tema y no me hacía falta más. Yo era muy sexual, pero nada de tríos, orgías o temas sadomasoquistas. Dos cuerpos fundidos con amor dan

suficiente placer y diversión como para añadirle cosas raras.

Adriel se notaba que bebía los vientos por Alessandra porque a la fiesta del yate habían venido mujeres muy bellas y él no les prestaba atención. Y mi amiga también lo hacía por él, sus miradas me recordaban a las mías con Brian. Yo intentaba disimular de aquella pena que me estaba embargando en mi corazón disfrutando con las bebidas exóticas, los canapés de lujo, la música y el ambientazo. Pero no podía reprimir pensar que muchos de los multimillonarios que estaban en esa fiesta del jeque, serían clientes de Brian. ¡Qué pesada estaba conmigo misma!

La fiesta era muy tranquila, la música acompañaba mucho y era preciosa, tipo chill out ibicenco, y la ponía un DJ que todos decían que era muy conocido, pero que a mí me sonaba poco. Al que no veía por ningún lado era al jeque. Llegó a las doce y media de la noche en helicóptero, en plan esplendor total. Aterrizó en el helipuerto del yate y bajó rodeado de seis de sus esposas. Todo el mundo le saludó con reverencias, ese hombre emanaba poder y dinero en cada movimiento. Soltaba billetes de 500 euros como propina, como el que se come unas pipas. Ale, Leti y yo nos quiñamos el ojo y comentamos de broma que no nos importaría ser una de sus concubinas, tendríamos la vida asegurada. Estábamos con ese cachondeo encima cuando alguien me tocó en el hombro. Me giré y vi a alguien conocido, pero no ubicaba quién era.

- ¿No te acuerdas de mí?
- ¿Rodrigo?
- Exacto. Buena chica.

A su lado estaba Jennifer, aquella colombiana que tenía más peligro que una caja de bombas. Y Rodrigo tampoco se quedaba atrás. No me fiaba de un hombre que engañaba a su mujer tan ostentosamente. Ale y Leti se retiraron a una distancia prudente para dejarme hablar con él, pero las veía atentas por si tenían que venir a salvarme.

- Esta fiesta es de alto nivel. ¿Conoces al jeque?
- Te podría vacilar y decirte que sí, pero no, nos hemos colado gracias a dos amigos que son relaciones VIPS de la fiesta.
- No te preocupes. Nadie conoce al jeque personalmente. Es un hombre difícil de ver y de tratar. Por eso estamos todos aquí, para ver si se abre una oportunidad de negocio.

- Vaya. Pues que haya suerte –me giré para marcharme, pero una pregunta suya me paró en seco.
- ¿Y Brian? ¿No está contigo?
- Se ha ido a Paris a trabajar y a ver si resuelve lo del divorcio –al momento me llevé la mano a la boca, porque sabía que él no quería que se hablasen esos temas delante de sus amigos.
- ¿Qué divorcio?
- No tenía que haber dicho nada, mejor me callo.
- Hombre, sobre esos temas puedes hablar tranquila porque Brian ha contratado los servicios de mi bufete hace quince días. Así que si tiene un divorcio en marcha, yo debería saberlo.
- ¿Y no sabes nada?
- No. Brian no ha movido ningún papel de divorcio. Te lo puedo asegurar.
- Entonces me habré confundido, yo de esos temas no entiendo mucho –dije mientras se me ponía la piel pálida de la mala sensación que me daba haberme enterado de eso así de golpe.
- Diviértete, Paola, y ten cuidado con los hombres. Muchas veces decimos una cosa, pensamos otra y hacemos otra –y se marchó a agarrarse a la cadera de Jennifer, que ya estaba tonteando con un ricachón de muy buen ver.

La información que me acababa de dar Rodrigo me había dejado KO. ¿Brian me había mentido? ¿O llevaba todo tan en secreto que aún no habían hablado con los abogados? ¿Y lo de los tres millones que le pedía su mujer también era mentira?

Mientras estaba yo dándole vueltas a todo esto, uno de los ayudantes del jeque, que llevaba pinganillo tipo seguridad del FBI o algo así, se acercó mucho a mí.

- Al jeque le encanta que haya venido a su fiesta de cumpleaños y me ha preguntado si ha traído algún regalo para él -dijo el ayudante con tono seco.

Ale y Leti volvieron a mi lado de golpe al escuchar eso. La tres nos quedamos mirando con un corte encima que no veas. ¿Regalo? ¿Qué regalo? Los forasteros no nos habían contado nada. Les miramos con cara de asombro y ellos nos devolvieron la mirada sin saber de qué estaba hablando ese hombre tan serio.

- Aunque no traiga ningún regalo, al jeque le encantaría compartir unas palabras con usted –dijo mirándome fijamente.
- ¿Con ella? ¡Uy, no se lo recomiendo! Es una mujer muy aburrida, el jeque se lo va a pasar fatal. ¿Por qué no voy yo que soy la alegría de la huerta? -dijo Leti, muy osada.
- Eso, eso. Paola no tiene mucho que contar, lleva una vida muy soporífera en la Toscana. Leti y yo podemos ir a hablar con el jeque, incluso contarle chistes y todo –terminó de rematar Ale, que era una cachonda total.
- Lo siento, el jeque quiere hablar con la señorita y es mejor no hacerle esperar. No está acostumbrado y puede enfadarse -dijo el ayudante con un tono amenazante que nos dejó heladas.
- De acuerdo. ¿Quién somos nosotras para llevar la contraria a un jeque? Chicas, me voy a charlar con él. Esperadme aquí que enseguida vuelvo –dije y me fui detrás del ayudante del jeque hacia el interior del yate con dos ovarios.

Llegué hasta un amplio salón y me encontré al jeque vestido con la típica ropa que siempre había visto en las películas. Estaba resolviendo un asunto con un hombre mayor trajeado. Cuando terminó de hablar con este hombre, entré yo y me indicó que me sentase a su lado. Me ofreció un vaso de Smirnoff Gold Applehelado, un espirituoso que combina el vodka Premium Smirnoff N°21 con el suave sabor de la manzana y pepitas de oro comestibles de 23 quilates. ¡Vaya comienzo de velada! Estaba nerviosa. ¿Qué quería de mí ese jeque tan poderoso?

Levanté mi vaso y vi cómo las deslumbrantes pepitas de sol flotaban suspendidas en el líquido. ¡Cada gota contenía verdadero oro! Me lo bebí y me sentí especial.

- Gracias por aceptar mi invitación –dijo el jeque Al-Mohammad Kessarphari con un acento exótico que enamoraba solo con escucharlo.
- Ha sido un placer. Lamento no haberle traído ningún regalo. No sabía que fuese su cumpleaños.

- Tranquila, no es mi cumpleaños. Mi ayudante solo estaba gastándoles una broma, por orden mía, claro.

- ¿Sí? Pues hemos caído las tres.

- ¡Ja, ja, ja! Por eso lo hice. Me encanta gastar esas bromas. La gente me toma por un hombre serio y recto, que lo soy, pero a la vez me gusta la risa y la alegría.

- ¿Y por qué me ha hecho venir?

- Sin duda usted es una de las mujeres más atractivas que ha subido a mi barco. Pero quiero decirle que, además de su físico, lo que me atrae de usted es otra cosa. Yo soy un amante de la cocina europea y si no me equivoco usted es Paola Rossellini, la dueña del “Bello Caruso”, el onceavo mejor restaurante del mundo.

Me quedé de piedra. ¡Resulta que el jeque me había reconocido! Y encima me estaba tirando los tejos. No podía ni hablar de todas las emociones que sentía por el cuerpo. Miré mi copa llena de pepitas de oro flotantes y volví a beber ese vodka tan rico. ¡Qué estupendo era beber oro!

- Sí, soy yo, pero me asombra que me conozca. No pensaba yo que era tan importante.

- Para mí la gente importante es la que lucha por sus sueños y los consigue. Yo no admiro a la gente que ha tenido las cosas fáciles. Puede parecer lo contrario, por mi vida y mi aspecto, pero no se engañe. Yo heredé una suma de dinero que solo es concebible en los sueños de las personas más multimillonarias del mundo, pero luego lo he mantenido y hecho crecer con mi esfuerzo. Cada día que pasa valoró lo que tengo y lucho por ello con honor y tesón. Por eso la admiro tanto.

- Me deja sin palabras.

- Solo quiero que pase una noche conmigo. Una cena en mi jet privado. Cruzaremos el océano mientras usted me prepara sus mejores platos. Yo, por supuesto, le pagaré lo que me pida. ¿25. 000 euros? ¿50. 000? ¿Qué le parece

la propuesta?

Mi cabeza daba vueltas con un mareo tremendo. ¿Me iba con el jeque? Yo no era tonta y sabía que esa propuesta incluía mucho más que solo una cena, solo había que ver cómo me miraba el escote. Lo cierto es que el jeque era muy atractivo y me atraía lo desconocido. Además, yo podía manejar esa situación y ganar una suma considerable de dinero. Nunca había cocinado a esas alturas para un cliente de ese tipo y encima me llegaba la propuesta cuando había descubierto que Brian no estaba moviendo los papeles de divorcio, información que me había descolocado por completo. ¡Vaya nohecita! Estaba a punto de decir que sí, cuando recibí un mensaje en el móvil... ¡No podía creérmelo, era de Brian!

- **Espero que estés pasando unas gratas vacaciones en mi ausencia, me acuerdo cada día de ti.**

No podía creerme lo que estaba leyendo, rápidamente me dispuse a contestarle, mientras el jeque me miraba sin dar crédito. No debía estar acostumbrado a que la gente no le prestase atención y encima manejase el móvil delante de él sin tapujos.

- Perdona, es un mensaje de un familiar que tengo que responder con urgencia –dije inventándomelo sobre la marcha. Y escribí la respuesta a toda velocidad.

- **Te estoy echando mucho de menos, me es muy difícil disfrutar sin ti, que sepas que en esta isla has dejado un corazón roto.**

Después de darle a enviar me arrepentí por lo que le había escrito pero rápidamente obtuve una respuesta de él... ¡Y todo con el jeque observando! ¡Qué situación tan surrealista!

- **Deja que la vida fluya, recuerda que está llena de sorpresas.**

La única sorpresa que me podría darme sería estar a su lado y preguntarle por los papeles del divorcio, pero eso iba a ser imposible. Además, él iba a estar trabajando por ahí fuera y, cuando volviese, ya casi sería cuando yo me volvía a Italia. ¿Me habría engañado con lo del divorcio? ¿Sería posible Brian de mentirme en algo tan importante? ¿Y si eso era mentira, el resto también? La impotencia me hizo romper a llorar. Lo cual impresionó mucho al jeque.

- ¿Se encuentra usted bien? Si necesita algo, lo que sea, solo tiene que pedirlo. Conozco a los mejores médicos del mundo.

- No se preocupe. Esto no tiene una solución tan sencilla y debo encargarme yo misma de resolverlo. Es alguien de mi familia que tiene muy débil el

corazón –dije mintiendo, a la vez que decía la verdad, muy agitada.

- Pruebe y dígame lo que necesita. Confié en mí –dijo el jeque cogiéndome de la mano y mirándome a los ojos.

- Lo siento. Me pilla en un momento de mi vida muy complicado. En otro instante me hubiese marchado con usted sin pensarlo. Hoy por hoy me es imposible.

- Lo entiendo. Deme, por lo menos, su número de teléfono y si cambia algo en su vida podremos hacer ese viaje soñado. Para mí sería un regalo muy valioso compartir las nubes con usted.

Sin pensarlo se lo di. Estaba llena de emociones tan precipitadas que no sabía muy bien qué hacía. Por un lado echaba de menos a Brian con todo mi corazón y por otro me entraban ganas de irme con el jeque a surcar el cielo. ¡Qué locura era Ibiza! Ahora entendía todo lo que me dijeron mis amigos de la Toscana antes de llegar a la isla. ¡Y se habían quedado cortos! Me despedí del jeque con dos besos mientras él me taladraba con esos ojos verdes que cortaban la respiración. ¡Le acababa de dar calabazas a uno de los hombres más poderosos del mundo! Cuando se enterasen mis amigos, me iban a echar una bronca que no veas, lo mejor sería no contárselo nunca porque no se lo iban a creer.

En cuánto estuve a solas respondí a Brian.

- **No creo que la vida pueda fluir de la forma que yo necesito, Brian, pero que sepas que me ha dado mucha alegría recibir un mensaje por tu parte.**

Vi cómo escribía rápidamente.

- **Me alegro que así sea, saborea a fondo tus merecidas vacaciones. Un abrazo muy fuerte y no te olvides de mí, porque yo no me olvido de ti.**

¡Jo, qué rápido se despedía! En ese momento sentí un dolor más fuerte aún, no quise ni responderle por no despedirme. Me dieron ganas de volver con el jeque y abrazarlo fuerte. Pedirle que me llevase lejos, que no me dejase volver a Ibiza. Luego se me pasó y pude reunirme con mis amigas. Nada había cambiado, Adriel y Ale estaban ya enrollados, y Efrén y Leti seguían tirándose los trastos a la cabeza.

A las cuatro y pico de la mañana volvimos a casa.

La semana pasó muy ásperamente, cada vez estaba peor y muy afectada por su ida y

por la información que me dio Rodrigo. Las tres compartimos el tiempo con los forasteros, a mí ya me ponía muy nerviosa lo de Efrén y Leti, necesitaban echar un polvo y quitarse esa tensión o iban a explotar. Me estaban amargando la vida con tanto tira y afloja por parte de los dos.

El domingo decidí quedarme sola en casa, le pedí por favor a mis amigas que necesitaba descansar y pasar el día sola y que, por favor, se fueran tranquilas, y ellas lo aceptaron.

Ese día lo aproveché para pasear sola por Santa Eulalia y comprarme algunos caprichos en las tiendas de ropa que siempre había abiertas en las calles. Me sentí mucho mejor así, necesitaba encontrarme a mí misma, aunque no podía olvidar en ningún momento a Brian, anhelaba con todas mis fuerzas recibir algún mensaje de nuevo de él. Pero, claro, yo quería recibir uno concreto: “Te quiero, escapémonos juntos. No me importa nada el divorcio de mi mujer. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado”. Y eso era imposible.

Por la noche, al llegar, tenía un bajón enorme por lo del divorcio, pero aún así saqué fuerzas para escribirle un mensaje.

- **Buenas noches. Te echo mucho de menos.**

Me quedé dormida sin recibir respuesta.

Capítulo 12

Rumbo al paraíso.

Desperté en el lunes de la que sería nuestra tercera semana en la isla. La verdad es que no tenía ganas absolutamente de nada, solo de volver a Italia y coger el ritmo de vida que llevaba antes. Necesitaba tener la mente ocupada con responsabilidades para poder así llevar mejor la carencia de Brian y el misterio de los papeles del divorcio.

Desayuné con las niñas y luego nos fuimos a la playa, allí mismo, en Santa Eulalia, y sobre la hora de la comida vinieron Efrén y Adriel a por nosotras para llevarnos a otro club a comer. Esos chicos tenían un montón de relaciones en toda la isla, no era el nivel de Brian, pero estaba muy bien. Lo suyo eran las relaciones VIP, como la fiesta del jeque. ¡Aún no les había contado nada a mis amigas del asunto del jeque! ¡Ni pensaba hacerlo!

Fui por no volver a dejar tiradas a mis amigas como el día anterior, ese viaje a Ibiza lo habíamos emprendido y preparado juntas y no era justo que yo estuviese llorando las penas encerrada y ellas sufriendo por ello. Y me alegré mucho, porque pasé un día de lujo. En esta ocasión nos llevaron al Tropicana Ibiza Beach Club en la pequeña y deliciosa playa de Cala Jondal. Ese club era un sofisticado edén de ostentación y recibía a los clientes más exigentes de Ibiza. Como todos los estupendos lugares que visitamos en Ibiza, el menú brillaba por su enorme calidad, sobre todo en su selección de cocina mediterránea y la preparación de succulentos cócteles.

En Tropicana Ibiza Beach Club disfrutamos de una completa experiencia playera con servicio particular de camareros y masajes, hasta tenían una boutique de playa llena de prendas del característico estilo Ibiza que me hicieron olvidarme de Brian por un rato.

Ese día vi a Letizia especialmente permisiva con el cubano. Se dejaba llevar y ya no le soltaba esos cortes que, muchas veces, rozaban el insulto. Evidentemente su cuerpo no aguantaba más esa tensión sexual que se palpaba a kilómetros que había entre los dos y, según mi teoría, Leti había soltado todo el veneno que llevaba acumulado contra los hombres y había logrado instalarse en la paz y el relax, sensación que el cubano había aprovechado para avanzar sin piedad en su conquista.

Por la tarde-noche los dos se fueron a dar un paseo por la playa y tardaron más de dos horas en volver. Por la cara de mi amiga, y como llevaba el pelo, se podía apreciar que se habían dado un capricho al cuerpo. A ver si luego nos sacaba de dudas y nos lo contaba, pero no quiso soltar prenda. Era muy orgullosa para admitir que se había

equivocado con el muchacho.

La semana la pasamos entre playa, clubes y restaurantes top. Las discotecas no las pisamos porque teníamos una energía muy diferente y huíamos de tanto ruido. De vez en cuando desaparecían de dos en dos un rato y evidentemente yo sabía a lo que iban, me parecía justo que estuviesen aprovechando de esa forma nuestra estancia en la isla, yo también me permití irme una semana con mi buen doctor a pasar los días más fascinantes de mi vida.

El jueves por la noche les pedí a mis amigas que quería pasar el fin de semana sola, seguía sin noticias de Brian y lo estaba pasando realmente mal. El buen doctor no había contestado a mi último mensaje y me apetecía deambular sola e ir de compras, ellas lo aceptaron y lo entendieron sin ningún tipo de quejas.

Decidieron irse a pasar el fin de semana a Formentera con los forasteros, desde el jueves por la noche hasta el domingo que quedamos en volvernos a ver. También Formentera me traía recuerdos de Brian. Les puse en contacto con Melissa y Eric para que les encontrasen un lugar especial y los cuatro me dieron las gracias emocionados, cuando llegaron no pararon de mandarme fotos de la pedazo de casa que les había conseguido y a un precio realmente bajo.

Esa noche me acosté temprano decidida a pasar un fin de semana de compras por la isla. Antes de cerrar los ojos escuché cómo sonada el sonido de alerta del WhatsApp. Mi corazón dio un vuelco repentino. Miré rápido el mensaje y vi, con extrañeza, que el mensaje provenía de un número muy largo, del extranjero. No tenía ni idea de quién podía ser.

- **Hola, señorita Rossellini, ¿cómo se encuentra? ¿Ya se resolvió su asunto familiar?**

No reconocía bien la foto de perfil del WhatsApp de mi misterioso interlocutor y le di a “ver contacto”, y pude distinguirla mejor... ¡Era el jeque! Le respondí al instante.

- **Gracias por su atención, pero aún no se ha resuelto nada. Seguimos igual que cuando tuve que dejarle. Le pido disculpas por irme tan rápido.**

El jeque respondió resuelto. Se veía que le ponían las mujeres que le decían que no a la primera.

- **No tiene que disculparse. La familia es lo primero. Mi preocupación y mi ofrecimiento son sinceros. Si necesita cualquier recurso solo tiene que pedirlo y lo tendrá disponible lo antes posible.**

¡Qué hombre! ¡Cómo podía darle calabazas a un señor que me lo ofrecía todo? Solo tenía una explicación: estaba completamente enchochada con Brian. ¡Qué pena haber

conocido al jeque después! La vida tiene estos juegos. Le respondí lo más amablemente que pude.

- **Le agradezco profundamente su preocupación. En cuanto todo esté mejor, espero poder comunicárselo. Le deseo buenas noches.**
- **Gracias. Hablando de otros asuntos, mi oferta de vuelo juntos sigue en pie. Tengo varios jets privados en diferentes aeropuertos. Solo tiene que avisarme y me desplazaré a recogerla en Ibiza, la Toscana o donde prefiera.**
- **Lo tomo en toda la consideración que merece tal ofrecimiento, pero en estos momentos me es complicado acompañarle. Espero que lo entienda.**
- **Valoro su talento como chef mucho más de lo que imagina. ¿Qué le parecen 120. 000 euros por prepararme una cena exclusiva? Viajaremos solo usted, yo, y la tripulación en un vuelo al destino que usted elija. Sea donde sea.**

¡Madre mía! El ofrecimiento que había soñado desde una niña lo tenía ahí delante, en el WhatsApp, y lo más loco era que iba a acabar diciendo que no a semejante oferta. Me quedé unos segundos mirando al móvil sin saber qué hacer. Eran evidentes las intenciones del jeque, pero yo era una mujer libre, Brian se había marchado pudiendo haberse quedado o pudiendo haberme hecho una propuesta más firme. Y con 120. 000 euros yo podría hacer una serie de arreglos en el restaurante que hacía tiempo que quería hacer y no me había atrevido a meterme con ellos porque era mucho gasto. Incluso me sobraría dinero para hacer algún viaje deseado por el mundo. ¡Qué tentación más grande! Le respondí sin decirle ni que sí, ni que no.

- **Es una oferta muy tentadora, se lo reconozco.**
- **Acepte. Dígame fecha, hora, aeropuerto y lugar de destino. ¿Bora Bora? ¿Nueva Zelanda? ¿Bangkok? Pongo el mundo a sus pies.**

El jeque estaba apostando con todo lo que poseía, que era mucho, y a mí se me acababan las excusas. Me estaba poniendo muy nerviosa. Mi corazón deseaba recibir un mensaje de Brian y mi mente me pedía por favor que aceptase la oferta del jeque, que eso solo pasaba una vez en la vida. Al final, como me temía, el corazón venció a la mente.

- **Le agradezco en el alma que me tenga en tal alta estima, pero en estos momentos, por razones personales, me es imposible decirle que sí.**

Ya no me respondió. No creía que el jeque me volviese a escribir nunca más... ¡Le había dado calabazas dos veces! ¡Qué bárbaro! ¡Ale y Leti me iban a matar! Con ese pensamiento divertido, y una mezcla de emociones indescriptibles, caí rendida en la cama.

Me desperté temprano, me preparé un buen café con una tostada integral de centeno llena de miel y canela, mire el móvil distraída y casi se me para el corazón... ¡Tenía un mensaje de Brian!

- **Buenos días, espero que estés pasando unas magníficas vacaciones. Cuéntame... ¿Qué tal se te presenta este precioso viernes?**

Me dieron ganas de contestarle que estaba deseando que se acabasen, que por su culpa no tenía la cabeza centrada ni podía disfrutar de estas merecidas vacaciones, después de haberlas deseado tanto, pero eso era injusto y muy infantil. Yo sabía en todo momento lo que hacía con Brian, sabía a lo que me arriesgaba y ahora solo estaba pagando el pato por jugar con fuego. Luego me imaginé escribiéndole para contarle lo del jeque: “Me voy con un jeque a recorrer el mundo, perdiste tu oportunidad, idiota”. Pero esa era, una vez más, mi parte inmadura y adolescente aflorando.

Di un suave trago al café, saboreándolo intensamente, mojé la tostada, le di un mordisco profundo sintiendo el sonido crujiente del pan y el dulce sabor de la miel, y me dispuse a contestarle lo más calmada posible, sin que se notase mi desesperación por verle y mi intención de preguntarle por lo que me había contado Rodrigo.

- **Hola, Brian, he pasado unos días con mis amigas y sus chicos entre las playas y los mejores restaurantes, disfrutando de esta isla tan preciosa. Les he pedido una tregua para este fin de semana porque no quería estar de sujeta velas, ahora que Efrén, el cubano, tiene a Leti a tiro. Así que me lo he tomado para mí. . . ¿Tú qué tal estás?**

No podía evitar impregnar mi mensaje de un tono triste. Notaba cómo las palabras me salían pesadas y sin brillo. Recordaba cuando nos mandábamos mensajes con alto contenido sexual, como si hubiese pasado hacía un siglo... ¡Y de eso solo hacía unos días! Cómo cambiaba la vida de rápido. Vi como enseguida empezaba a contestar.

- **Yo sentado en la puerta donde vive la mujer más bonita del mundo, esperando a que me abra y me reciba con el mayor de los abrazos.**

Tuve que releer mil veces el mensaje... ¿En la mismísima puerta y esperando a que le abran? ¡No podía ser que estuviese ahí, en mi puerta, eso era imposible! Me dio un ataque de nervios y se me cayó el móvil al suelo. Lo recogí, volví a leer el mensaje y le mandé uno de vuelta.

- **¡¿Qué dices?! No bromees con esto que me da un ataque al corazón.**

Al momento sonó el timbre. Mi corazón se aceleró tanto que parecía que se me iba a salir por la boca, con toda la felicidad del mundo me fui hacia la puerta y la abrí... por poco me da un ataque de ansiedad de las sacudidas que me entraron al descubrir qué había detrás de ella.

Ahí estaba Brian, de pie, sujetando un enorme ramo de flores hermosísimas y una caja con un corazón de pétalos de rosa en la tapa. La abrió al verme y dentro estaba llena de bombones, y encima un cartel que decía: **¿Quieres pasar el resto de tus vacaciones con este pobre hombre al que dejaste totalmente enamorado?**

Las lágrimas empezaron a inundar mis mejillas, me acerqué a él para darle un fuerte abrazo y terminamos tirados en el suelo sin querernos soltar. Luego nos levantamos, nos limpiamos la ropa con unas leves palmadas de la mano y entramos. Puse las flores en agua y hablamos mientras nos comíamos los bombones.

- Brian, por favor, pero... pero... ¿qué haces aquí?

- Vine a hacerte una propuesta, si no la aceptas me iré por donde he venido. Si de lo contrario dices que sí, te prometo que pasaremos los diez días más bonitos de nuestras vidas.

- ¡Acepto! –dije apresuradamente mientras lo adentraba en la cocina para prepararle un café.

- Todavía no te he dicho de qué se trata -dijo dándole misterio a la cosa.

- Me da igual, pide por esa boquita que será deseo concedido.

- Perfecto, llama a tus amigas y despídete de ellas, porque ya las volverás a ver en la Toscana. Salimos de esta isla mágica y el domingo que viene te pondré en un avión que te lleve hacia Italia.

- ¿Adónde vamos?

- ¿No has dicho que te da igual de qué se trata? –dijo jugando conmigo al

gato y al ratón.

- Ya, pero por lo menos podías dar algún titular.
- Mis labios están sellados. Si no, no sería una sorpresa.
- O sea que no te voy a sacar nada me ponga como me ponga.
- Exacto. Prepara las maletas y no preguntes más. Nos vamos después de comer desde el aeropuerto. Dame tu pasaporte que mientras me tomo el café preparo todo para el vuelo. Tú ve haciendo las maletas y despidiéndote de tus amigas.
- Qué intriga... Me tienes con una curiosidad que no puedo más. ¿No me puedes dar ninguna pista? - dije dándole un gran abrazo y un beso mientras le ponía la taza de café sobre la mesa.
- La pista tiene cuatro letras: A... M... O... R. ¿Qué te parece?
- Que te como a besos –y me tiré sobre él y lo llené de caricias.

Le llevé a la cocina el pasaporte y me fui a la habitación a hablar con mis amigas y despedirme de ellas, cosa que las puso muy contentas. Las dos me transmitieron que debía disfrutar todo lo posible de los días que me quedaban por delante. Indudablemente ellas harían lo mismo, ya que estaban pasando unos placenteros días junto a sus conquistas. Todo encajaba como un puzle perfecto.

Tras hacer la maleta, ducharme y vestirme, cómoda pero arreglada, me fui a la cocina, maleta en mano y con una cara de felicidad sensacional. Brian estaba terminando las gestiones del vuelo, pero se cuidaba de que yo me enterase de nada. No me podía creer que hubiese venido a por mí, estaba dispuesta a pasar los días más especiales de mi vida junto a él y a olvidarme de penas, malos rollos y paranoias raras. Incluso hasta de lo que me contó Rodrigo. Entonces Brian se giró hacia mí y se me quedó mirando como solo él sabía hacerlo.

- Te sienta genial esa faldita vaquera con esa blusa tan ibicenca -dijo mientras me llevaba para él y me rodeaba con sus brazos.
- Me has alegrado los días que me quedan de vacaciones. Ya me veía yo

llorando por los rincones de esta isla –dije mientras le apretaba el culo fuerte y notaba lo duras que estaban sus nalgas.

- Tú también me has animado la semana que me queda libre. Vámonos que el avión sale en tres horas. Ya comemos algo por el aeropuerto.

- Estoy a tu entera disposición. Cuidado con lo que haces conmigo.

- Siempre lo mejor de lo mejor –dijo mientras introducía la mano por mi falda y me acariciaba el trasero. Yo solté un gemido de placer. Mi cuerpo le echaba de menos tanto o más que mi corazón y estaba deseando hacer el amor con él.

¡No teníamos tiempo!. . . pero no pude reprimir mi instinto y me bajé de golpe la falda y las bragas. Puse mi culo en pompa insinuante cerca de su pene y comencé a frotarme como si estuviese perreando. Si me viese mi madre me mataba. Había pasado de la tristeza a la sexualidad total en unos segundos. Este hombre me había revolucionado entera.

- ¿Por qué me haces esto? ¿No ves que nos tenemos que ir, cariño, que no llegamos?

- Llegaremos –dije mirándole con la cabeza dada la vuelta, mirándole y viendo mi vagina y mi culo desnudos.

Brian comprendió que yo no me iba a vestir, así que era sexo o nada. Se agachó y comenzó a mordermme el trasero suavemente mientras rozaba con sus dedos mis labios vaginales. Comenzó a masajearme la vagina sin introducir sus dedos, con mucho mimo. Vísteme despacio que tengo prisa. Mi sexo se puso húmedo muy rápido y él ya no pudo resistir la tentación de introducir dos de sus dedos. Los iba metiendo y sacando mientras yo me volvía loca. Por un momento me vino a la mente la noche en que me masturbé pensando en él. Ahora era realidad.

Me siguió acariciando y me metió el dedo de otra mano por el ano. Yo no estaba acostumbrada a esa impresión doble y me estremecí, eléctrica, pero le dejé maniobrar a la vista de que sus movimientos eran expertos. Iba poco a poco masajeadando, acariciando, mordisqueando, metiendo y sacando, sus manos realizaban una danza que iba provocándome cada vez más y más, y más placer. Cuando me tenía medio ida, comenzó a frotarme el clítoris con los dedos a toda velocidad, mientras ya había logrado introducirme dos dedos en mi ano. El ritmo era perfecto, yo seguía con mi voluptuoso culo en pompa y la cabeza hacia abajo. Me agarré a una mesa porque

comenzaba a marearme según notaba llegar el orgasmo.

Brian se volvió loco con las caricias y los frotamientos. Dejo atrás toda estrategia y permitió que su lujuria le poseyese. Al final logró llevarme al orgasmo y me ocurrió algo que no me había pasado nunca, me corrí por detrás. De mi ano salió un líquido ardiente y placentero, como una eyaculación femenina intensa. Él, para rematar, se metió todo mi sexo en la boca para aprovechar mi corriente de placer y provocarme otras dos convulsiones, esta vez en la vagina, que me dejaron vibrante; me dejé caer al suelo mientras mis piernas se movían solas de las descargas de placer. Cuando me pude controlar acaricié con uno de mis pies su pene. Noté como se le había puesto duro como el pedernal. Él se bajó los pantalones de golpe y se me quedó mirando.

- ¿Por qué haces esto? ¿No ves que nos tenemos que ir, cariño, que no llegamos?

- Llegaremos –dijo él, cachondo perdido.

Se quedó de pie y yo comencé a masturbarle con mis pies. Nunca lo había hecho, pero noté que esa forma de hacerlo tan exótica lo volvía loco y se me daba bien. Notaba toda su energía concentrada en su falo. Lo masturbé sin parar y él se había excitado tanto conmigo que le hice eyacular enseguida, manchando toda la mesa y mi blusa ibicenca. Luego él también se desplomó en el suelo a mi lado. Nos quedamos en el suelo abrazados, sudando. En un momento de lucidez, Brian miró su móvil y vio que Robert le estaba llamando. Lo cogió, se giró hacia mí y afirmó rápidamente.

- O nos vamos ahora mismo o no llegamos –dijo y me dio un profundo y tórrido ósculo.

Salí del portal despidiéndome de cada rincón de ese bloque de apartamentos. Me iba tan feliz que me daba igual que me llevase debajo de un puente a pasar ese resto de días que me quedaban libres. Fuimos todo el camino haciéndonos carantoñas. Abajo estaba Robert, su chófer, hacía un montón de tiempo que no lo veía. Al verme sonrió ampliamente y me saludó, como siempre, en silencio y con un movimiento de cabeza, yo le respondí igual, solo que, además, le hice un guiño de ojo totalmente cómplice.

Robert iba conduciendo y nosotros dos detrás, Brian con una cara de felicidad que era para verle, y lo que más me gustaba era que el motivo, evidentemente, era yo.

Al llegar, Robert se despidió y nos fuimos directos a los mostradores de facturación y pude descubrir que nuestro destino era Barcelona. Lo miré sonriendo por esa decisión, me encantaba esa ciudad. De joven estuve haciendo varios masters de cocina allí y viví durante un año en tierra catalana. Pero cuando la chica nos atendió

vi que aquello solo era una escala, íbamos directos al corazón de las Maldivas, casi me da un mareo, estaba emocionada por el viaje que me iba a pegar... Brian no paraba de sonreír al ver mi cara de asombro y de felicidad. ¿Cuándo se acabaría este cuento de hadas? Rezaba para que durase para siempre.

Comimos algo de comida rápida en uno de los restaurantes del aeropuerto y luego nos metimos en el vuelo que nos llevaría directos a Barcelona. Durante el vuelo no pude conseguir sacarle ni una sola palabra a Brian del viaje que íbamos a realizar, él solo me decía que me dejase llevar. Siempre me decía lo mismo y yo quería controlar, saber más, pero no había manera. Así que me rendí y me dejé llevar... ¡A las Maldivas! ¡Qué prodigioso! Sin duda eran las mejores vacaciones de toda mi vida.

El billete de avión tenía como destino la capital: Malé. A nuestra disposición teníamos un país formado por unas mil doscientas islas, de las cuales unas doscientas estaban habitadas. Y todo en un entorno glorioso. Las islas Maldivas se encontraban en pleno Océano Índico, al sudoeste de Sri Lanka y a unos quinientos kilómetros aproximadamente, de La India, otro de los grandes destinos que yo siempre había querido visitar.

Llegamos al aeropuerto de Barcelona y rápidamente nos llevaron a la zona en el que saldría el vuelo que nos llevaría directo a las Maldivas, en menos de dos horas salimos disparados hacia el paraíso.

El vuelo era llevadero, el ir en primera clase nos proporcionaba una serie de comodidades que hacían que el trayecto fuese más cómodo. Brian estuvo contándome la semana de trabajo que había tenido en Paris y lo que había estado investigando acerca de este viaje. En un momento dado Brian habló sobre su mujer Monique y sobre los tres millones de euros que le reclamaba y vi mi oportunidad para intentar averiguar algo sobre el divorcio.

- Cariño, espero que tengas a los mejores abogados concentrados en eso y no pagues ni un euro.
- No te preocupes, justo hace poco decidí cambiar de bufete y las personas que lo están llevando son las mejores de Europa.
- Yo no entiendo de abogados, al único que he conocido fue a tu amigo Rodrigo cuando fuimos a Formentera –solté la carga de profundidad y Brian se me quedó mirando muy extrañado.
- ¿Rodrigo? ¡Ah, sí! Rodrigo... Yo no me fiaría en la vida de ese tipo.

Tiene buena fama como abogado, pero como persona deja mucho que desear. Jamás le confiaría nada mío.

Y ahí se cortó la conversación. ¿Me había mentido Rodrigo al decirme que Brian le había contratado como bufete? ¿Me mentía Brian ahora? Si tenía que poner la mano en el fuego, desde luego la pondría por Brian mil veces. Así que decidí para mis adentros que el que me había mentido era Rodrigo y me quedé relajada.

Más tarde, cuando todo el pasaje se quedó dormido, Brian me confesó que sintió miedo por si yo declinaba la oferta. Por un momento me imaginé a Brian viendo por un agujerito lo mal que yo lo había pasado echándole de menos, lo mismo se habría asustado y habría cortado por lo sano. Los hombres, cuando veían a una mujer enamorada, solían salir huyendo oliendo el compromiso, y más alguien que estaba en proceso de separación. Mi relación con Brian se movía por una línea sutil, si te movías de ella, sufrías. No podía preguntar mucho y debía confiar completamente, pero las dudas siempre surgían en mi interior y me provocaban pensamientos terribles que me laceraban el alma. Sufría sin necesidad, pero no podía evitarlo. Este era uno de los males que siempre castigaban al ser humano.

La comida de la línea aérea era deliciosa, los sillones parecían camas de matrimonio, podías estirarte perfectamente a dormir y encima las pantallas del televisor se movían y podías ponerte de la forma que quisieras que estarías cómoda. Estuvimos viendo “Dirty Dancing”, una de mis películas favoritas de todos los tiempos, siempre lloraba al verla, y un par de documentales sobre viajes.

No conseguía sacarle ni una sola palabra del alojamiento al que íbamos a ir, pero sabiendo que se trataba de las Maldivas y conociendo a Brian sabía que iba a poder vivir uno de los viajes que había soñado y visto en tantos documentales y revistas. Así que estaba hecha un manojo de nervios, deseando descubrir cuál sería el lugar que nos acogería durante nueve estupendos días.

Brian siguió el viaje sin contar nada acerca de lo que estaba sucediendo con su ex mujer, aunque no hubiesen firmado aún, para mí ella ya era su ex desde hace tiempo, justo desde el día en que decidieron romper su relación.

Yo me sentía feliz por el rumbo que estaban tomando las cosas. Mi corazón estaba henchido de esperanza y buen rollo. Recordé en varios momentos lo que él me dijo sobre que dejase a la vida fluir, que a veces nos traía cosas extraordinarias. En ese momento empecé a entender que cuando me dijo eso él ya estaría preparando todo esto y que quería sorprenderme. ¡Vaya si lo consiguió! Aunque me hubiese pedido quedarme diez días metida dentro de ese avión con él, también hubiese aceptado. Pero

si, encima, iba a poder disfrutar de unos días en las soberbias y soñadas islas Maldivas, estaba claro que iba a ser la bomba.

Entonces nos comunicaron que el avión había llegado a nuestro destino y que íbamos a aterrizar. Una emoción recorrió mi cuerpo y fue a más al mirar hacia abajo y ver esas aguas cristalinas. Entendí que por primera vez en mi vida iba a pisar un auténtico paraíso de playas, al que muy pocas personas tienen la suerte de llegar. Todo mi sufrimiento y mis dudas con Brian se esfumaron con la visión de ese lugar y decidí enterrar todo lo malo que había sentido con él y quedarme solo con lo bueno. Él no lo sabía, pero ese día comenzábamos una nueva relación mucho más fuerte e ilusionante.

Me dio un ataque de risa al recordar cómo le había dicho no al jeque y después la vida, o como queramos llamarlo, me trajo la proposición de Brian para viajar a las islas Maldivas. Algo debía de estar haciendo bien cuando en un espacio tan corto de tiempo me habían llegado dos ofrecimientos tan jugosos con los que cualquier mujer se hubiese vuelto loca. Yo seguí el dictado de mi corazón y estaba feliz y orgullosa de esa decisión. Aunque una pequeña parte de mí se acordaba de la piel dorada por el sol del jeque, sus ojos verdes, su voz aterciopelada y los 120. 000 euros que quería pagarme por hacerle la cena una noche a bordo de su jet privado. ¡Qué cosas tenía la vida! Me había propuesto dejar de pensar para disfrutar de los próximos días, porque los acontecimientos estaban ocurriendo a tal velocidad que intentar analizarnos era estúpido y banal. Y me dispuse a pasar una época dorada junto a Brian.

Capítulo 13

Malé y el amor.

Por fin estábamos saliendo del aeropuerto y sentimos la humedad salvaje de las Maldivas. Un golpe de vida nos golpeó y nos dejó claro que la civilización había llegado hasta allí, pero no había hecho mella. Nos montamos en la lancha que nos llevaría del aeropuerto a la isla privada de Lankanfushi, en uno de los 26 atolones que formaban la capital, Malé. Allí se encontraba el Gili Lankanfushi, un alojamiento de lujo superior ideal para disfrutar del sol y de las aguas turquesas de cuento de hadas que tenía ese océano. Sin duda era uno de los destinos más románticos del mundo. El paraíso de las lunas de miel de los súper millonarios y yo estaba entrando allí.

El hotel era babilónico, un espectáculo formidable, conforme llegaba la lancha podía observar en ese instante que aquellos días serían más que unas vacaciones idílicas, uno de los viajes más importantes de mi vida.

Iba totalmente encandilada con todo lo que veía, ese hotel con esa playa privada llena de espectaculares cabañas sobre la arena y otras en el agua, formando una estrella abierta con villas e incluso con una piscina kilométrica encima del mar. No paraba de sorprenderme de lo que era capaz el ser humano cuando estaba en conexión con la naturaleza. Entramos a las villas. Allí estaban esas terrazas de esos alojamientos acuáticos de ensueño. Una, por supuesto, era para nosotros, era impresionante ver cómo nuestra villa tenía piscina en la terraza privada, a los pies de un gran salón con la cama de matrimonio en medio y un jacuzzi. El baño era alucinante, jamás había visto tal belleza ni siquiera en documentales, yo casi no podía hablar y Brian me miraba con placidez al comprobar que estaba sintiéndome totalmente asombrada. Y su sorpresa había logrado el efecto deseado.

Había un primoroso camino de madera que llevaba hasta las instalaciones comunes del hotel. En nuestra villa, además, había una sugestiva cocina llena con frutas y todo tipo de bebidas. Se podía pedir comida para que la trajesen en unas lanchas preparadas para ello y, si así lo deseabas, no tener que pisar el recinto central del resort. Vamos, que la villa estaba diseñada para no salir de ahí y vivir la vida en todo su esplendor.

Abrí la maleta y lo primero que hice fue buscar el bañador, me lo iba a poner pero luego me di cuenta de que estaba en medio del vasto océano y que, como mucho, me podrían ver los vecinos, que no sabía si estaban o no. Así que me desnudé, lo dejé y salté de la terraza directamente al océano completamente desnuda. Brian vino detrás de mí muy sonriente, por la impaciencia que me había entrado por darme ese baño,

también desnudo. Allí nos quedamos los dos disfrutando de la presencia de ese inmenso cielo y de esas aguas calmadas y sanadoras en silencio. Casi se podía escuchar el sonido de la creación

Empezó a atardecer y esperamos dentro del agua para ver cómo se metía el sol en el horizonte. Lo celebramos dando palmas y gritos, como dos niños chicos. Luego volvimos a la villa, nos dimos una beneficiosa ducha, y fuimos hacia el restaurante que había a pie de playa. La isla era exclusiva para el hotel en el que estábamos alojados, ya que era el único que había en ella, y estaba decorado por la noche todo lleno de antorchas prendidas que iluminaban el lugar de la forma más pasional que jamás había visto.

Nos sentamos en una mesa a escasos metros de la orilla del mar, pedimos una botella de vino blanco, además de una buena variedad de pescado y marisco de aquella zona, y nos quedamos en silencio un rato largo, se podía escuchar hasta cómo se movían las estrellas. Tras bebernos la primera botella de vino entera fui yo la que hablé.

- Esta noche me voy a emborrachar, que mejor lugar que este para hacerlo – dije señalando la estampa tan fascinante que tenía frente a mí.
- Me parece una idea brillante, procuraré que mi borrachera no sea tan grande como la tuya para poder aprovecharme de ti -dijo guiñando ese ojo que tanto me gustaba.
- Si no lo haces tú, lo haré yo –dije chocando mi copa contra la suya y añadí el que se había convertido en nuestro brindis desde el primer día -Brindemos por el fin de los cabrones y porque el amor pueda con todo.

Los dos brindamos con tantas ganas que casi nos cargamos las copas.

En la cena, Brian estuvo muy seductor, se le veía pleno y feliz en ese ambiente tan relajado. Yo estaba que no me lo creía y empecé a cenar tranquilamente, no quería perderme detalle de aquel formidable anochecer donde el cielo estaba completamente iluminado, tan alejados de la contaminación lumínica de las ciudades.

Después de ponernos morados de cenar, nos fuimos a la barra del chiringuito que había al otro lado de esa pequeña isla. Andar por la orilla de esas aguas cristalinas era como caminar por las nubes que te llevan al cielo.

Llegamos al chiringuito y el ambiente era muy distendido, se respiraba paz y armonía, estaba claro que se notaba la exclusividad que se vivía en esa fabulosa isla.

La música era muy internacional, estuvimos charlando y tomando copas un buen rato

pero ya decidimos irnos a la villa a descansar ya que veníamos de un viaje muy largo. Nos dimos un beso de tornillo y nos quedamos dormidos uno enredado en torno al otro.

Al despertar escuché la barca acercarse para traernos el desayuno que Brian había pedido, nos lo pusieron en la terraza, era un portento estar desayunando rodeada de mar, encima de él y acompañada por el hombre más valioso que había conocido hasta ahora en el plano sentimental.

Tras ese atracón gastronómico mañanero, cogimos una lancha privada y nos trasladaron hasta Malé, queríamos pasar unas horas paseando por la capital, íbamos como una pareja de enamorados, parecía que llevábamos muchos años juntos, teníamos una complicidad bastante sólida.

Llegamos a primera hora de la mañana y lo primero que hicimos fue desplazarnos al mercado local para conocer cómo vivían los isleños y qué tipo de productos consumían. Me sorprendió la abundancia en fruta, verdura y productos frescos, todo limpio y con un aspecto gozoso. Un paseo en el que pude paladear los sabores de Malé y degustar productos locales, como el ñame. También probé dulces caseros y encurtidos, que se encontraban por todo el mercado junto con los racimos de plátanos colgando de las vigas del techo.

De allí nos fuimos a la calle comercial por excelencia de la ciudad, el Majeedhee Magu, situado en la carretera principal. Allí vendían de todo, desde bolsos hasta productos electrónicos. Yo fui a comprar recuerdos de nuestra visita. Me llevé unos dhonis tallados en madera, que eran réplicas en miniatura de los barcos que navegan por el océano. Compré tres, uno para mí, y otro para Ale y Leti. En ese instante cruzó por mi mente un pensamiento tonto y me planteé comprar un cuarto dhoni para el jeque y dárselo el día que lo volviese a ver, pero volví en mis cabales y no lo hice.

Ya con las compras hechas, nos fuimos a la playa artificial de Malé, llena de cafeterías alrededor del lugar e inspirador para fotografiar. Esa era la única playa que existía en la ciudad de Malé. Tras terminar de pasar la mañana allí, nos fuimos a comer a un restaurante antes de volver a nuestra isla. Se llamaba Belle Amie Bistro y era el comedor de un hotel con muy buena pinta. Me pareció que todo estaba puesto con mucho gusto, siendo yo del gremio, y el servicio me encantó. El chef fue muy servicial a la hora de escoger los platos y la presentación fue excelente. Disfrutamos al máximo de la experiencia culinaria y de unas bebidas de frutas exóticas que nos dejaron un sabor en la boca inolvidable.

Después de comer recuperamos fuerzas y seguimos explorando la isla capital de las Maldivas, totalmente abarrotada de rascacielos y estrechas callejuelas encuadradas

por los rompeolas con aquella cúpula dorada de la gigantesca Mezquita que presidía el paisaje.

Jamás había visto a Brian tan sonriente y colmado de buenas sensaciones, le había cambiado la cara y estaba aún más guapo de lo que ya era. Eso de no tener que ir a trabajar al día siguiente le hacía más libre para poder hacer lo que quisiera sin tener que estar mirando la hora. Hasta yo me había olvidado del ajetreo de las cocinas y los clientes. Una nueva Paola estaba surgiendo en estas vacaciones con tanta libertad, sexo, emociones y viajes intensos. ¿Se podría vivir así siempre? Un deseo de fuerza inconcebible surgió de lo más profundo de mí para que eso se hiciera realidad. ¿Cómo lograr vivir así eternamente? Sentirme tan viva y tan feliz, sin necesidad de mirar atrás. Ahora era fácil en ese entorno dichoso y con ese gran hombre al lado. Pero... ¿y luego cuando volviera a estar sola? Preferí no ahondar en ese pensamiento futuro que me traía a una Paola triste que no quería ver por ahora.

Lo bueno de todo es que estábamos desconectados del mundo y teníamos los teléfonos apagados hasta que volviésemos al final del viaje, así que él ya no recibiría llamadas de su ex y siempre tenía una sonrisa en la cara.

La semana pasó rápidamente, tenía ganas de estirar el tiempo pero se iba volando. Apenas salimos de nuestra isla, como la llamábamos, éramos muy felices allí, cada día disfrutando de esos desayunos en medio del mar, esas comidas de igual manera y esas cenas en la arena de la playa.

Nos dedicamos a comer, beber, bañarnos y disfrutar del amor y el sexo sin fin poniendo al límite nuestras sensaciones y nuestra resistencia física. Cada día estábamos más compenetrados, entendíamos perfectamente nuestras miradas y no nos hacía falta nada ni nadie para poder disfrutar.

Faltaban solo dos días para la vuelta, desperté afligida y con un cambio de humor perceptible, no quería que llegase la despedida. Solo tenía ganas de llorar y agarrarme a él y no soltarme jamás.

- ¿Qué te pasa, Paola? –preguntó mientras me abrazaba y me daba un emotivo beso en la frente.

- A partir de este momento solo nos quedan dos noches aquí y luego nos vamos. Ojalá pudiéramos quedarnos aquí toda la vida, en esta isla. No quiero volver a la realidad -dije amargamente.

- Recuerda aquello que te dije: deja a la vida fluir, trae cosas fascinantes. Ya pudiste comprobar que tenía razón. Vuelvo a repetir lo mismo, deja que

todo fluya. No te aferres a las experiencias por deslumbrantes que sean. La vida es cambio y si te aferra, sufrirás.

Me gustaba esa forma de pensar de Brian, pero no podía ser como él. Y me encantaba eso de dejar fluir la vida, la última vez que lo dijo por mensaje tenía preparado esto. Si ahora me lo volvía a decir seguramente tendría preparado algo mejor para el futuro. Debía confiar en él y apartar mis miedos de nuestra relación, ellos eran mis enemigos reales, no Brian. Mis miedos y mis pensamientos me hacían un daño terrible si no los controlaba, y tenía que tener mucho cuidado con ellos.

- Vale, vamos a desayunar que me muero del hambre y a dejar la vida fluir - dije sonriendo.

- Esa es mi chica.

Salimos a esa fascinadora terraza que ya era parte de nuestra vida, mientras ya nos estaban preparando la mesa en medio un centro de cristal con pétalos de flores de loto flotando. Encima de una de esas flores de loto había un papel antiguo enrollado, tipo pergamino de la isla del tesoro.

El camarero me señaló con la vista hacia el papel para que lo cogiese y lo abriese. Brian me miraba con una sonrisa muy pícara como si no fuese con él la cosa, pero estaba claro que él tenía todo que ver con eso.

Al desenrollar ese papel me di cuenta que era una nota. La leí y mi corazón se me salió del pecho de la agitación.

Estas palabras marcan el principio de algo que espero

dure toda la vida.

Te amo con todo mi corazón.

Brian.

Me quedé casi sin reaccionar, ni siquiera me di cuenta de que el camarero ya se había ido dejándonos todo el desayuno preparado.

- Paola, ¿no me dices nada? -preguntó esperando algún tipo de respuesta.

- Perdón, ojalá sea cierto.

- Déjame amarte –se levantó de la silla, me abrazó y le noté, por vez primera, desesperado.

- Estoy deseando que lo hagas, pero tengo miedo de sufrir -solté mientras me levantaba de la silla y le daba un gran beso en los labios.
- Cuando volvamos, aligeraré todo el trámite de la separación y luego iré para la Toscana a por ti. Después nos iremos donde quieras. Tengo millones ahorrados en Suiza. No hace falta que volvamos a trabajar ninguno de los dos.
- ¿De verdad irás a buscarme? –las lágrimas brotaban en mis ojos. Mi sueño junto a Brian se estaba haciendo realidad.
- Por nada del mundo dejaría de hacerlo, ahora mismo eres mi prioridad número uno en todos los sentidos. Me has dado más en estos días que todas las mujeres que he conocido en mi vida. No quiero, ni puedo, perderte -dijo mientras acariciaba mis manos.
- Gracias, no sabes lo dichosa que me haces. Eres mi fantasía hecha realidad. Desde que nos hemos conocido he temido que te esfumases delante de mí, porque he sido tan feliz que no me lo podía creer.
- No me voy a esfumar, te lo aseguro. Me tendrás muy cerca, siempre.
- Me duele hasta el corazón de lo feliz que soy. Siento que me has curado todas las heridas de mi corazón. ¿Sabes eso que dicen que un día aparecerá alguien que te abrazará tan fuerte que juntará todas tus partes rotas? Tú eres para mí ese alguien. Abrázame.

Por primera vez vi a Brian llorar. Los dos lloramos y nos abrazamos. Los dos nos habíamos liberado el uno al otro de los lastres de nuestro corazón. Yo le había salvado de Monique y él de todos los hombres que me habían dañado con el paso de los años. Ahora renacíamos juntos y felices. Estábamos fuertes y confiados. El amor era la energía más poderosa del mundo si se sabía usar bien, por el contrario, si la convertías en otra cosa se generaba mucha destrucción. Nosotros habíamos decidido hacerlo bien y eso me llenaba de regocijo.

Pasé el desayuno más feliz de mi vida. Luego nos fuimos a bañar y disfrutamos de un día de playa excelente. Más tarde fuimos a comer a un restaurante en la playa, en medio de la mesa había un plato decorativo, con unos entrantes tipo canapés formando un corazón. En medio había una cajita preciosa, el camarero llegó hasta nosotros y

nos echó una copa de vino a cada uno, y antes de irse me señaló a esa cajita para que la cogiese, como había hecho la otra vez con el pergamino. Las emociones y las sorpresas no habían terminado para mí.

Miré a Brian sorprendida, él puso cara de no saber nada, pero vamos era indudable que solo podía ser algo proveniente de él, una vez más.

Cuando lo abrí pude ver la sortija más linda que había visto en mi vida. Un perfecto anillo de oro, con un diamante de color rojo brillante sobresaliendo de él. Una joya que a cualquier persona le encantaría tener.

- Te quiero -dije lagrimeando de la emoción.
- Paola, yo prometo serte fiel en la salud y en la enfermedad. Amarte y respetarte todos los días de mi vida –me dijo mirando a los ojos, mientras me quitaba el anillo de las manos y lo acercaba a mi dedo anular.
- Yo también prometo serte fiel en la salud y en la enfermedad. Amarte y respetarte todos los días de mi vida –apenas podía contener los sollozos, porque reconocía las frases que suele decir el cura cuando alguien se casaba y eso me estaba pasando a mí ahora mismo.
- Paola Rossellini... ¿Me aceptas como tu compañero para de hoy en adelante caminar juntos, en lo próspero, en lo adverso, en la riqueza, en la pobreza, en la enfermedad y en la salud, hasta que la muerte nos separe?
- Sí, Brian Samada, te acepto como mi legítimo compañero para amarte y respetarte, de hoy en adelante, en lo próspero, en lo adverso, en la riqueza, en la pobreza, en la enfermedad y en la salud hasta que la muerte nos separe.
- Solo te pido que dejes que todo fluya sin miedo.
- Confío en ti -dije acariciando su mano.
- Paola, deseo que te lo pongas este anillo en muestra del compromiso que hoy hemos adquirido, y que todo lo que nos venga sea un camino en común donde la felicidad predomine en nuestras vidas. Quiero pasar el resto de mis días a tu lado -dijo mientras me ponía el anillo en el dedo.
- Te amo –dijimos los dos mientras nos besábamos y sentí un relámpago de

fuego en mi corazón.

Esa ceremonia improvisada por los dos había sido más potente que cualquier boda en una iglesia. El cielo, el mar, la arena y el viento habían sido nuestros testigos. Los cuatro elementos de la Tierra nos habían unido y nada, ni nadie, nos separaría.

Nos cogimos de la mano y comenzamos a pasear por la playa, estrenando esa unión tan perfecta que sentíamos en ese momento. Yo no podía dejar de mirar mi anillo, por todo lo que significaba... ¡Y porque era un diamante de color rojo! No había visto nada igual en mi vida y no tardé en preguntar a Brian su origen.

- ¿Es un diamante de color rojo? ¿De dónde ha salido?
- Esta piedra tiene una historia interesante. Me la regaló uno de los jeques más ricos del mundo después de hacerle un tratamiento intensivo a él, sus primos y sus treinta y tres esposas.
- ¿Un jeque, dices? –tragué saliva recordando mi pequeño asuntillo con el jeque.
- Sí. El jeque Al-Mohammad Kessarphari.
- Vaya nombre tan raro –disimulé todo lo que pude, pero me debió cambiar el semblante, porque Brian me preguntó si me pasaba algo... ¡Y vaya si pasaba! Pero supe disimularlo bien-. No pasa nada amor, es que son muchas emociones juntas.
- Es cierto. Estamos teniendo un viaje muy intenso. Te cuento la historia de este diamante para que te relajes, porque es como un cuento de las mil y una noches. Ese diamante rojo es una de las piedras preciosas más caras del mundo y cuesta un millón de dólares por quilate. A día de hoy solo existen menos de 30 diamantes rojos en todo el mundo. El peso del tuyo alcanza el medio quilate.
- O sea que llevo medio millón de dólares en el dedo anular... ¿Eso me estás diciendo? ¡Como para que se me caiga en la arena!
- Tranquila que tiene un potente seguro por perdidas. Pero ya nos ocuparemos los dos de que ese anillo no se pierda, no por lo mucho que

cuesta, sino por lo mucho que significa para los dos. ¿No te parece amor?

Los dos nos besamos como respuesta. Aunque yo no podía quitarme de la cabeza lo que había ocurrido. ¡Mira que hay jeques por el mundo, pues tenía que ser el mismo! Rezaba a todos los dioses, porque Brian nunca se enterase de que justo ese hombre tan poderoso que le había regalado el diamante había estado flirteando conmigo hacia muy pocos días, cuando se suponía que yo debía estar destrozada echándole de menos.

- Ese espléndido color rojo le hace ser una de las gemas más buscadas por su rareza, pero solo existe un lugar en el planeta donde encontrar el diamante rojo: la mina de diamantes de Argyle en Australia. El jeque Al-Mohammad Kessarphari me lo regaló y no me permitió no aceptar su regalo. No puedes imaginar lo insistente que puede ser un hombre tan poderoso.
- Me hago una idea –mi cara era un poema.
- Me lo dio y me dijo: “Te doy la piedra más preciosa del mundo para que se la regales a la mujer más preciosa del mundo”. Y eso acabo de hacer.

Nos fundimos en un abrazo estremecedor. Yo me derretía con Brian y se me olvidó hasta el nombre del jeque. Daba igual de dónde viniese esa piedra mágica, el caso era que él me la había regalado, que se había comprometido conmigo en el lugar más romántico de la Tierra y que, ahora, lo tenía allí delante. ¿Qué podía salir mal? ¡Nada!

Pasamos el resto del día reboleados en esa magnífica playa, incluso cenamos allí y no volvimos a nuestra villa hasta bien entrada la madrugada. Al día siguiente nos tiramos todo el día charlando y tomando cócteles. La verdad es que las hamacas de ese hotel eran como grandes sofás que invitaban a no moverse de ahí en todo el día, e incluso a echar una siesta de la forma más cómoda. Yo no paraba de mirar mi anillo que resplandecía con la luz del sol y las estrellas. Me sentía como Gollum de “El Señor de los Anillos”. Ahora entendía bien al bichejo aquel. ¡Yo tampoco quería que nadie tocara ese anillo!

Al despertar el último día de estancia en las Maldivas, sentí la sensación de que la vuelta solo sería el principio de algo interminable entre Brian y yo. Sonreí al saber que ya no volvía con la congoja de no saber qué pasaría luego. Por fin teníamos un plan juntos. ¡Y qué plan! Vivir así el resto de nuestros días, de playa en playa, de hotel lujoso en hotel lujoso, y de polvo mágico en polvo mágico. No me imaginaba

nada mejor.

Ese día Brian me dijo que aún me quedaba una maravilla por ver. Algo especial que había dejado para la última noche. Cuando atardeció nos recogió una lancha y nos llevó a la deshabitada playa de Vaadhoo. El guía nos fue contando que allí veríamos el mar de estrellas. No tenía ni idea de qué hablaba, pero quería verlo. Nos quedamos de pie en la playa, en silencio absoluto, hasta que cayó la noche. Era tal la presencia de la naturaleza allí que sobrecogía.

Y entonces Brian me dijo que entrase en el mar y comenzase a mover mis manos en el agua. Lo que vi me dejó boquiabierto. No creía lo que percibía: ¡el mar se encendía lleno de pequeñas luces que bailaban acompañando el movimiento de mi mano! Luego vi que ocurría en toda la playa. Las olas provocaban que el agua literalmente se encendiera en una escena que parecía sacada de una película de ciencia-ficción. ¿Cómo era posible?

Salí del mar y me quedé hipnotizada por el efecto. El guía nos explicó que ese fenómeno natural se llamaba bioluminiscencia, y se debía a la capacidad que tienen algunos seres vivos de producir luz. La playa Vaadhoo brillaba por la noche porque el plancton de origen vegetal que contenía respondía iluminándose cuando era movido por el mar –o por otro motivo- y entraba en contacto con el oxígeno. Nunca había visto algo tan bonito. Me acerqué a Brian y le dije que le amaba, él me respondió lo mismo.

Al día siguiente, aún con aquellas imágenes de las olas repletas de luces mágicas en su interior danzando en mi imaginación, nos despertamos temprano para salir en lancha hacia el aeropuerto de Malé. Tal y como me senté en el avión me quedé dormida y no desperté hasta cinco horas después.

Las demás horas la pasamos hablando sobre la próxima vez que nos veríamos, que sería en la Toscana. Yo le prometí prepararle el menú de su vida y él me prometió que iría antes de veinte días, el tiempo que necesitaba para terminar de organizar todo lo que tenía que ver con su separación. No le importaba pagar esos tres millones de euros a Monique, si con eso podía acelerar el momento de concretar nuestra vida juntos.

Llegamos al aeropuerto internacional de Roma y lo acompañé hasta la parte de salidas internacionales, donde cogería su próximo avión a París, nos despedimos prometiéndonos volver a vernos pronto. Fue la despedida más plácida y dulce que había tenido con Brian. El brillo de mi anillo así lo atestiguaba.

Salí del aeropuerto y ya me estaba esperando un chófer para llevarme a la Toscana, tres horas de coche me esperaban por delante. No había hecho más que montarme en

él y ya echaba de menos a Brian, pero ahora con felicidad y el corazón lleno de experiencias de ensueño que para mí habían sido totalmente reales.

Al llegar a la Toscana fui directa a mi restaurante, las mesas del jardín estaban completamente llenas y en la barra mis dos amigas, Ale y Leti, se levantaron y vinieron corriendo hacia mí, las dos estaban también recién llegadas de Ibiza, bronceadas, atractivas, más delgadas y, por sus sonrisas, llenas de amor.

Nos sentamos a cenar, empezamos a ponernos al día de todo como locas. Lo primero que me preguntaron fue por mi anillo, pero no solté prenda. Solo les dije que había costado más de 500.000 dólares y casi se desmayaron. No parábamos de contarnos anécdotas, de enseñarnos fotos, reírnos, darnos besos abrazos, llorar, reír y de todo. Mi encargado, Betto, me había comentado que el mes de mayo el restaurante había estado a reventar de gente, eso me puso muy contenta, todo en mi vida marchaba viento en popa.

Las chicas habían quedado con los forasteros en que se volverían a ver en Diciembre para pasar las navidades en Cuba. Les prometí que si la cosa iba bien con Brian y se podía coger unos días, yo también lo haría, y nos iríamos con ellas a pasar la mejor de las Navidades que uno pudiese imaginar.

Mientras las escuchaba no dejaba de mirar el móvil, ya deseaba que me pusiese Brian algún mensaje en señal de que me echaba de menos. Algo que sostuviera el sueño que estaba viviendo junto a él. Pero no llegó nada.

Me despedí de las chicas quedando en volvernos a ver al día siguiente, como siempre lo habíamos hecho durante muchos años hasta ahora. MI restaurante era nuestro centro de reuniones y allí lo decidíamos todo. Desde allí fue desde donde sacamos los billetes para Ibiza.

Una vez llegué a mi casa, saqué todo de las maletas, me sorprendió ver el pareo de Ganesha, el Dios hindú humano-elefante. Me sentía bien contemplándolo y, aunque ahora no parecía que tendría que ayudarme a superar ningún obstáculo, decidí extenderlo encima del sofá para verlo cada día y llenarme de su buen rollo. Luego me duché y me fui al dormitorio. Miré el techo y si cerraba los ojos podía ver la danza de las olas de luz de la playa de Vaadhoo. No se me quitaba de la cabeza la sensación tan fuerte que tuve allí de que este planeta era mágico y todo era posible, en ese momento caí rendida.

Capítulo 14

Ganesha.

Desperté en mi primer día en la Toscana después de haber vivido esas vacaciones homéricas en las que había encontrado al amor de mi vida, miré el móvil y me quedé aliviada porque tenía un mensaje de Brian.

- **Buenos días, mi amor, espero que no te haya costado coger el sueño sin mí. Te echo mucho de menos.**

Una sonrisa de felicidad inundó mi cara, me dispuse a escribirle.

- **Buenos días, cariño, he dormido como una marmota. Yo no puedo estar sin ti, me falta todo.**

Me respondió raudo.

- **Cuento las horas para volver a escaparnos juntos adonde sea y como sea.**

Me puse hasta nerviosa de verle tan lanzado. Me hice una foto del anillo del diamante rojo que seguía colocado en mi dedo anular y se la mandé acompañada de un texto.

- **Contigo al fin del mundo, mi vida.**
- **¿Sabes qué he pensado?**
- **Dime, cariño.**
- **Que deberíamos irnos a dar la vuelta al mundo juntos. Es un sueño que tengo desde que era niño.**
- **¡Yo también! Hace mucho que lo deseo en secreto, pero mi trabajo no me ha permitido escaparme**
- **Lo mismo pasa con el mío, pero creo que cumplir los sueños es más importante que trabajar. ¿No crees?**
- **Lo creo ciegamente. Y contigo al lado lo veo posible por primera vez en mi vida.**
- **Quiero que sepas que en cuanto firme mi divorcio, vamos a sentarnos a**

planificar ese viaje. Puedes comenzar a pensar cuál será nuestra ruta, porque en breve vamos a coger un avión y dar la vuelta a este bello planeta.

Me fui a desayunar a mi restaurante con el corazón abierto de par en par y la cabeza más alta que nunca, tenía ganas de sentarme en esa formidable terraza con unas vistas únicas y gritar que era la reina del mundo. Ibiza era un lugar sensacional, pero mi restaurante no se quedaba lejos. Estaba deseando enseñarle aquel lugar a Brian, tenía claro que le iba a fascinar por completo mi pequeño tesoro.

Mi encargado Betto se sentó conmigo a tomar un café y no paró de bromear diciendo que si algún día quería traspasarle el restaurante, él me daría de ganancia seis mil euros mensuales como poco. Betto me dijo que me fuera a relajarme y tomarme más tiempo para mí, ese mes me había sentado tan bien que se me notaba mucho. Ya llevaba tiempo diciéndome eso, pero yo me negaba rotundamente porque no podía vivir sin mi lugar de trabajo. Además que no sabía vivir sin estar ocupada, aunque no lo había hecho mal durante el mes en Ibiza y Maldivas. Por el único motivo que me marcharía de la Toscana una temporada larga sería por irme con Brian a vivir a otro lugar, o a dar la vuelta al mundo. Otro de mis grandes sueños que alguna vez pretendía cumplir.

Tras un relajado desayuno me fui al supermercado para comprar todo lo necesario para recargar la nevera de mi casa, después de comer me eché un rato la siesta y sobre las seis me fui a mi restaurante a comenzar a trabajar atendiendo a las reservas. Muchos clientes habían escuchado que había vuelto y el establecimiento se había puesto a tope. Yo sabía que muchas personas venían no solo para comer allí, sino para departir conmigo sobre la vida y sus cosas. Me amaban y yo les amaba a ellos. Éramos una gran familia.

Me gustaba encargarme de que todo estuviese en orden, aunque realmente tenía coordinado a mi equipo para que hiciera todo lo que tuviera que ver con el restaurante y yo controlaba y dirigía. Pero me gustaba que todo estuviese meticulosamente medido y estaba muy encima de las personas, siempre con respeto. En mi local no cabían los gandules, ni la gente con malos rollos, solo la gente bonita con ganas de trabajar y darlo todo.

Ese día Brian me escribió varios mensajes, no paraba de decir que me echaba mucho de menos y me mandaba fotos de diferentes lugares del mundo, sitios que veríamos juntos. Yo estaba viviendo aquello con una ilusión inesperada, todo lo veía ya de una manera diferente, estaba deseando que él firmara por fin esos papeles que le librarían de estar atado a Monique y poder volar juntos.

Por la noche me acosté rendida, aún tenía *jet lag* y durante la noche me desperté varias veces pensando que aún estaba en mi cabaña de las Maldivas intentando, sin suerte, abrazar a Brian. Ni cabe decir que estaba colgadísima de ese hombre como no lo había estado nunca de ningún otro, pero bien que se lo había currado. Todo mi ser estaba deseando que corriesen los días para volver a verle y hacer de todo juntos, como en esos días tan especiales vividos en el paraíso.

La semana pasó lentamente, pero estaba muy cómoda volviendo a mi rutina diaria. Por la mañana me levantaba a la hora que quería y me iba al restaurante a desayunar. Luego hacía la compra en el mercado o daba alguna vuelta por el pueblo, y por las tardes me iba al restaurante a trabajar hasta el cierre. Ni que decir tiene que mi anillo rojo despertó todo tipo de preguntas y comentarios. Yo no conté mucho, era muy mía para airear mis intimidades, y más todavía con mis clientes. Me limitaba a sonreír y decir únicamente que estaba dejando que la vida fluyese a mi alrededor y que era inmensamente feliz.

Mis amigas venían todos los días a verme y, aunque lo intentaron, tampoco les conté la historia del anillo. Aunque no eran tontas y se imaginaban su significado. Tomábamos café por las tardes, ellas trabajaban de mañana. Juntas recordamos una y mil anécdotas de esos días vividos en Ibiza. Al final Letizia había caído en brazos del cubano y estaba totalmente enganchada a él. El amor había surgido con fuerza y Efrén hasta le había presentado a su familia cubana a través de una conversación por Skype.

Las dos estaban en continuo contacto con los chicos de Ibiza y estaban muy deseosas de que llegase diciembre e irse de viaje a Cuba. No quería ni pensar si habían tenido un peligro bárbaro en Ibiza la que podrían liar en La Habana, reía solo de imaginarlo.

El viernes y sábado no tuve noticias de Brian, eso me preocupaba aparte de que él no trabajaba los fines de semana. Le puse dos mensajes preguntando si estaba bien y ni siquiera los leyó... o así me lo comunicaba el WhatsApp, que era muy chivato.

El domingo al despertar tuve un mensaje de él y me relajé hasta que lo leí. ,

- **En cuanto pudiese me pondré en contacto contigo. Besos.**

Solo eso, de la manera más glacial posible. Empecé a comerme la cabeza buscando si aquello tenía algún significado que me debía preocupar. Lo mismo no quería que lo molestara más, o estaba liado con el tema de la mujer y había tenido problemas; parecía que me iba a estallar la cabeza. Las mentiras de Rodrigo volvieron a mi mente, aunque no quería recordarlas. Me vestí y me fui a desayunar a la terraza de mi restaurante a tomar aire puro, estaba muy agobiada por el tono seco e indiferente de ese mensaje. No reconocía al hombre enamorado que yo quería tener siempre cerca. El hombre que me llevó a ver el mar de estrellas en las Maldivas.

El domingo entero pasó sin noticias de él. Me fui a la cama desconsolada y consumida de tanto darle vueltas a la cabeza, tenía ganas de saber lo que pasaba. Le llamé un par de veces, pero no me lo cogió y no me devolvió las llamadas.

Por la mañana decidí quedarme a desayunar en casa, estaba muy revuelta y no tenía ganas de ver a nadie. No entendía que no hubiese tenido un momento para escribirme un mensaje o llamarme y explicarle al menos algo. Brian sabía que yo estaba tan pendiente, como él o más, de que se resolviera su divorcio lo antes posible. Hubiera puesto los tres millones de euros de mi bolsillo si los hubiese tenido. Hasta pensé en empeñar el anillo con el diamante rojo y darle los más de 500. 000 dólares que había costado. Luego se me fue esa idea tan desequilibrada de la cabeza.

Viendo que pasaban los días y no tenía noticias de él, intenté tomar obligadamente la misma rutina que hacía anteriormente, para no quedarme trastornada. Lo llamé varias veces y no recibí respuesta de vuelta. Le mandé mensajes preocupada y, de nuevo, veía que no los leía. Apenas comía y me pasaba las horas lloriqueando encerrada en mi casa, decidí que eso no podía seguir así. Así que empecé a salir más por el pueblo, iba de compras, algunos días quedaba con Ale y Leti y me tomaba alguna copa con ellas. Las dos intentaban quitarle hierro al asunto y me insistían en que todo estaba bien y que no dejase que mi cabecita loca me hiciese daño.

Yo no podía, del agobio se me puso un dolor punzante en el estómago y creí que me moría. Eran todos los desasosiegos por no saber nada de Brian. Hasta ese día los había llevado bien, pero no podía resistir más. El dolor fue tan intenso que me doblaba. Veía las estrellas. Volví al restaurante y me prepararon una infusión de hinojo, hierbaluisa y anís estrellado. Y poco a poco mi estómago volvió a su sitio, pero el pinchazo me había asustado.

Un día por la noche sonó una notificación de email y en la ventanilla pude comprobar que era de Brian. Me quedé desorientada al leer el asunto que llevaba escrito el mensaje: ***Perdón, mi vida, te sigo llevando en el corazón.*** Me puse muy nerviosa, mis manos temblaban a la vez que abría el correo. No acertaba a leerlo, hasta la vista se me ponía borrosa de la presión que sentía en ese momento. Y la punzada en la boca del estómago volvió de forma salvaje, como si me diesen una puñalada trapera. Aún así saqué toda la fuerza del mundo para leerlo.

Hola, Paola, perdona que me ponga en contacto contigo de esta forma, pero no era capaz de hacerlo de otra. Te pido mil perdones por lo que vas a leer y por no haber respondido a tus mensajes.

Todo lo que te dije en las Maldivas era porque lo sentía de corazón y sobre todo porque era lo que más deseaba en este mundo. Volví a Paris dispuesto

a romper definitivamente con todo, cuando me encontré con la noticia de que Monique está embarazada de tres meses, justo de la última vez que lo volvimos a intentar, fue una noche de sexo sin amor que nos dio la prueba de que debíamos separarnos totalmente y decidimos no seguir juntos.

Ella pensaba que no le venía el periodo porque tenía ovarios poli quísticos y a veces tenía el periodo inestable, pero luego el doctor le confirmó lo que te estoy contando ahora. Todo esto me ha puesto en una situación muy difícil y me veo incapaz de abandonar al hijo que va a venir, y que va a ser mi familia. Ese niño no tiene culpa de nada, aunque yo no estuviese con su madre me vería en la obligación de acompañarla en estos momentos tan importantes para nosotros dos. Me parte el corazón que estés leyendo esto, pero te pido por favor que pienses cómo me siento yo.

Monique me ha pedido una oportunidad para que lo intentemos de nuevo por nuestro hijo. No soy capaz de decirle que no a nada en el estado en que está. No puedo hacer daño a esa criaturita que ahora mismo es indefensa. Me duele en el alma tener que hacerlo, pero creo que debo intentarlo para que Miguel –así hemos decidido llamarlo- tenga la oportunidad de crecer junto a sus padres.

Sé que voy a sufrir mucho por esta decisión, pero creo que él vale eso y más. No merece venir al mundo rodeado de problemas y sabiendo que sus padres no fueron capaces de luchar por ser una familia una última vez.

Jamás te voy a olvidar, siempre te llevaré en mi corazón, creo que si algo he aprendido de esto es que he conocido al amor de mi vida. Espero que seas muy feliz y que no te olvides que hubo una persona que te amó con toda su alma, a la que el destino le jugó una mala pasada.

Perdona si no te he llamado por teléfono, pero no me sale la voz. No puedo hablar contigo y sentir el daño que te estoy haciendo. Sé que soy un cobarde, pero creo que tú estás más preparada para enfrentarte a esto que yo.

Te amaré siempre con todo mi corazón. Por favor, perdóname.

Brian.

Me faltaba el aire, me quería morir, en esos momentos se me había caído el techo encima, no podía creer lo que estaba leyendo. Lo releí varias veces y mi dolor en el estómago fue en aumento, la vida se había acabado de volver a reír de mí en todas mis

narices. Esto parecía una broma macabra del universo. Una rabia grandísima recorrió mi cuerpo, solo tenía ganas de huir, de alejarme de mi vida; tenía ganas de irme por ahí a algún lugar donde nadie me conociese, empecé a llorar como una niña desconsolada. Y volví a sentir la punzada en la boca del estómago más fuerte. Se me cerraba de tal manera que casi no podía respirar. Estallé de rabia y estampé el portátil contra el suelo haciéndolo mil pedazos. Y me asusté por la ira que había dentro de mí.

El dolor comenzó a aumentar tanto que me dolía hasta la espalda, así que llame a Leti y Ale y les dije que, por favor, me acompañasen a urgencias. Me puse muy nerviosa porque nunca me había pasado algo así. Caí abatida sobre el sofá y de forma inconsciente me tapé con el pareo de Ganesha. Su cara quedó a la altura de mi rostro y lo agarré fuerte pidiéndole que me sacase de esa situación, que si lo había iría a La India, a algún templo, a llevarle el ramo de flores más bonito que pudiese comprar. El dolor del estómago no paraba de acrecentarse y no sabía en qué posición ponerme para que se me pasase. Comencé a llorar de dolor.

Llegué a urgencias con la cara descompuesta. Mis amigas estaban muy preocupadas conmigo, y más que se preocuparon cuando les enseñé en el móvil el correo que me había enviado Brian. Las dos lo pusieron a caldo insultándolo, muy indignadas, cosa que no ayudaba en nada a mi dolor de estómago. Yo necesitaba paz y ellas dos, con razón, se habían encendido como dos guerreras.

Tras una espera en urgencias que me pareció eterna, por fin me tocó el turno. Me atendió un médico muy majo y al tocarme en el estómago desestimó que fuera nada grave y me puso un suero con goteo. Mis amigas salieron de la sala donde tenían que darme la medicación y me quedé allí sola. Una enfermera mayor vino a mi lado y me pinchó en el brazo para que pudiese entrar el suero que habían puesto en una bolsita. Poco a poco mi estómago se fue relajando y el dolor punzante fue desapareciendo. Yo me puse a llorar angustiada y la enfermera vino a ver si es que el dolor me había aumentado, yo le deje claro que no, que justo lloraba porque me estaba curando y que todo estaba bien. Ella no entendió nada y se fue de la sala.

Luego entró un señor mayor de unos ochenta años, decía que se ahogaba en casa y que tuvo pánico. Había llegado andando solo hasta urgencias y le faltaba el aire. El médico, Massimo se llamaba, y la enfermera, le calmaron con dulces palabras, le pusieron oxígeno y un gotero para calmarlo. Pude escucharles hablar cuando se iban, lamentándose de que ese hombre, a su edad, tuviera que venir solo a urgencias. Que no tuviera ningún familiar o amigo que lo llevase. Me pareció súper triste ver a aquel anciano respirando con la mascarilla, mientras él me miraba con sus ojos vidriosos, pensando quizás que estaba en riesgo de morirse, cuando lo único que le pasaba es

que se sentía tan solo, que hasta tenía ataques de ansiedad. Por un momento pensé que podía envejecer sola y tuve mucho miedo. Nunca me había pasado. Desde luego el email de Brian me había dado la vuelta como a un calcetín.

Llegamos a casa de madrugada, Leti y Ale se aseguraron que yo estuviera bien y me dijeron que se quedaban a dormir conmigo. Les pedí por favor que no me sacasen el tema de Brian y ellas cumplieron mi deseo a rajatabla, y yo se lo agradecí. Al día siguiente me prepararon el desayuno y fueron a comprar las medicinas que me había recetado el doctor. Debía tomar una por la noche y otra por la mañana. Recordé las palabras del doctor Massimo: tenía gastroenteritis nerviosa provocada por alguna crisis emocional que había vivido con intensidad recientemente. ¡El médico había dado en el mismísimo clavo!

Me tomé las medicinas y me volvió el color a la cara. Ale y Leti se fueron a trabajar y yo pasé la mañana metida en casa decidiendo qué iba a hacer con mi vida tras este golpe tan duro. Solo tenía una cosa muy clara, quería irme de allí a un lugar nuevo, hacer borrón y cuenta nueva para recuperarme del todo. Así que me fui de casa al restaurante a hablar con mi encargado. Betto me recibió muy preocupado, las chicas le habían informado de mi episodio en urgencias, pero al verme tan decidida y enérgica como siempre, se calmó y vio que todo había vuelto a su sitio.

Le dije que aceptaba su propuesta de traspasarle el restaurante, él me pidió dos años y yo le acepté solo uno. Betto accedió encantado, en ese tiempo le daría lugar a reunir bastante dinero, ya que los beneficios que estaba generando “El bello Caruso” mensualmente eran muy suculentos.

Fui al asesor para que me preparase el contrato y volví al trabajo a que me lo firmase Betto. Yo cuando me ponía en marcha era una máquina que no dejaba títere con cabeza. Me gustaban las cosas rápidas y que todo funcionase bien. Me despedí de él deseándole un gran año y que, por favor, me cuidase bien el negocio, cosa que no dudaba que fuese a hacer. Le dije que lo llamaría una vez al mes desde algún teléfono público por si necesitaba cualquier cosa, ya que iba a estar desconectada del móvil y de internet durante ese año sabático. Le pedí que dijese a mis clientes que me iba a resolver unos asuntos importantes de familia y que les aclarase que estaba perfectamente, que nadie se preocupase. Betto accedió a todo como el gran caballero que es y se quedó al mando de mi nave. Me sentí aliviada porque había dejado mi gran sueño en manos de un excelente hombre, honrado y buena persona.

Me despedí de mi familia, me dijeron que no me preocupase por nada. Mi hermano y mi padre me aseguraron que cuidarían mi casa. Les dije que ya los iría llamando de vez en cuando. Mi madre y mi hermana me miraron con inquietud, porque me conocían muy bien. A ellas me costó más convencerlas, pero pude calmarlas y persuadirlas de

que todo estaba bien. Les tuve que contar que tenía una ilusión personal de irme a vivir un año por ahí sola y creía que era el momento ideal para hacerlo. Hacía tiempo que quería desconectar de toda tecnología, volver atrás en el tiempo y liberarme de tantos enganches con las máquinas. Todos se lo creyeron y encima aceptaron muy contentos. En ese instante ya tenía decidido que me iba a vivir ese año a Malta, una isla que siempre me atrajo y en la que podría aprovechar para perfeccionar mi inglés. Además, con la mitad de lo que me iban a pagar por el traspaso del restaurante me daba para alquilar una buena casa en la isla y vivir cómodamente.

Me fui para mi casa para buscar pisos de alquiler allí, encontré una preciosa urbanización de aparta hoteles que estaban en un lugar idílico para ir a despejar la mente. Llamé por teléfono y me confirmaron que había disponibilidad para quedarme el tiempo que quisiese. Así que después de dejar hecha la reserva, comencé a buscar coches de alquiler y me pillé un 4x4 a todo lujo. Todo lo iba haciendo para renovar cada mes por si en cualquier momento quería volverme a la Toscana.

Esa noche me acosté con todo preparado para irme en tres días.

Por la mañana desayuné con una sensación extraña dentro de mí, parecía que estuviese huyendo de mí misma. Me encontraba con el alma arrancada en mil pedazos, estaba percibiendo como una especie de ansiedad que nunca había experimentado dentro de mí, me costaba respirar y no podía dejar de llorar.

Fui haciendo dos maletas de equipaje lo mejor que pude para que entrase todo lo posible. Mis amigas vinieron a mi casa a despedirme, me entendían perfectamente. Me decían que aprovecharse ese tiempo que la vida había puesto en mi camino, que no sabía la de cosas que me podían pasar en Malta. Yo solo hubiera querido pasar mi vida junto a Brian pero estaba claro que eso no iba a poder ser. Ahora tenía que cambiar el rumbo, pero en estos momentos me era imposible dejar de sentir pena, dolor y ansiedad.

Los siguientes días pasaron lentos antes de estar en el aeropuerto dispuesta a embarcar para empezar una nueva época de mi vida. Mi dolor de estómago fue desapareciendo con las medicinas y con mi aceptación de la situación. No pude contestar el email de Brian. No tuve fuerzas, ni ganas. Me pareció fatal que no se dignase a llamarme o a verme para contarme todo eso. Aunque, bien pensado, quizá hubiese sido peor y le hubiese acabado pegando un puñetazo o una patada. Cuando yo perdía el control, había veces que me salía una parte agresiva que no controlaba. Miré mi móvil por última vez, iba a estar un tiempo sin él y eso me apetecía mucho. Abrí la agenda y llegué hasta el número de teléfono de Brian, vi la foto que tenía puesta, era tan guapo... al momento actué decidida, accedí a ajustes del teléfono y borré su número de mi agenda. Luego entré al email en el móvil, borré el fatídico mail que me

había mandado Brian, vacié toda la papelera y activé mi mensaje automático de respuesta para vacaciones durante un año. Luego dejé el móvil en un cajón.

Cuando el avión despegó sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo, había dejado todo lo que me conectaba al mundo, y en especial a Brian, atrás. Siempre pensé que quería hacer eso de irme un año sola por ahí a vivir una aventura desconectada del mundo, pero nunca me atreví a hacerlo. Siempre me tenía que pasar algo extremo que me empujase a lanzarme y en este caso había sucedido algo que hubiera preferido que no hubiese pasado nunca. Ahora debía perderme para poder volver a encontrarme. Y en eso estaba.

Aterricé en la preciosa y coqueta isla de Malta, cogí la maleta y me fui hacia el mostrador dónde tenía que recoger la documentación y llaves del coche que había alquilado: un Porsche Cayenne.

Tras poner en el GPS del coche la dirección a la que iba, bajé las ventanillas, puse la radio y sonó “Shake it off” de Taylor Swift. Lo tomé como una señal de que todo iba bien, porque era la canción que me recordaba a cuando conocí a Ale y Leti, mis amigas del alma. Subí el volumen y respiré el aire puro de Malta, mientras iba observando el paisaje en mi viaje hacia el apartamento.

Llegué a la urbanización y me dijeron cuál sería mi parking personal el tiempo que estuviera de estancia en el apartamento, luego me llevaron a recepción a firmar el contrato y entregarme las llaves. El lugar era tranquilo pero tenía bar, un pequeño supermercado y un restaurante con menús diarios.

Al entrar en el apartamento me dio una gran sensación en el corazón, tenía una claridad y amplitud perfecta, la cocina estaba totalmente equipada así como los dormitorios y salón. Era un espacio ideal para reinventarse.

Salí a la terraza a fumarme un cigarro y lo apagué nada más encenderlo. Todo el asunto de Brian había terminado por hacerme dejar de fumar. Yo en eso era el mundo al revés, a mí con la ansiedad se me quitaban las ganas de fumar. Desde ahí tenía unas estupendas vistas a la playa, todo me recordaba a Ibiza y a Brian, tenía que ponerme rápido a ocupar los días en la isla o lo pasaría realmente mal. Lo primero que me había propuesto era apuntarme en una academia de inglés para coger el nivel necesario, ya que en el restaurante nos visitaban muchos clientes de Reino Unido y yo quería poder charlar con ellos.

Vacié las maletas, dejé todo perfectamente colocado y coloqué mi pareo de Ganesha en la pared de mi dormitorio, sujeto con chinchetas. Luego me fui con el coche a buscar un supermercado grande para hacer una buena compra para la casa. Sentía que tenía todo el tiempo del mundo para mí. Lo mejor de todo era no estar pendiente del

móvil ni de ninguna red social, toda esa tecnología era una basura que nos tenía a todos presos, alejados de una forma de vida más sana. En teoría nos habían vendido que servía para juntarnos, pero lo que había hecho era hacer de nuestras vidas algo más individual y frío.

Compré varios elementos de decoración para darle más vida a la casa, preparé un sándwich para cenar y me acosté temprano para ir al día siguiente a visitar el centro de idiomas en el que quería inscribirme lo más rápido posible.

Estaba tumbada en la cama y un montón de imágenes llegaron a mi mente sin parar. Me vi con Brian cenando, nadando, riendo, haciendo el Amor, yendo en su coche, yendo en avión a Las Maldivas, en yate a Formentera. ¡Tantas cosas borradas de un plumazo por culpa de su ex! Y ahí me paré. Monique no tenía culpa de nada, porque no debía saber de mi existencia. En esto no había culpables, solo mala suerte... O pocas ganas de enfrentarse a la vida. Arrebatada por el dolor y la incertidumbre, saqué mi cuaderno de la maleta y decidí escribirle una carta a Brian. La titulé: *No te puedo perdonar ahora, ni podré nunca.*

Hola, Brian, tu email ha atravesado mi corazón de parte a parte. Te puedo asegurar que eres la persona que más he amado y la que más daño me ha hecho

Todo lo que pasó en Ibiza y Las Maldivas pierde su valor si ahora decides no luchar por mí y seguir tu relación con Monique. Entiendo el shock que puede suponer que la persona de la que te quieres deshacer te diga que está embarazada de tres meses, pero si me amases de verdad eso no te hubiera detenido.

Leo tu email y leo un mensaje escrito por un hombre temeroso que no sabe lo que es el amor. Un mensaje lleno de excusas y de miedo. ¿Dónde está ese hombre que me declaró su amor eterno en medio de la naturaleza? ¿Dónde está ese hombre que bebía los vientos por mí?

Yo no le veo por ningún lado. He decidido irme sin dejar pistas, así que con toda seguridad no serás capaz de encontrarme, aunque dudo mucho que lo intentes. Ya dudo mucho de todo lo que he vivido contigo. Todo mi afán está puesto y enfocado en olvidarte. Solo te recordaré como un mal sueño

Tú vas a sufrir por haber tomado una decisión que me ha matado, pero yo te aseguro que voy a poner toda mi energía y recursos en no sufrir por ti. Voy a apartarte totalmente de mi mente y de mi corazón. Lo nuestro está muerto y enterrado para siempre.

Paola.

Y me quedé tan a gusto. Luego la guardé en un sobre dorado muy mono y rompí a llorar. Apenas tuve fuerzas de poner su nombre en el destinatario: Brian Samada. Y el mío al otro lado: Paola Rossellini. Después caí dormida sin fuerzas. Mañana sería otro día. Ese día no podía hacer más por mejorar las cosas.

Capítulo 15

La resurrección de Paola.

Desperté en esa nueva isla por primera vez, me iba a hacer un café pero me lo pensé mejor y bajé al bar de la urbanización. David, un simpático camarero, me atendió y me dio la bienvenida al lugar, era un chico muy simpático de unos 40 años, el desayuno estaba delicioso. Observaba el ir y venir de los vecinos que estaban instalados en aquel lugar, no podía quitarme de la cabeza a Brian, me preguntaba si me echaría de menos, aunque su decisión me había destrozado el alma, por otro lado comprendía su postura y respetaba lo que había decidido. Lo que no entendía era que la vida nos hubiese puesto en este momento esa prueba tan imposible de superar.

Tras el desayuno me fui con el coche hacia la Veleta, estaba a diez minutos de mi apartamento, llegué fácilmente a la academia de idiomas y me informé para la inscripción al nuevo curso, que precisamente comenzaba en los próximos días.

Me apunté a un curso que tenía clases de lunes a jueves dos horas por la tarde, de seis a ocho.

Me fui a comprar el material que me habían indicado y salí muy animosa por lo que me habían explicado, estaba convencida que iba a coger un buen nivel en inglés.

Fui a una cabina de teléfono a llamar a mi madre y contarle que ya estaba inscrita y que todo estaba marchando bien, que no se preocupara que en breve la volvería a llamar. Le prometí que contrataría un teléfono fijo en la casa para que ella me pudiese llamar cuando quisiera, pero que eso lo haría en los próximos días tranquilamente. Ahora iba pasito a pasito.

Esa semana me la pasé investigando la isla, compré un montón de libros para leer en el tiempo libre, además de un cuaderno divino para empezar a escribir mis aventuras en Malta, quería rellenarlo para tenerlo de recuerdo el día de mañana. Lo llamé “la Resurrección de Paola” y me quedé tan ancha.

El apartamento ya lo había colocado a mi gusto para estar cómoda, ya que compré todo lo necesario para sentirme así. Además empecé a ver todos los días capítulos de la serie Walking Dead, siempre ver morir un zombi te alegra el día. Había decidido verla entera y de seguido todos los días hasta acabar todas las temporadas.

Al lunes siguiente me desperté ilusionada porque empezaba a mis clases de inglés en la academia, sabía que eso me ayudaría a olvidar a Brian, que no conseguía quitármelo ni un momento de mi cabeza y ya me resultaba pesada hasta yo misma.

Por la tarde al llegar allí me presentaron a todos los compañeros que estarían en mi

clase, éramos como unos quince, la clase se hizo muy amena y al terminar un compañero dijo que quién se animaba a tomar algo en el bar de enfrente y yo fui una de las que me apunté. Tenía que conectar con gente de allí y no había mejor forma que esa. Me quedé alucinada al descubrir que había una chica que había acabado de llegar a la isla para también tomar un año sabático y estudiar idiomas, era de España, concretamente de Cádiz, se llamaba Marta y tenía mucha gracia, era el alma de la fiesta. Congeniamos todos muy bien, ese fin de semana quedamos en de salir de copas y rápidamente la gente empezó a animarse.

Marta me dijo que al día siguiente por la mañana quería irse de compras, que si me apetecía acompañarla y podríamos aprovechar para comer por ahí, y estar hasta la hora que tuviésemos que entrar a la academia. Me pareció una idea genial porque así mantendría mi mente ocupada y estaría haciendo algo, así que quedamos en que yo las recogería sobre las once de la mañana.

Llegué a casa a las diez, me hice un sándwich relleno de todo, como en los mejores tiempos, y me fui directa a la ducha, quería dormir temprano pero antes ponerme un ratito a leer.

Al día siguiente desperté y desayuné en el apartamento, me fui a recoger a Marta a la Veleta, cuando me vio a parecer se puso a tocar las palmas y a bailar en plan flamenco, yo empecé a chillarle olé por la ventana; esa chica tenía un arte que no se podía aguantar y me estaba alegrando la vida justo en el momento que más lo necesitaba.

Fuimos al centro comercial que ella me había comentado y empezamos a ir de tiendas pareciendo dos personas depresivas quemando tarjeta, recordé lo genial que era ir con Brian de tiendas sin sacar la tarjeta del bolsillo y comprando lo más caro, eso también lo echaba de menos, para que nos íbamos a engañar. Compramos cantidad de ropa de la temporada de verano, luego ella propuso ir a comer a un restaurante asiático en el centro de la Veleta, pero yo le dije que me fascinaba el mundo de la comida y que tenía ganas de probar la comida típica de allí. Marta accedió al momento.

Siendo mi gremio la cocina he de decir que, evidentemente, Malta no era fundamentalmente conocida por su comida y su gastronomía. Pero estaba segura que ese pequeño país del Mediterráneo guardaba secretos para mí que debía descubrir. Llegamos al restaurante que se llamaba “Esencia mediterránea”, un nombre precioso que nos encantó a las dos. Le echamos un ojo a la carta y ya vi que el nombre estaba puesto perfecto pues ofrecía una variedad de platos con alma mediterránea que fusionaban la cocina árabe y del Norte de África con las de mi amada Italia.

En la carta había una variedad enorme de platos de arroz y pasta, y apetitosos pescados, postres y pastelitos tan dulces como el almíbar hechos con almendras o dátiles. No podíamos elegir así que hablamos con el chef y le pedimos un menú degustación bien regado con la cerveza de allí, que se llamaba Cisk; rubia, suave y con un ligero toque afrutado. Nos la sirvieron bien fresquita y cayeron cuatro antes de que llegasen los primeros platos.

El primero se llamaba Lampuki -o sea dorada-acompañada de algo llamado pastizzi, que eran unas exquisitas empanadas de hojaldre rellenas. De segundo trajeron macarrones rellenos cubiertos de hojaldre –allí los llamaban Timpana-y una gran bandeja con rodajas de riquísimos quesos de oveja y cabra.

Para acompañar estos manjares sacaron una cesta llena de rebanadas de pan untadas con tomates maduros y aceite de oliva, y rellena con una mezcla explosiva de atún, cebolla, ajo, tomates y alcaparras. Nos volvimos locas

Las cervezas siguieron cayendo durante la comida y al terminar y nos hartamos de reír pensando que, cómo no se nos pasase el punto, la íbamos a liar en las clases. Estudiar de nuevo era como volver a la adolescencia y eso era algo que, por lo que se veía, las dos necesitábamos en este momento de nuestras vidas.

Al final terminamos tomando café para que se nos pasase un poco los efectos de la cerveza, yo no paraba de sonreír al escuchar a Marta, se notaba que era del sur de España, llevaba la gracia en la sangre que hacía de esa tierra algo especial en toda Europa.

Pasé toda la semana quedando con ella y el fin de semana salimos de marcha con algunos de nuestra academia, era agobiante porque, por mucho que lo intentaba, de ninguna forma me quitaba Brian de mi cabeza, pero ya me estaba acostumbrando un poco a ese ritmo nuevo de vida y el tener rutinas nuevas hacía que su recuerdo flotase entre algodones en mi cabeza loca.

Un chico de la academia que se llama Clark no paraba de darme conversación y se notaba a leguas que algo yo le atraía, solo esperaba que no se me insinuara, porque en esos momentos lo último que yo querría sería liarme con nadie. Tenía cierto rechazo por los hombres, el único que ocupaba mi corazón, aunque ya no volviese a estar a mi lado, era Brian.

El domingo me lo tomé de relax en la casa para aprovechar y limpiar un poco, la verdad que llevaba la semana muy aprovechada y el fin de semana de fiesta total. Aunque nada comparada con aquella noche de discotecas con Brian. Me vino a la mente la impresión que me causó ver a casi diez mil personas metidas en Privilege

bailando al son de la atronadora música tecno.

El lunes por la mañana recogí a Marta y nos volvimos a ir por la isla de compras y a comer juntas, después de las clases nos fuimos con algunos de los chicos de la academia a cenar a un restaurante italiano. Fue idea mía porque yo tenía bastante mono de comer comida de mi tierra que estuviese rica y había leído que ese lugar era especialmente indicado para paladares exigentes.

Clark no paraba de mirarme, estaba claro que yo le gustaba y hacía todo lo posible por hablar conmigo y hacerme sentir cómoda, me soltaba indirectas que yo esquivaba muy elegantemente y él se daba cuenta que le cambiaba el tema pero no se daba por vencido. Se veía que yo atraía a los hombres insistentes y decididos.

Empecé habituarme al modo de vida de esa isla, por la mañana limpiando un poco la casa y estudiando, y algún día que otro quedaba con Marta y pasaba el día fuera descubriendo algo a los que nos habíamos enganchado las dos: ¡las Pastizzerias! Eran como una mezcla entre panadería y pastelería donde se venden los pastizzi, muy típicos en toda Malta. Eran unas empanadas de hojaldre, rellenas normalmente de queso ricotta o de una pasta de guisantes gustosísima. Pero, si buscabas, acababas encontrando pastizzerias que vendían también empanadas rellenas de jamón y queso o de verduras, o porciones de pizza y otros manjares que, solo de mirarlos, se nos hacía la boca agua. Jugábamos a encontrar pastizzi de nuevos sabores, hacíamos como una colección mental con ellos y llevábamos una libreta donde apuntábamos el sitio, qué llevaba y qué puntuación le dábamos al pastizzi. Parecíamos dos colegialas y eso nos hacía inmensamente felices.

Cada día me quedaba en casa hasta la tarde que iba a la academia, la mayoría de las noches Marta y yo cenábamos juntas después de las clases, siempre había alguien que se nos añadía; los fines de semana salíamos los viernes y los sábados, teníamos cogido una rutina muy dinámica que me hacía recordar a mis rutinas con Ale y Leti. Tener costumbres con amigas te daba la vida y yo había logrado tener una nueva en tiempo récord. ¡Estaba de enhorabuena!

Cada tres días llamada a mi madre, al restaurante solo llame una vez ya que lo había dejado en manos de Betto y no quería interponerme en su manera de llevar el negocio. Él me había demostrado que podía hacerlo perfecto, pero de vez en cuando quería llamarle por si necesitaba cualquier cosa.

Marta me planteó que había encontrado una oferta de resort en la isla para pasar el próximo fin de semana en un todo incluido, me pareció genial la idea y acepté. Clark también se apuntó, además de Patrick, otro chico de Malta que estaba en la academia y era de origen irlandés.

El viernes quedamos todos a las doce de la mañana en la Veleta, yo los recogería en la puerta de entrada al puerto para irnos hacia el hotel, al final se añadió Robert, otro chico de nuestra clase. Bien situado. Llegamos en menos de treinta minutos y pude comprobar que el lugar ofrecía servicios muy completos y que el personal era muy amable. Nada más entrar por la puerta del resort se notaba el ambiente tan divertido que había en ese lugar. Se llamaba The Westin Dragonara y tenía dos piscinas y acceso al mar en torno al hotel en diferentes lugares, incluyendo una zona de "solo adultos" que me hizo sonreír.

Cada uno fuimos a nuestras habitaciones, eran limpias y amplias, con vistas al mar. Me quedé mirando las olas y otra vez la tristeza invadía mi corazón, esos lugares los relacionaba directamente con Brian, ese hombre que amaba y que ahora estaba en los brazos de su mujer esperando a que naciese Miguel, su hijo. Él era todo para mí, aunque sabía que ya no podría ser mío... poco a poco iba asumiendo todo, pero no dejaba por eso de seguir doliendo, menos pero lastimaba.

Pasamos un fin de semana divino en este hotel, las 48 horas las echamos entre la piscina, discoteca, bares y restaurantes del hotel, encima todo pagado, parecía que eso implicaba beber y comer más, dormimos muy poco y disfrutamos mucho. La verdad que formamos un grupo genial y éramos todos más o menos de la misma forma de ser, gozábamos pero sin dar el cante, nos reímos una barbaridad con las cosas de Marta y de Patrick, el irlandés también era un cachondo mental.

La última noche bebimos más de lo debido y yo notaba que los chicos querían probar a ver si alguna de nosotras caía en sus redes. Patrick y Clark comenzaron a proponer que sería muy divertido ir a la zona "solo para adultos" a ver qué encontraríamos allí. Nosotras respondíamos con evasivas y sonrisas. En cuanto tuvimos un momento Marta y yo nos fuimos al baño para darnos unos retoques y comentar la jugada.

- ¿Qué te parecen estos tres? –soltó Marta, yendo directa al grano.
- La verdad es que son simpáticos. Patrick me hace mucha gracia y eso es lo que a mí me gusta de un hombre, que tenga alegría.
- Ya, y además está bien bueno. Esas pequitas y ese pelo pelirrojo rizado te está conquistando y te estás haciendo la pregunta que todas nos hacemos siempre.
- ¿A qué te refieres, Marta? No te entiendo.
- Ya, ya... La pregunta, la gran pregunta que nos hacemos siempre las

mujeres con los pelirrojos.

- ¿Cuál? Ja, ja, ja... No me entero.
- Pues cuál va a ser mujer, si Patrick tendrá los pelos de los huevos igual de pelirrojos o solo serán los de la cabeza.

Las dos estallamos a reír. Me acordé un montón de mis amigas Ale y Leti, desde luego Marta podría encajar perfectamente con ellas de lo bestia que era.

- Tienes toda la razón, Marta, sin duda esa es la gran pregunta. Me temo que me voy a quedar sin saberlo, porque no tengo yo el chichi para ruidos –dije muy animada.
- O sea, que pasas un poco de los hombres.
- Ahora sí. He tenido una vivencia con uno que me ha dejado temblando y aún no estoy recuperada. No creo que pudiese ni abrazar a uno de estos chicos, y eso que me parecen un encanto.
- Entiendo. Paola, sé que nos conocemos hace poco, pero si en algún momento quieres contarme algo, quiere que sepas que estoy abierta a escucharte y darte todo el cariño del mundo, como si fuésemos amigas de toda la vida. Que la amistad no crece con el tiempo, sino con las ganas.
- Gracias, mi niña. No sabes lo importante que es para mí que me digas eso ahora mismo.

Las dos nos abrazamos y sentí el calor de Marta. Sentí su abrazo y su ternura. Era una mujer estupenda y su ofrecimiento era de corazón. Esperaba no tener que apoyarme en ella para salir del paso, porque estaba remontando con mis propios recursos, pero si era necesario era genial saber que la tenía tan cerquita.

- Bueno, ¿y tú quieres enrollarte con alguno de estos tres? –dije muy directa.
- Yo tengo un medio novio en Cádiz, lo que pasa es que el chico tiene miedo al compromiso y no acaba de decidirse. También me he venido aquí para que recapacite. Para que me eche un poco de menos y se dé cuenta de lo que valgo. Lamentablemente muchas personas solo valoran lo que tienen cuando lo han perdido.

Al escuchar eso no pude reprimir las lágrimas. Marta se acercó a mí y me abrazó de nuevo.

- ¡Heeey, que no pasa nada! Si que estás sensible con estos temas.
- Lo siento. Sí, un poco sí. Justo has dicho una frase que es el resumen de lo que me pasa a mí.
- Pues cambiamos de tema. Volviendo a lo del folleto. No creo que me enrolle con ninguno. Me caen bien, pero nos acabamos de conocer y queda mucho curso. Si te enrollas con uno de estos ahora te toma por el pito del sereno. Son buena gente, pero no debemos olvidar que son hombres y tienen el gatillo fácil.
- ¡Ja, ja, ja! Un poquito sí –volví a sonreír y me enjuagué las lágrimas. Habían salido sin ningún control. ¡Y yo que creía que lo tenía todo controlado! Solo un tonto puede pensar que puede controlar las emociones cuando se ama de verdad.

Salimos fuera guapísimas. Nos habíamos puesto unos colores en los labios que volvieron locos a los chicos. Pero esa noche no les dimos opción y no se comieron una rosa. Ellos lo aceptaron de buen grado y se comportaron magníficamente bien. Nos lo pasamos en grande como cinco nuevos amigos que se están conociendo. A veces dejar el tema de la seducción y el sexo a un lado podía resultar sanador para el ser humano. No se trataba todo el tiempo de meter y sacar.

Prometimos volver a hacer otro fin de semana de ese tipo en breve. Malta tenía muchos resorts por descubrir y estaban muy bien de precio. También me pude dar cuenta que ninguno de mis compañeros tenían problemas de dinero, fuese lo que fuese lo que hacían les funcionaba y eso me hizo sentir bien por ellos, y por mí, porque yo era un poco gastona.

Un lunes de la siguiente semana decidí llamar al restaurante, mientras desayunaba, para saber cómo marchaba la cosa y si Betto estaba alegre por llevarlo él a su estilo. Betto me contestó muy jovialmente y me dijo que estaba muy feliz, y que la cosa marchaba viento en popa, que cuando yo volviese volvería a entregarme el restaurante en las mismas condiciones que yo se lo deje a él, y que me agradecía mucho la confianza depositada en su manera de llevar todo para que el restaurante consiguiera pasar de ser el onceavo mejor del mundo... ¡Si no que se acercase a ser el primero del mundo! Reímos juntos por teléfono.

Súbitamente me dio la noticia más impactante que jamás imaginé.

- Verás, Paola, hace una semana vino un señor preguntando por ti, dijo llamarse el doctor Brian, cuando le conté que te había sido un año y que no habías dejado forma de contacto, sus ojos empezaron a inundarse de lágrimas y tuvo que apoyarse en la barra porque se desmayaba. Le pregunté si le pasaba algo y me dijo que, por favor, dónde podía ir a buscarte, le dije que solo sabía que te habías ido sin dejar dirección ni nada. Me dijo que si llamabas te diera un mensaje y, temblando, escribió algo en un papel que tengo guardado. No sé si debo leértelo porque es muy personal.

Mi corazón latía tan rápido que casi no podía escuchar mis pensamientos.

- Adelante, Betto, casi somos de la familia.
- Está bien, voy a buscar el mensaje. No cuelgues, Paola.

Escuché cómo Betto trasteaba buscando lo que había escrito Brian. Solo de pensar que él había ido a buscarme me volvía loca. Mi mente se llenó de un montón de pensamientos inconexos. Quería ir al aeropuerto y coger un avión. Tenía que encontrarlo o mandarle un mensaje.

- ¿Paola, sigues ahí? –tardé una eternidad en contestar.
- Sí, Betto, perdona.
- ¿Leo? A lo mejor quieres esperar a que vengan Ale o Leti y que sean ellas las que te lean esto.

Lo pensé por un momento, pero luego me di cuenta que podía confiar en Betto ciegamente, así que accedí a que lo leyese él.

- No pasa nada. Lee, por favor –dije con la voz blandita, como a punto de volver a llorar.
- Ok. Leo: “Paola, entiendo que te hayas ido, es lo que me merezco por cobarde. Eres lo que más quiero en este mundo y te he perdido. Lo he dejado todo para venir a hacer lo que te prometí en Las Maldivas, pero sé que he llegado tarde. Me voy con el corazón roto, pero entiendo perfectamente

cómo te sientes. Acepto que no quieras que te encuentre, es la consecuencia de mis actos y pagaré el precio de saber que yo he sido el culpable de que no estés a mi lado. Te deseo que seas muy feliz estés donde estés y espero, de corazón, que en algún momento de tu vida puedas perdonarme. Siempre tuyo. Brian”.

Mientras lo escuchaba pensaba que me iba a desmayar, cuando espontáneamente reaccioné.

- Dime que te ha dejado algún teléfono.
- No, Paola, se fue por la puerta destrozado y no ha vuelto a aparecer más.
- Gracias, Betto. Si vuelve otra vez, dale mi teléfono fijo en Malta. Te lo digo ahora mismo... -y fui diciendo los números, mientras mis sienes latían y mi corazón se volvía loco. Los dos nos amábamos, pero los dos estábamos separados. ¡Qué locura!
- No te preocupes, Paola. Así lo haré.

Colgué la llamada y me tiré en el sofá llorando como si me hubieran arrancado el alma. Recordaba cuando había borrado su email y su teléfono antes de apagar el móvil y dejarlo abandonado en la Toscana. Brian no utilizaba redes sociales, las odiaba, y en esos momentos me di cuenta que no tenía forma de contactarlo. Debía ir a buscarlo donde fuese, no sabía cómo empezar, pero estaba dispuesta a plantarme en París y buscar su clínica como fuese. Brian había venido a buscarme y yo me había ido. Mi cabeza no dejaba de repetirme la palabra “no” en mi mente, a la vez que lloraba... pero, de pronto, resurgí de mis cenizas al saber que podía haber una esperanza para volver a estar junto a él. Tenía que encontrar a Brian pero... ¿dónde? Brian podría estar en París o en China. Era un hombre que se movía muchísimo

Bajé al bar de la urbanización que tenía unos portátiles para uso público, busqué en internet su nombre y encontré en Google la página de su clínica. Llamé por teléfono para saber si él estaba esta semana allí y... ¡Premio, sí lo estaba! Insistí en que me diesen una cita para el día siguiente y le metí tal rollo a la recepcionista que aceptó darme la última hora, indudablemente di un nombre falso. Luego pensé... ¡Menudos días sin internet has tenido! A la primera de cambio había incumplido mi promesa. Y me eché a reír como una loca. Desde luego mis emociones subían y bajaban como una montaña rusa. El mensaje de Brian me había dejado KO y el hecho de que se hubiese desplazado hasta la Toscana lo hacía todo más intenso. Casi podía volver a oler su

piel y rozar sus labios. Hasta comencé a sentirme excitada... ¡Y eso que llevaba sin ningún tipo de sensación sexual desde que había llegado a Malta! El cuerpo humano era una máquina prodigiosa.

Una vez que tenía la cita concertada me metí en una agencia de vuelos online y busqué vuelo para París, pero no encontraba vuelos para el día siguiente. Todos llegaban más tarde de la hora en que yo había cogido la cita en la clínica de Brian. Comencé a agobiarme mucho y acabé por preguntar a David, el chico de la barra, si había una agencia de viajes cerca. Me indicó que había una a unos quince minutos.

Salí corriendo del bar en dirección a la agencia y cuando llegué había colgado un cartel en la puerta: “Ahora vuelvo, estoy desayunando”.

A los diez minutos una señorita muy atractiva regresó a la agencia y me encontró sentada en el suelo, al lado de la puerta, como una indigente. Ella me miró sorprendida, yo me puse en pie de golpe y le regalé la mejor de mis sonrisas.

- ¿Tiene billetes para París?

- Claro, claro. Pase por favor –me respondió ella muy considerada.

Compré un billete de avión para salir a la mañana siguiente. A veces las agencias tienen más vuelos disponibles que las páginas web y este había sido justo ese caso. O eso, o que yo estaba tan nerviosa buscando por internet que no atinaba a encontrar lo que quería.

Esa noche no pude dormir de los nervios. Llamé a Marta y le dije que tenía que irme a París por asuntos personales y que presentase mi más sinceras disculpas en clase. Ella me respondió muy en su línea, de buen rollo y diciéndome que no me preocupase, que me dejaría los apuntes y que ya se imaginaba de que asuntos se trataba la emergencia.

Por la mañana a primera hora me fui directa al aeropuerto y cogí ese vuelo para la ciudad del amor.

Al llegar cogí un taxi que me llevo al hotel que había reservado, deje las cosas en él y me fui a comprarme un móvil, y pedir un duplicado de la compañía de teléfono mía.

Pasé toda la tarde paseando por la ciudad de París, me tomé un café en la planta primera de la Torre Eiffel, era alucinante las vistas que podía divisar desde allí. Tenía muchas ganas de volverme a encontrar con mi amor y poder vivir momentos como esté junto a él. Solo de pensar que lo nuestro se podía solucionar me emocionaba tanto que hasta me ponía cachonda.

Por la noche me fui a dar un paseo por el barrio latino, estaba muy cerca de donde yo tenía el hotel, así que paseé por allí viviendo ese ambiente del que tanto me habían hablado intentando no pensar en que mañana mismo podía recuperar lo más valioso que había en mi vida: Brian Samada.

Capítulo 16

El último tango en París.

El sueño pudo conmigo la noche anterior, antes de medianoche ya estaba yo durmiendo en mi hotelito tan chic, así que era normal que fuese a las ocho de la mañana ya estuviera en planta, con los ojos abiertos como platos. Me di una buena ducha, me vestí lo más sexy que pude, sin pasarme, y me fui a la calle a desayunar. Mientras tomaba el café sonó el teléfono y era mi amiga Leti, cuando empecé a contarle dónde estaba y qué había pasado se quedó desconcertada. No podía creerse lo que le estaba contando y lo rápido que yo había actuado tanto como para irme a Malta como para venirme a París a buscarlo en esas condiciones.

Ella estaba desesperada también por ver a su cubano Efrén. Al final la vida había conseguido unir la mente y el corazón de ellos dos, y se habían enamorado como dos tortolitos. Leti me dijo que mantenían conversaciones diarias a través de Skype y que él no paraba de mandarle mensajes de amor. Recé para que mi amiga no viviese una desazón tan grande como la que tenía yo en el corazón en estos tiempos.

Nos tiramos charlando un buen rato, me acompañó durante todo el desayuno en una conversación muy sincera entre dos amigas, una que estaba pasándolo mal por cuestiones del amor y la otra que lo pasó mal al principio –aún recuerdo todas las movidas que tuvo ella con el cubano en Ibiza-, pero luego se arregló. O eso parecía. Si eso nos lo llegan a decir en el mes de abril nos reiríamos por ello. Las dos solteras de oro de la Toscana bebiendo los vientos por dos hombres bien diferentes.

Un rato después nos despedimos, pagué el desayuno y me fui a pasear por una gran avenida llena de las mejores tiendas, no pude dejar de caer en la tentación y entrar en varias de ellas, estaba cerca de la clínica de Brian justo en la calle de atrás, así que me permití estar toda la mañana de tiendeo antes de ir a la hora pactada con la recepcionista para mi tratamiento de belleza de urgencia. Había tenido que contarle a la chica que la última inyección de Brian me había provocado una reacción alérgica y tenía la cara como una paella. A ver qué milonga le podía contar ahora cuando me viese y descubriese que era todo mentira. Todo lo que sea por ver a mi amor perdido.

Fuera como fuese yo sabía que iba a llegar a su consulta. No paraba de comerme la cabeza de cómo reaccionaría él al verme entrar en su oficina, cuando me llevase la chica de recepción. Tenía miedo a que se lo pudiese tomar a mal, pero por otro lado sabía que si había ido a buscarme era porque necesitaba verme y estaría pasándolo fatal pensando que yo no lo quisiese ver. Había que encontrarse y echar un buen polvo para sanar las heridas de nuestros corazones. Ese era mi plan.

Anduve por delante de la tienda oficial Viceroy, al pasar por el escaparate vi que había una parte entera de pulseras de cuero preciosas para hombre, esa marca era muy elegante en la terminación de sus productos, así que entré y le compré una de cuero con cierre de plata formando un ancla. Por supuesto nada que ver con el anillo que yo llevaba en mi dedo anular, ese diamante rojo valorado en más de 500.000 dólares me acompañaba a todas partes, era mi amuleto de la suerte.

Me prepararon el regalo muy bonito, aparte de llevar la caja en la que iba la metieron dentro de una bolsa muy elegante, daba un aire muy exclusivo. Lo metí dentro del bolso para dárselo en su debido momento.

Faltaba una hora para que me tocase mi cita, ya iba cargada de bolsas de todo lo que había comprado por esa calle, me sentía como una niña pequeña el día de Reyes y me estaba dando unos caprichos para celebrar que mi hombre había ido a buscarme que tenía acojonada a mi tarjeta de crédito.

Paseé lentamente observando los últimos escaparates antes de llegar a la puerta de la clínica, estaba de los nervios. Me paré en una pequeña terraza a tomarme un té verde, mientras hacía tiempo para los, apenas, veinte minutos que me quedaban para el reencuentro más esperado de mi vida. Estaba prácticamente al lado, a la vuelta de la esquina. Solo de pensarlo se me aceleraba el pulso y me dolía la cabeza. Me bebí el té poco a poco para no quemarme la lengua y me relajé como pude. Lo más difícil estaba hecho, ahora lo que quedaba era sencillo... ¡Volverse a unir! Visualicé el pareo de Ganesha que tenía en la pared de mi apartamento en Malta y le pedí que me ayudase una vez más a superar ese obstáculo final. Yo nunca había creído en estas cosas, pero ese dios elefante me provocaba tener fe en sus poderes. Y su imagen me gustaba, me reconfortaba verlo. Además le había hecho una promesa en el momento de más crisis. Si todo se arreglaba iría a La India a uno de sus templos a llevarle el mayor ramo de flores que pudiera comprar.

Revisé mis redes sociales que hacía tiempo que no abría, y pude comprobar la cantidad de fotos que habían colgado mis amigas en el Facebook de nuestro viaje a Ibiza. En la gran mayoría aparecían ellas solas y en unas pocas asomaban Efrén y Adriel, sonreí al comprobarlo. ¿Quién nos iba a decir a nosotras que el destino nos iba a poner en ese lugar a las personas que nos iban a causar un revuelo tan monumental en nuestros corazones?

Terminé de dar un trago al té verde antes de disponerme a ir ya por fin al encuentro con mi amor perdido, el corazón me iba a dos mil por hora. Al doblar la esquina pude ver en grande el nombre de su clínica resaltando en la avenida, y al pie de las escaleras a una pareja abrazada muy efusivamente. Cuando se separaron pude comprobar que el hombre era Brian, seguidamente le dio un beso muy efusivo en los

labios a la mujer... tras mirar sin dar crédito a lo que veía pude comprobar que ella era Monique, la había visto en la foto de contacto del móvil de Brian. Ella iba preciosa y, o eran mis imaginaciones, o pude distinguir su tripita de tres meses.

Las lágrimas empezaron a brotarme mientras seguía viendo la escena a lo lejos. No podía creérmelo, no entendía para qué había ido a buscarme si seguía aún con ella, o quizás después de ver que yo me había ido había vuelto a correr a sus brazos como un corderito para no quedarse solo.

Por un lado sentía el impulso de querer correr hacia él y decirle cuatro cosas, pero por otro lado tenía ganas de salir ya de aquí y olvidarme del que un día consideré que era el hombre de mi vida. En esos momentos sentía que había sido todo un engaño el que había vivido, que Brian tenía doble cara, que era capaz de estar un día recorriendo el mundo para buscarte y al otro estar tranquilamente al lado de su aún mujer. Cosas más raras se habían visto.

Él se adentró en la clínica y ella se fue montada en el fastuoso Audi de él, pude distinguir a Robert al volante, lo cual me puso más triste aún. Brian quizás iba a atender la última visita que no iba a recibir, desde luego no sería yo la que entraría por esa puerta, no se merecía ni lo más mínimo ver que yo había ido hasta París a buscarlo, sentía un odio dentro de mí hacia él que quise frenar lo más rápido posible marchándome de allí.

Cogí un taxi, rota de pena, le pedí que me llevase al hotel, mientras iba por el camino miré en el móvil un vuelo que saliese lo antes posible y tuve la suerte que había uno que lo hacía a las nueve de la noche, así que lo compré para salir de esa ciudad ese mismo día. No quería ni siquiera respirar el mismo aire que respiraba él. El taxista llevaba puesto un tango de Gardel que parecía leerme el pensamiento. Escuché su triste letra estremecida:

Por una cabeza
todas las locuras
su boca que besa
borra la tristeza,
calma la amargura.

Por una cabeza
si ella me olvida
qué importa perderme,
mil veces la vida.

El taxista la tarareaba con la mirada triste. Juraría que esa canción tenía un significado importante para él. Yo rompí a llorar por el desconsuelo que me transmitió el tango y el taxista me habló, mientras me miraba por el retrovisor del coche.

- ¿La entristeció Gardel? No era mi intención hacer llorar a una mujer tan bonita. Mis más sinceras disculpas –dijo con dulzura mientras bajaba el volumen de la radio.
- No sé preocupe, es que... es que... al escuchar la letra de la canción se me ha removido una angustia reciente. Usted no lo sabía. No tiene la culpa.
- Ahora le pongo algo más alegre. Le ruego acepte mis disculpas.
- Aceptadas –sonreí tímidamente.
- Me llamo Juan Manuel y soy argentino. Para bien o para mal, la vida que he tenido me ha hecho saber algo sobre la tristeza.
- Continúe, por favor.
- Yo estuve casado con una mujer 22 años. Marina. Ella se marchó hace ya cinco meses. Cuando digo se marchó, quiero decir que murió.

Se me hizo un nudo el corazón. Qué egoístas llegamos a ser los seres humanos que pensamos que nuestros males son el centro de todo. Juan Manuel me estaba dando una lección de vida que no podría olvidar jamás. Mi corazón se sintió en comunión con su pena.

- Le doy mi más sincero pésame.
- Y yo se lo agradezco profundamente. Ella se fue y en el funeral descubrí algo que no sabía sobre ella. Ella tenía escrito por contrato con su compañía de decesos que algo fuese secreto para mí hasta el día de su entierro, si es que ella moría antes que yo.
- ¿Y qué era? –lo que me estaba contando ese hombre me tenía asombrada. No podía contener las emociones, ni la curiosidad, y no quería ser

desconsiderada con su dolor.

- La frase que había elegido para poner en su epitafio. ¿Sabe cuál era?
- No –dije con la voz temblorosa.
- Si pudiera detener el tiempo, me quedaría a vivir ahí, donde tu mirada me hizo volver a creer que el amor existe.

En ese momento Juan Manuel rompió a llorar y yo también con él. Esa historia terminó de quebrarme. Ese amor de esa mujer por ese hombre que llegaba más allá de la vida y la muerte me hizo volver a creer en todo, pero, a la vez, me inundó el alma de tristeza porque deseaba con todo mi corazón que Marina pudiese volver a abrazarlo, a besarlo... Pero eso era ya imposible.

Continuamos el resto del camino en silencio. Me dejó en el hotel y antes de salir del coche, cuando le pagué, me cogió de la mano y me dijo algo mirándome a los ojos.

- No podemos evitar que la tristeza sobrevuele nuestros corazones, pero sí podemos luchar para que no anide en ellos. Que tenga una vida feliz.
- Lo mismo le deseo, Juan Manuel. Me llamo Paola. Si alguna vez pasa por la Toscana, quiero que sepa que está invitado a comer en el onceavo mejor restaurante del mundo –y le entregué una tarjeta del restaurante deseando volver a verlo algún día.
- Gracias. Le prometo que haré todo lo posible por ir allí y aceptar su amable ofrecimiento.

Salí y pude escuchar como Juan Manuel volvía a subir el volumen de sus tangos. Con mis mayores deseos quise que ese hombre fuese feliz y me prometí cambiar mi vida.

Tras hacer las maletas e irme al aeropuerto a esperar mi vuelo, me quedé pensando que iba a luchar por olvidar lo antes posible a Brian y que me iba a dedicar a pasar ese año sabático en Malta disfrutando de la isla y estudiando para sacar el máximo provecho en la academia. Volvía destrozada pero no muerta, y convencida de que a partir de ese instante iba a haber un antes y un después en mi vida. Iba a luchar con todo lo que tenía para evitar que la tristeza anidase en mi corazón.

Miré atrás con una sonrisa, había disfrutado mientras pude al lado de la persona que

más sentimiento me había producido nunca, Brian, pero ahora necesitaba deleitarme con la vida y dejar fluir mi gran año sabático en la isla de Malta.

Tras un vuelo que se me hizo bastante corto, aterricé en mi destino. Al pisar tierra firme sentí que sería para el inicio de una nueva, y definitiva, etapa en mi vida y que desde ese instante para atrás solo sería un recuerdo.

FIN